

Instituto de Investigaciones
Sociales



revista idis

mayo 1983

12

8.4.1. Hm 0039

300.5
I/5920
1282
101717
UNIVERSIDAD DE CUENCA
BIBLIOTECA
16983
FACULTAD DE JURISPRUDENCIA

Vol. # 100 " 9/1

Septiembre 1983, Vol. 12 de 1985

PRESENTACION.
POLITICA. La nueva constitucion
El partido comunista y los
Joaquin Gallegos Lara.
Cultura la revol
Jorge Hugo Paez.
"Qu
Adrian Carrasco.
Maria Augusta Vintimilla.
Apuntes para una historia social de
ecuatoriana.
Cecilia Suarez.
Literatura y sociedad
Juan H. Mirovillo-Ita.
Cultura Nacional: Notas para la
Mirovillo-Ita.
Cecilia Suarez Vintimilla.
Cultura Nacional: Notas para la
Mirovillo-Ita.
Cecilia Suarez Vintimilla.

I.D.I.S.

REVISTA

Nº 12

Cultura y Literatura

Revista del Instituto de Investi-
gaciones Sociales de la Universi-
dad de Cuenca (I.D.I.S.).

Año del bicentenario del naci-
miento de Simón Bolívar, el Li-
bertador.

Director:
Adrián Carrasco V.

Coordinador Académico:
Pablo Estrella V.

Coordinadores de los Centros

Análisis Histórico.
Leonardo Espinoza.

Análisis Socioeconómico.
Jorge Dután N.

Análisis Jurídico-Político.
Claudio Cordero E.

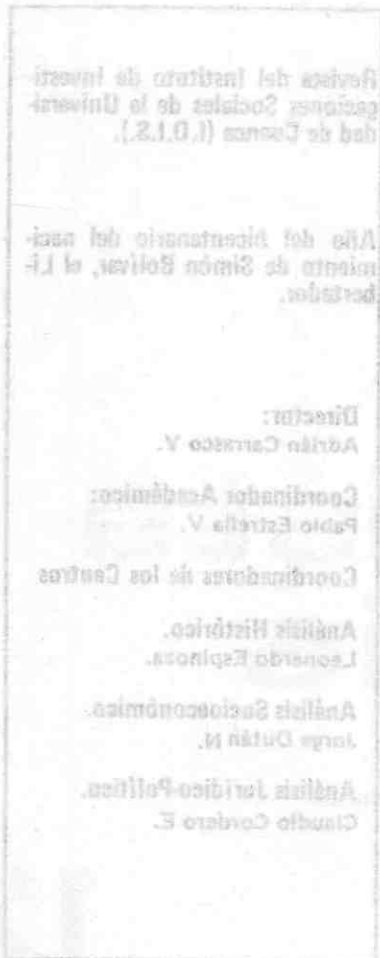
Edición única.
Tiraje: 1.000 ejemplares.
Impreso en los Talleres del IDIS.
Composer: Eulalia Dávila S.
Offset: Rómulo Mejía O.
Responsable: Carmen A. Alvarado V.

IMPRESO EN EL ECUADOR

revista
sibi

Cuenca-Ecuador

mayo 1983



I.D.I.S.

REVISTA

No 12

Edición única.
Tiraje: 1.000 ejemplares.
Impreso en los Talleres del I.D.I.S.
Compositores: Eulalia Dávila S.
Otilio Roldán Mejía O.
Responsable: Carmen A. Alvarado V.

IMPRESO EN EL ECUADOR

INDICE



PRESENTACION.

POLEMICA: La nueva ecuatorianidad

- La nueva ecuatorianidad
Jorge Hugo Rengel. 1
- El partido comunista y los intelectuales
Joaquín Gallegos Lara.
- Realidad y fantasía revolucionarias
Jorge Hugo Rengel.

"Querido Camarada"

- Adrián Carrasco.**
- María Augusta Vintimilla.** 43

Aportes para una historia social de la literatura ecuatoriana.

- Cecilia Suárez.** 75

Literatura y sociedad

- Juan H. Mihovilovich.** 97

Cultura Nacional: Notas para la definición de un problema teórico.

- María Augusta Vintimilla.** 145

Conciencia y alienación en un sector del grupo pobre de Cuenca.

- María Cristina Cárdenas.** 185

PRESENTACION

Al cumplir 10 años de fundación del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Cuenca, quienes integramos el Instituto nos sentimos muy complacidos de presentar un número monográfico de nuestra Revista, dedicado al tema de "Cultura y Literatura". Hasta hace poco nuestros proyectos de investigación habían girado casi exclusivamente en torno a la economía, la política, la sociología. En la actualidad —a partir de un convenio entre la Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión", Núcleo del Azuay, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuenca y el IDIS—, hemos conseguido incorporar a nuestras tareas cotidianas como temas específicos de investigación las de la cultura y literatura nacionales. Este número recoge algunos de los anticipos de investigación que se realizan dentro de este convenio.

La Revista No. 12 nos sirve de ocasión para romper desde la perspectiva de la investigación, la escisión muy frecuente en nuestro medio social, que se hace entre creación cultural y creación teórica, al ubicar dentro de las actividades culturales exclusivamente a la creación artística. Para nosotros, por el contrario, existen muy diversas formas de trabajo intelectual. Una de ellas es la que culmina en la creación estética y otra la que tiene como finalidad la elaboración teórica. Por su puesto que existen muchas diferencias entre uno y otro trabajo y de lo poco de común que tienen es que son formas de apropiarse del mundo y formas de creación y de cultura, en consecuencia, distintas formas de apropiación del mundo, si se consideran estas actividades en sus características más generales, pero que tienen el carácter específico de constituir, las dos, creaciones culturales.

Pero no basta sólo esta consideración. Si nos referimos a procesos históricos concretos, como es el caso de las sociedades que fueron some-

tidas a la dominación colonial y que sufren hoy las relaciones de dependencia, como es el de la sociedad ecuatoriana, la distinción entre creación artística e investigación social tiende a limarse, a perder contornos definidos. Y es aquí donde debemos introducir también el problema "nacional". En países como los nuestros, por el colonialismo y la dependencia antes anotados, la construcción de la nacionalidad no ha sido un proceso histórico-social que podríamos denominar "natural", como ocurrió en los países europeos, por ejemplo, pues no ha existido una clase social con el suficiente poder económico y político para dirigir dicho proceso.

Como lo afirma Ferreira Gular —para la sociedad brasileña pero válida para latinoamérica toda— en nuestros países la existencia de la nacionalidad siempre fue un desafío, nunca una cuestión pacífica. Y como el arte, en sus diversas manifestaciones, es uno de los medios en el que los pueblos más claramente encuentran su identidad, la preocupación por el carácter nacional ha estado presente en casi todo gran artista latinoamericano. En el Ecuador, Juan Bautista Aguirre, Olmedo, Mera, Crespo Toral, Gallegos Lara, Icaza, Dávila Andrade..., han hecho literatura no sólo como expresión estética, sino principalmente para crear una literatura nacional. No sucede sólo en la literatura: la investigación social que hoy se realiza en el país, desde muy diversas vertientes ideológicas y distintos proyectos políticos, obedece a este desafío diario de constitución de la nacionalidad ecuatoriana. En países como el nuestro, lo específico de la apropiación intelectual del mundo, de la creación cultural, no está deslindado de la preocupación por el elemento nacional.

Pero aún más. En Latinoamérica el desarrollo de la investigación social es reciente y, por lo mismo, es en la literatura y aún en el arte en general donde se han creado, a más de obras estéticas, las concepciones más importantes de nuestra realidad social. De ahí, no extraña que el arte haya tendido a absorber en sí toda creación cultural. Cada novela, poema, ensayo, que de alguna manera resulta ser expresión del "ser para

sí" de nuestros pueblos, cobra valor para el desarrollo de la autoconciencia y de la diferenciación y especificidad nacionales.

Joaquín Gallegos Lara, figura cumbre de la literatura ecuatoriana, polemiza con Jorge Hugo Rengel buscando el contenido de "la nueva palabra ecuatorianidad". Al igual que en sus creaciones literarias, la preocupación por lo nacional, la cultura popular, se reflejan en una breve carta polémica, junto a opiniones sobre el partido político, y el papel de los intelectuales. En nuestras investigaciones, llegamos a leer esta poco conocida discusión entre dos militantes de los partidos comunista y socialista del Ecuador, en la década de los treinta (publicada por Jorge Hugo Rengel en su obra "Realidad y Fantasía Revolucionarias", Loja 1954). Más allá del valor que tiene la polémica, el IDIS quiere rendir un homenaje, con su reproducción, al "querido camarada Joaquín" quien, al decir de Jorge Enrique Adoum, "Para construir esta conciencia nacional, para ayudar a edificar ésta nuestra literatura, se olvidó de sí mismo."

La polémica entre Gallegos Lara y Rengel, atraviesa todo un pedazo de la historia ecuatoriana y latinoamericana, de los más fructíferos, de los más convulsionados. Adrián Carrasco y María Augusta Vintimilla, interpretan los contenidos políticos y culturales en los que se dió esta discusión. Cecilia Suárez, sin tocar el tema en polémica, plantea los condicionantes en los que surge durante este período, todo un movimiento literario, cultural y político, cuestionando agudamente de paso, la metodología generacional como inadecuada para interpretar procesos como los que se dieron en el Ecuador en los años treinta y cuarenta.

Para adentrarnos en los problemas teóricos de la literatura y de la cultura nacionales, publicamos los artículos de Juan H. Mihovilovich, "Literatura y Sociedad" y de María Augusta Vintimilla "Cultura Nacional: Notas para la definición de un problema teórico". El primero, artículo polémico por donde se mire, es la primera parte de una

tesis de graduación que tiene como tema central el análisis de la literatura y de la sociedad ecuatoriana de los años treinta. El segundo, se centra en el problema de la cultura como una función de hegemonía clasista en la sociedad civil.

Finalmente, un artículo de María Cristina Cárdenas que es un antipo sobre su investigación sobre "Grupo social, lenguaje e ideología" que realiza en el IDIS, en el que la cultura es abordada como un conjunto de sistemas simbólicos que posee una materialidad propia.

Cuenca, mayo de 1983



POLEMICA: LA NUEVA ECUATORIANIDAD

Jorge Hugo Rengel
Joaquín Gallegos Lara

LA NUEVA ECUATORIANIDAD

Jorge Hugo Rengel.

América hispana no ha sido hasta hoy sino una expresión geográfica. Si se quiere algo más, un vasto mercado productor de materias primas y consumidor de manufacturas europeas y yanquis. Existen factores económicos, éticos y culturales capaces para hacer de América hispana algo más que una inmensa colonia. Pero ha sido menester que viva siglos de caos, de desorientación y dependencia imperialista, para iniciar su despertar: sólo recientemente se oye del Caribe a la Pampa, la canción matinal de la América Nueva.

Su industrialización, un fenómeno esencialmente económico, contribuye a la disolución de sus formas ancestrales de cultura. Esto se explica porque una revolución económica trae consigo, de manera ineludible, el volcamiento de las instituciones sociales y políticas existentes. De un pasado de vacilación histórica —económica y social— se eleva a la afirmación rotunda de su personalidad, por la vía positiva y dialéctica de la revolución social. Es una gestación dolorosa, plena de sacrificio, pero una gestación de liberación integral. Podemos anunciar que América hispana se reconstruye.

Las grandes obras de la historia han correspondido a la inteligencia y a las masas trabajadoras. Todavía nada acabado se ha hecho en América hispana. Antes por el contrario, se comienza. Y en esta obra a realizarse están presentes como factores máximos, una juventud estudiosa y unas masas sin pan, que nos envían su mensaje grávido de ideas y sacrificio. En esta forma elocuente y heroica nos hablan de un mañana que se viene presuroso.

El mundo del pasado está en agonía. Sólo una juventud ramplona de poetas y parásitos se arrulla en su seno. Mientras las juventudes vigorosas, plenas de esperanza en los mitos revolucionarios, han sentido unánimemente el imperativo de enjuiciarlo. Han tomado a su cargo esa responsabilidad histórica.

Más, este movimiento no es uniforme. Es, sí, paralelo a la revolución económica que está operando la industrialización. Por consiguiente su ritmo varía cuantitativamente. En el Perú de Mariátegui, por ejemplo, ha sonado "el arpa de David en el amanecer de América". Su juventud ha sido capaz de organizar un Partido que oriente las energías populares sedientas de renovación; de inculcar en la conciencia de las masas la fe y la esperanza en el prodigio revolucionario.

En el Ecuador se ha dejado ya de cantar la belleza en sí. Y si todavía no se ha forjado el argumento definitivo en contra del pasado, artistas y literatos, en coro de rebelión, denuncian su miseria, responsabilizando a las clases sociales que lo encarnan y representan; y negando en consecuencia a la feudalidad y a la burguesía, su pretendido derecho a gobernar y a explotar.

* * *

Pablo Palacio representa en la literatura ecuatoriana la rebelión inconoclasta, el gesto de protesta ante el pasado. Joaquín Gallegos Lara encarna la orientación revolucionaria de la literatura.

No podía ser de otra manera. Tenía que ser la Costa, por su desarrollo económico, la que enrumbe al Ecuador por los senderos de la revolución. Tenía que ser también su inteligencia, sensible al dolor de las masas trabajadoras, la que lance la voz de Somatén a la intelectualidad ecuatoriana. Y

lo que es más radical y profundo en la historia: tenían que ser sus trabajadores los que nos enseñen a cantar la Internacional y derramar la sangre por la libertad.

Guayaquil, la ciudad fundada por Orellana, es una puerta abierta al trópico. El punto inicial del camino más corto entre el Pacífico y la Amazonía. El itinerario de Orellana en su viaje asombroso fue: Guayaquil, los Andes, el Napo, el Amazonas... Situado en el golfo más bello del mar de Balboa, fué en los primeros tiempos base estratégica de las flotas reales del imperio colonial. Después, en la República, ha jugado un rol importantísimo: ha sido a la par que el emporio comercial e industrial, la ciudad de las proclamaciones democráticas y liberales.

Su vida compleja ha sido un eterno renacer. Cuando la fundaron los españoles era un conjunto de chozas de cañas y bijao tendido a orillas del río, casi rodeado por la manigua. En estas chozas arrullaron su amor las primeras parejas de plata y bronce, que dieron vida a ese tipo de mestizo que llamamos *montuvio*. Entre la fiebre y la locura del trópico, el amor vencía cada día a la muerte, agazapada en las lianas de la maleza. Luego vinieron los incendios. A la vez que el fuego destruía, en ansia de supervivencia hacía surgir el poblado, cual nuevo fénix, de sus cenizas candentes.

Sus hombres, marinos y comerciantes, antes que guerreros o filósofos, traían las brisas regeneradoras del mundo. El cacao salía y, de sus largos viajes para no retornar, nos enviaba el comercio y el lujo occidentales. Luego el movimiento de intercambio comercial, la fama de sus riquezas y el campo abierto a nuevas esperanzas, atraían la inmigración extranjera, a pesar de la fiebre mortífera. Y es que la manigua, misterio y abracadabra, tiene anopheles y cinchona: da la muerte y también la resurrección. Llegaron los aventureros y en su ambición sin límites, agotaron su dinero y su ex-

periencia de culturas maduras.

Ya sus casas no son ni de cañas y lodo y techos de bijao. La ciudad se había renovado en largos años de incendio y reconstrucción. Pero aún seguía siendo un puerto malsano, donde el paludismo y la fiebre amarilla —que ingresó en el “Reina Victoria” en 1842— hacían sus siegas inmisericordes. Sus grandes epidemias tienen un prestigio histórico, pues constituían verdaderos éxodos.

Se había operado la revolución liberal, índice inequívoco de la fuerza de las clases sociales que la provocaron. En 1918 Ideyo Noguchi descubría el germen de la fiebre amarilla y, con los donativos del Rey del Petróleo, Guayaquil, higienizado, se convertía en puerto de primera categoría. El capital extranjero, con ambiente adecuado tanto en lo político cuanto en lo sanitario, se desbordó confiadamente; y junto al aristocrático automóvil ingresaron las máquinas productoras, que hicieron posible el surgimiento de las fábricas. Por otra parte la locomotora haciendo retroceder al tigre de los brusqueros, se había trepado Andes arriba, por la nariz del diablo.

El desarrollo comercial se agigantó: junto a las usinas se multiplicaron los Bancos y, en la arquitectura hizo su aparición el cemento y el hormigón. Había llegado la finanza imperialista con todos sus instrumentos de dominación. La ciudad se occidentalizaba aceleradamente: se pavientaban sus calles, se le dotaba de servicios higiénicos, se elevaban palacios de mármol. Los grandes ingenios azucareros y las piladoras, los tractores y las herramientas motorizadas llevaban el progreso al campo; y los montuvios, despojados de sus tierras, se convertían en trabajadores asalariados.

El proletariado había crecido en la “metrópoli montuvia”. Y en 1922, ante la terrible crisis económica provocada

por la especulación bancaria y el comercio monopolista, recibió el bautizo de sangre en la masacre del 15 de noviembre: primer festín de la burguesía ecuatoriana.

¿Qué se había hecho el *montuvio*? Sin que nadie lo repare, se iba el montuvio, “se iba el viejo corazón de la raza morena enemiga del blanco”. Los poetas de la morfina y la muerte, los relatistas románticos, no habían sentido ese éxodo. Dormían su espantoso letargo, ahitos de exotismo y pétalos de rosa. Sólo en 1928 tres hombres nuevos: Gallegos Lara, Gil Gilbert y Aguilera Malta corren tras los que se van, para recoger su espíritu.

El libro LOS QUE SE VAN, ha sido juzgado por la crítica literaria nacional y extranjera, pero aún no se lo ha enjuiciado desde el punto de vista sociológico. Su valor en este sentido rebasa el éxito literario. Es que, al realizar una obra literaria realista, sin pensarlo acaso, han enrolado en ella un momento histórico: la gestación del Ecuador moderno, debido a la asimilación del pensamiento y la técnica occidentales.

La estructura étnica del Ecuador nos presenta un panorama abigarrado. Diferiendo de Bolivia y el Perú, contra la aseveración de Pío Jaramillo Alvarado, el sedimento humano preponderante en el Ecuador, es el mestizo. Las grandes masas aborígenes se concentran en las provincias centrales y norteñas. En la Costa, la mayor población de la tierra baja es mestiza, existiendo en pequeña proporción, negros e indios. Loja, la provincia austral, de su población total de 250.000, tiene unos 5.000 negros diseminados en los valles cálidos y 20.000 indios localizados en la meseta andina, en los cantones de Loja y Saraguro. Sin que este hecho obste estar de acuerdo con Jaramillo Alvarado en cuanto a la importancia del factor indígena, a la tara que su servidumbre y abyección significan en la vida republicana y a la urgencia de

afrontar su reivindicación económica.

El *montuvio* como nuestro *provinciano* o *chagra*, es valiente y supersticioso. Amigo de la música y del amor. Hombre que si no ha temblado frente al tigre y al filo argentado del machete enemigo, lo hace cuando medita en los problemas trascendentales del alma. Cree en los hechizos y por su mente ambulan fantásticas leyendas de duendes y aparecidos. Empero, en el fondo de su psiquis, sueña el pagano. Aunque el quinto mandamiento diga *no matarás!* él lo hace porque no puede quedarse burlada su vanidad de macho ante la disputa de la hembra; porque en el calor de las copas ha surgido una discusión descomedida a su personalidad egregia; porque en el fervor primitivo de una lidia de gallos su serenidad se ofuscó. Se destaca el tipo de juglar donjuanesco, que improvisa y canta al son de su guitarra retruécanos galantes para rendir el corazón de las doncellas. Es fiestero e idólatra. Cada pueblo tiene su santo y cada barrio su virgen. La fiesta religiosa que comienza con el sacrificio de la misa, termina en orgía de lujuria y sangre. De sus rangos han surgido grandes reacciones contra la injusticia social imperante, encarnadas en el tipo del *bandido caballero* que a la vez que tiene sed de sangre, opera bajo el principio de compensación económica y social. Este personaje, tan familiar en el "agro mojado" y en la frontera sur, que deja tras él una estela de hechos salvajes y heroicos que lo convierte en héroe epónimo del alma popular, no ha sido estudiado con la atención psicológica que merece. Su tragedia evoca la memoria de los Schka Yegulev de la escena Yegulev de la escena rusa.

El éxodo de esta cultura promiscua, exuberante y peli-grosa como el trópico, recogen LOS QUE SE VAN. Libro que marca la primera etapa de la vida literaria de Joaquín Gallegos Lara. Como ya expuse, su importancia ha sido enjuiciada únicamente desde el punto de vista literario. José

de la Cuadra que todo lo mira al través del cristal de la literatura, cree que el montuvio no se vá. Esto basta para comprobar que ve a los hombres tan sólo como parte integrante del paisaje. Es a la vez su sincera y falsa representación intelectual. En Loja, le corresponde a Angel F. Rojas, con su gran visión, con su admirable capacidad literaria, recoger el espíritu del *chagra* de la comarca que menos presuroso que el montuvio, pero tras él ha preparado sus maletas para el viaje final.

Frente a la cultura occidental que nos invade, el mestizo, en su imposibilidad de presentarle una resistencia sustancial, la asimila y, al hacerlo la transforma, adaptándola al medio. De esta síntesis surgirá los perfiles del nuevo Ecuador.

* * *

La obra posterior de Joaquín Gallegos Lara es abundante, pero dispersa en la revista, el periódico, la conferencia. Su figura va acendrándose: su ubicación política es extremista y su obra literaria al servicio de la causa revolucionaria. Una fase importantísima de su labor es el afán, logrado por supuesto, de orientar la literatura hacia la lucha social. Al respecto son de sumo valor sus críticas literarias, sus polémicas y lo serán sus novelas aún inéditas. En "Vanguardismo y Comunismo en Literatura", leemos "Encuentro que explicadas bastantes cosas sobre el hecho literario contemporáneo, falta aún plantear entre nosotros fundamentalmente el problema. A mi modo de ver el problema de la literatura actual es el problema de la lucha de clases dentro de la literatura". Bien está que aquí sólo "siga insistiendo en lo mismo, siga descubriendo lo descubierto", como él mismo lo afirma, olvidándose que al respecto todo está dicho, que nada es nuevo; pero que hay que repetirlo y demostrarlo hasta que la idea se haga sangre, como es menester sembrar hasta que la simiente germine, conforme al pensamiento nietcheano.

Gallegos Lara, si bien ha descubierto también lo descubierto, ha hecho labor de apostolado al guiar la literatura. Ha levantado una barricada que es a la vez una tribuna y, desde allí ha lanzado sus golpes certeros y ha recibido los de la reacción y sus turiferarios.

La batalla más brillante que sostuvo y de la cual salió airoso, fué la librada con los atenienses de Santa Ana de los Ríos y en la que estuvieron a su lado Francisco Ferrandiz Alborz, Alejandro Carrión y G. Humberto Mata. Los gamonales de la poesía arcádica, recibieron el golpe más rudo que los desquició de su sitio de fetiches regionales. El antiguo y el neo *marianismo* se conmovieron y el conservatismo se descubrió en los literatos vanguardistas del Azuay, astutamente embozados en el culto localista. Los pequeños atenienses se sintieron heridos, demostrando una fina sensibilidad clasista, y arremetieron contra los sacrílegos que se granjearon nada menos que su lloriqueante hostilidad. Exceptuamos, claro está, a Alfonso Cuesta y Cuesta, Saúl T. Mora y otros valores que ventajosamente ya no se creen atenienses, sino simples obreros, simples soldados, de la edificación revolucionaria ecuatoriana.

Frente a las nuevas generaciones literarias, Gallegos Lara oficia de orfebre. Ve en la generación actual la materia prima, pero desorbitada en ocasiones, en veces extraviada, y quiere modelar y perfeccionar las cualidades de cada uno, que sabe analizarlas profundamente. No escatima la dureza de sus observaciones, acerba a veces, porque ama y anhela crear. Su criterio literario es claro. En una carta me decía: "...nuestro arte ha de ser un arte agrario-antimperialista, paralelo a nuestra revolución. Nuestros motivos los de la vida obrera y campesina, contra los hacendados, contra los gringos imperialistas, contra sus sirvientes los burgueses y gamonales del

gobierno y de la clase explotadora en general".

Hay en Gallegos Lara un enorme espíritu que se expande y orienta, una fe infinita en la obra de reconstrucción; la fe mística del revolucionario que "lleva su sangre en sus ideas". El no aspira a Ministerios ni Plenipotencias. Quiere vivir y vivir bien su vida, corta tal vez. Vivir bien en el sentido revolucionario, es decir cumplir su misión, sacrificar su individualidad en la obra de superación colectiva. Es un valor en continua progresión que se "corrige día por día, hora por hora". Su obra es el proyectil lanzado al infinito. Ha iniciado su parábola ascendente y no sabemos aún la potencia de su curvatura. Su posición política extremista pero serena, nos confirma no al hombre que se agota y trata de ser un fin en sí mismo. Comprende la historia y quiere ser y sabe que no será sino el comienzo; nada más que un sembrador que, consciente que no cosechará para él empero echa la simiente, porque sabe que existe un futuro. El nos dice: "...he puesto apenas al servicio de la causa que creo justa la mentalidad tosca e ingenua de un obrero".

Tiene dos novelas inéditas: CACAO y LOS GUANDOS. Respecto de la primera me escribía: Creo y quiero que mi próximo libro, una novela, sea ya una versión real una versión auténtica y roja de la vida en el Ecuador". LOS GUANDOS, la novela que nació ante la emoción andina, debido a la inspiración que le produjo el indio, que llevó en guandos, la maquinaria occidental necesaria al progreso y electrificación de Cuenca, describirá su explotación por el feudalismo inquisitorial del Azuay y la burguesía comercial que se nutre del sudor y las lágrimas del tejedor del sombrero de toquilla. (Cuenca es un burgo donde se enseñorea el espíritu medioeval de la colonia. Es un bastión de la catolicidad extrema, donde aún se cree en la guerra santa de los cruzados y se la pida en las calles a los oradores protestantes —es reciente y

trascendental el caso Príncipe—. Su juventud, a pesar de la sonrisa matinal de sus bellos campos y del canto bullicioso de sus ríos, se asfixia en la estrechez espiritual del medio. Los rebeldes se retiran al islote herético de su conciencia, de su mundo interior; y los más se inclinan reverentes ante los caciques literarios y les solicitan su venia antes de dar a luz un verso enfermo. En el patio virreinal de la casona universitaria, se levanta como una *mater dolorosa* la estatua de *sedes sapientiae* el Rector pasa descubriéndose, los universitarios le ofrendan flores hermosas y los rebeldes pasan indiferentes).

LOS GUANDOS, con SOL AMARRADO, HUASIPUNGO y otras obras en preparación vigorizarán el monumental affaire que se instruye contra el latifundismo andino que mancomunado con la Iglesia, vive del dolor y la miseria del indio, ensombreciendo la historia de un pueblo.

* * *

Ante nuestros ojos se abre una perspectiva histórica: la construcción del nuevo Ecuador. Obra ímproba que requiere la realización de este programa :

Interpretación de nuestra realidad y planteamiento de sus problemas al través y sobre la base del materialismo histórico;

Acercamiento de la intelectualidad revolucionaria a las masas obreras y campesinas y organización de un Partido Político: socialismo o un nuevo partido marxista que surja y se oriente de acuerdo con las características del Ecuador y de América;

Realización.

(Revista BLOQUE No. 1 Loja. Enero 1935).

EL PARTIDO COMUNISTA Y LOS INTELECTUALES

Carta a Jorge Hugo Rengel

Lo.- Camarada: Recibo vuestra hermosa revista nueva, BLOQUE, y aunque no estoy de acuerdo con el total del espíritu que la informa, son tantas nuestras coincidencias que, ante todo, mi carta quiere ser la expresión de mi reiterada camaradería para con todos ustedes sus fanadores, y mi felicitación.

BLOQUE es un órgano cultural que acierta al hallar su tendencia general hacia la salida que el pueblo trabajador da a la cultura, sacándola del pantano en que la ha colocado la descomposición de la mentalidad social de las clases reaccionarias. Hay que afirmar que únicamente un criterio revolucionario frente a los problemas modernos del hombre puede calificarse de en verdad cultural, en nuestro tiempo. Las elocubraciones reaccionarias sobre los viejos tópicos de la cultura, por muy novedosos de forma que sean, tienen tal carácter regresivo que se vuelven un veneno para ella.

Lo más alto del pensamiento burgués, la filosofía burguesa, está pudriéndose. No es un secreto para nadie. Se llama ahora ella Bergson, Scheler, Spengler, Ortega y Gasset. Empieza por hilar delgadísimo con las ideas. Termina practicándose a bala contra los obreros y todo el pueblo, incendiando los edificios y los libros, ahorcando la razón con la soga de Dios.

Hemos insistido mucho los que tratamos de mirar la vida con el criterio marxista, en que la desagregación y decadencia del pensamiento burgués —freno a la ciencia, puerilidad a la filosofía, rebajamiento del arte— es un hecho producto del final del sistema social capitalista. Por consiguiente, insistimos también en que el proletariado, la clase que históricamente está investigando debe derribar y heredar a la burguesía y construir una sociedad socialista, es la única clase que puede dar un nuevo contenido e imprimir un nuevo sello a la cultura.

Y he ahí, Jorge Hugo Rengel, la clave de mis coincidencias y divergencias con la redacción de BLOQUE.

Estoy de acuerdo en que sólo las masas pueden salvar la cultura y en que es preciso ir con ellas —por mi parte voy con ellas no sólo por esto sino, en primer lugar, como trabajador y como hombre—. El motivo de mi divergencia es el *cómo* se va con ellas.

Del texto general de la revista, en cuanto ésta es hecha por sus redactores, se desprende que lo que se propugna es que los intelectuales se conviertan en guías de los demás trabajadores, dando ellos por ende y no las masas el sentido fundamental del desenvolvimiento cultural. Esto, que es notable por un rasgo o por otro en casi todos los redactores que escriben este número de BLOQUE, en nadie es más notable que en usted, Jorge Hugo Rengel. Es más, su estudio "La Nueva Ecuatorianidad", en cierto modo es la exposición sistemática de tal idea. Y con ella no puedo estar de acuerdo.

2o. ¿Qué son —quiero preguntarle— los intelectuales en el régimen capitalista? ¿Qué son, más concretamente, los intelectuales en el régimen semifeudal y semicolonial del Ecuador?. Esto es lo primero a investigar si se quiere razonar

el por qué de la primacía cultural y en consecuencia, al fin y al cabo, política que se les atribuye.

Si la cultura fuera la manifestación de individualidades aéreas, por encima de la materialidad de la sociedad humana, estaría de acuerdo en que nadie como quien trabaja cuotidianamente con los problemas específicos de la inteligencia debería dar el tono a la cultura.

El hecho, querámoslo o no, es que las cosas no ocurren así. Las ideas son el producto de cerebros que funcionan en el conjunto fisiológico de un ser social que puede subsistir sólo a través de relaciones de todo orden con sus semejantes. Estas relaciones, cualquiera que responda con un ligero conocimiento de los hechos, encontrará que son las de supeditación económica de los intelectuales a las clases poseyentes, mezquino trato y limitadas condiciones de vida. Ante la contradicción que existe entre la importancia de sus servicios y el trato que reciben, alguien ha llamado a esta situación "grandeza y servidumbre de la inteligencia".

Si esto ocurre en países donde el nivel general económico es elevado, pudiendo allí la burguesía tirar un mendrugo menos pequeño a cada desposeído, entre ellos al intelectual ¿qué no será en un país de técnica atrasadísima, de riqueza social ínfima y saqueado por el capital extranjero?

En nuestro país no hay especulación científica pura. No se lee libros nacionales. Los artículos periodísticos no se pagan. Los profesionales reciben honorarios ridículos, fuera de tres burgueses de cartel. Los estudiantes lánguidos de inanición, carecen de libros. El que quiere ser artista muere de hambre o va a ser de alcahuete de algún gamonal para subsistir. Como resultado de las condiciones económicas de su vida, los intelectuales del Ecuador, salvo una minoría de honestos y pobres, tienen un temperamento de prostitutas.

A la burguesía bestial y bestializada ¿se le podrá oponer un puñado de hombres sin ningún lazo que los ligue, prostituidos o reducidos a la impotencia por esa misma burguesía?. Cuál está en condiciones de dominar la cultura ¿la clase coherente, por animal o descompuesta que esté, o los tristes desechos de una inteligentzia nonata?.

3o.- Antes ¿qué es la cultura?. Perdimos ya la idea en que creíamos, como creen los niños burgueses en que es el niño-dios quien les da juguetes, de que la cultura es un soplo como el que fué robado a los dioses por Prometeo. Si tal soplo existiera, no dudo que cualquiera de nuestros duchos intelectuales pudiera robarlo.

Pero la cultura es algo material, concreto y vasto. Es el conjunto de conocimientos cultivados en acción a través de la técnica social. Sin las imprentas, sin los laboratorios científicos, sin los libros, sin los pianos, sin las Universidades, no hay cultura. Mientras la clase burguesa monopolice estos medios técnicos y todos los demás que posee exclusivamente, ella será la dueña de la cultura, le dará su contenido por bajo y torpe que éste sea. ¿Y son acaso los intelectuales capaces de arrancárcelos?.

Tal era el sueño de los narodnikis, allá por los años en que Lenin salía por primera vez de su Kazán natal hacia San Petesburgo. Lenin, unido enseguida al joven proletario ruso, sirviendo y dirigiendo a esta clase social, acabó con tales sueños. A una clase no se le puede oponer sino otra clase. La liberación de todo el pueblo oprimido la dirigirá la clase más oprimida y más apta para la lucha.

Los intelectuales no son una clase. Hay intelectuales de todas las clases, proletarios, burgueses, feudales, pequeño burgueses, etc. No hay que engañarse viendo una identidad fundamental en el hecho de que tengan tareas parecidas.

En el régimen capitalista los intelectuales, por lo genral, son pequeño burgueses al servicio del capitalismo. Por el pequeño capital que han costado los conocimientos que emplean para su trabajo se puede ver que son pequeños poseedores, de la misma calidad que los artesanos o los campesinos medios. Y resultan una parte mínima en el inmenso ejército del trabajo, siendo su papel en la producción enteramente secundario.

Nosotros, marxistas, negamos a los intelectuales la posibilidad de dirigir la conquista revolucionaria del pan y la cultura. El dominio económico-social de la burguesía puede solamente ser roto por una clase social que ejerza un papel decisivo en la vida económica contemporánea. Esta clase es únicamente la clase proletaria.

4o.- Reconocer tal cosa —lo cual hacen en BLOQUE y hace Ud., Jorge Hugo Rengel— significa, si uno es consecuente con las ideas, reconocer explícitamente que no es una situación cualquiera la que corresponde al proletariado en la lucha contra la burguesía, sino la situación hegemónica, de dirección, de vanguardia.

Seamos claros aquí para no caer en los conocidos errores, interesados o no, de apristas o socialistas. La dirección que el proletariado dará y está dando ya a la revolución en el Ecuador es una dirección justa. El proletariado es una minoría entre los trabajadores del país, pero es una minoría fundamental. Además hablar de la hegemonía proletaria no significa la ruptura con los demás trabajadores, sino antes bien la alianza, pero no una alianza como la que los apristas ensayan, llamada “de trabajadores manuales e intelectuales”, y en la que son desvirtuados los propósitos mismos de la revolución, en medio de un nebuloso reformismo clase media, sino una alianza realmente revolucionaria, de cuya eficacia es única garantía la dirección proletaria.

Cuando se pone, en las ansiadas alianzas del pueblo, en primer plano a la pequeño-burguesía, intelectual o nó, se concluye siempre —lo hemos experimentado tantas veces!— por adular la finalidad revolucionaria. Sólo un Partido, aquí como en los demás países de América y del mundo, ha sostenido con rectitud e intransigencia la ideología proletaria: el Partido Comunista.

5o. El Partido Comunista del Ecuador, Sección de la Internacional Comunista, es un partido internacional por la clase y nacional por los problemas específicos de la revolución ant imperialista que enfrenta aquí la clase. Contra las afirmaciones demagógicas de los demás partidos que pretenden dirigir a las clases laboriosas, que hablan a cada paso de la “revolución socialista”, mientras colaboran en los ministerios feudal-burgueses, el Partido Comunista no tiene en sus banderas la consigna inmediata de una revolución socialista, que en las actuales condiciones del país no cree posible, sino la de una revolución agraria ant imperialista, primer paso hacia la revolución proletaria socialista. Pero el Partido Comunista mantiene incólume eso sí la consigna de un gobierno obrero y campesino, es decir un gobierno popular. Estos propósitos fundamentales muestran claramente el realismo científico y práctico a la vez que intransigente de su posición. Estos propósitos lo caracterizan, y lo distinguen de los demás partidos sedicentes revolucionarios.

El Partido Comunista tiene abiertas sus puertas a los intelectuales que creen sincera y consecuentemente en la lucha proletaria y que, habiendo adoptado su ideología marxista-leninista, única tolerada en un partido monolítico como es el nuestro, quieran pasarse de clase, camino de la revolución por el pan y la cultura. También, devuelve simpatía por simpatía a los intelectuales honrados que no participan directamente del saqueo de las masas, sean estos izquierdistas sin

partido socialista, etc.

No es real ni con mucho el anti-intelectualismo que se atribuye al partido. Muchos intelectuales militan en sus filas. Mediante una adhesión decidida, indeológica y práctica al proletariado, han llegado incluso a su dirección. Muchos simpatizantes intelectuales están en torno nuestro, también.

He ahí las razones por las que yo, militante del Partido Comunista Ecuatoriano, no puedo estar de acuerdo con la actitud general de la revista BLOQUE, sino en parte.

6o. Hay una disconformidad en mí, mayor empero, y es con las ideas sentidas personalmente por usted, Jorge Hugo Rengel.

Es inadmisble, compañero, buscar el índice de la nueva ecuatorianidad en el solo fenómeno de la literatura, marcando como puntos señeros obras o personalidades literarias. Primero, Pablo Palacio, después el libro de cuentos LOS QUE SE VAN y finalmente yo mismo, hemos merecido aquel juicio.

La revolución agraria ant imperialista, comparable a la revolución rusa a la que Stalin define como una “revolución nacional por la forma y proletaria socialista por el contenido”, seguramente creará y desenvolverá una cultura nacional y obrera a la vez, única posible en nuestro país donde las otras clases demuestran día a día su impotencia y descomposición ideológica. Son múltiples y ampliamente variadas las formas —científicas, políticas, artísticas, filosóficas— en que se manifestará y empieza a manifestarse el movimiento cultural de masas. Fíjese en él, Jorge Hugo Rengel, si quiere percibir la naciente ecuatorianidad, que sólo puede ser obrera y campesina.

Hace tiempo que conocemos en Carlyle el vocero de la burguesía británica más reaccionaria. La historia no la hacen los héroes. La hacen las masas, la hace la lucha de clases. Lenin es sólo un guía que sabe acertar, que sabe coincidir con la necesidad histórica.

Para concluir, estoy en contra de la conclusión que Ud. saca de sus afirmaciones literarias. No hay que soñar, Jorge Hugo Rengel, hay que hacer. Si realmente está con la lucha proletaria y con la cultura auténticamente ecuatoriana, no fantasee sobre la necesidad de un nuevo Partido. Bastantes adulteraciones del marxismo existen y dan trabajo a los trabajadores para librarse de sus errores o de sus trampas. No queremos más contrabandos de ideas pequeño-burguesas vestidas de proletarias. El partido del proletariado existe, ya; usted lo conoce: si ama la cultura y sabe que el proletariado puede salvarla, si le causa alguna emoción y le sugiere alguna idea la miseria de las masas explotadas y su heroísmo de clase, venga sencillamente a su único Partido: el Partido Comunista.

Joaquín Gallegos Lara.

(Revista BLOQUE Num. 2.- Loja, mayo de 1935)

REALIDAD Y FANTASIA REVOLUCIONARIAS

A Joaquín Gallegos Lara, Líder del Partido Comunista Ecuatoriano, con toda mi admiración.

I

“Hacer de BLOQUE una revista ecuatoriana, que inicie una ruta en el panorama de la vida nacional”. Tal fue el anhelo que agrupó a unos pocos hombres fervorosos cuando la creación de esta revista. Actores en un escenario feudal y misoneista, alejado de la civilización entre la abruptuosidad andina, nuestra vinculación leal y sincera a las tareas de la revolución socialista ecuatoriana, no podía ni puede ser sino esencialmente teórica, sin que por eso rehusemos el contacto con el pueblo que se debate por buscar su redención.

Solamente un ambiente proletario puede avivar en mayor grado la emoción revolucionaria. Nuestra revolución a la vez que dialéctica histórica, es sentimiento, es emotividad. Por ende nuestra labor no ha remontado todavía los modestos límites de la especulación doctrinaria, meramente intelectualista. Pero aspiramos a superarlos.

La heterogeneidad de BLOQUE que no la hemos negado, ni ha pasado inadvertida, ha motivado un eclecticismo frondoso, que si bien constituye tan sólo la fachada de la revista y no su espíritu, no deja de alentar divergencias de criterio entre los redactores, a veces sustanciales, a veces de grado. Sin embargo, conscientes de esa disparidad que es general en las élites revolucionarias y teorizantes del Ecuador, fundamos nuestra revista en el afán de hacer de ella una tribuna de orientación. Por eso es ante todo de polémica de princi-

pios, sincera y creadora. Creemos que, mediante la polémica, se puede llegar hacia la orientación definitiva de las fuerzas, que de hecho constituye selección y encuadramiento de la inteligencia revolucionaria en disciplinas determinadas.

Como ya lo expresé no ha mucho, existe en la actualidad una crítica fulminante y corrosiva que Manuel Agustín Aguirre se ha encargado de analizar muy acertadamente, designándola como vicio nacional. He juzgado prematura esta actividad y además destructora. Esta manía de algunos espíritus enfermos de grandeza de hacer resaltar "su verdad", como la única verdad la explica Luis Alberto Sánchez, como efecto "de una cierta inmadurez teórica y resabio demagógico, herencia del liberalismo radicaloide ambiente". Esta explosión anarquizante hemos querido domeñarla; y, poniendo el dique de nuestro esfuerzo conciliatorio tendiente a la orientación y unificación revolucionarias, salvar la unidad del movimiento, de su deriva catastrófica.

Formar un grupo y una conciencia dentro del ambiente revolucionario nacional como resultado de nuestra iniciativa; y abordar, como secuela la etapa de teorización marxista, premisa indispensable y congruente con la hora pre-revolucionaria que cruzamos, he allí nuestra ambición y finalidad máximas.

Conformándose en parte con nuestra labor, el compañero Joaquín Gallegos Lara dice que su divergencia estriba: en el *cómo se va con las masas*. Joaquín Gallegos nos expone "su verdad" y nos anuncia además, que ha encontrado "su ruta" para ir con las masas: el comunismo. "Lo esencialmente confuso —estima Ortega y Gasset—, intrincado, es la realidad vital, concreta, que es siempre única. El que sea capaz de orientarse con precisión en ella; el que vislumbre sobre el caos que presenta toda situación vital, la anatomía secreta del instante; en suma el que no se pierde en la vida, es una

cabeza clara". Gallegos Lara que ha vencido este paso, no hay duda que es "una cabeza clara". Nosotros en cambio, tratamos de encontrar "nuestra ruta", estudiando al través del materialismo histórico la hora de América y del Ecuador. Creemos que el comunismo, por el momento, no se adapta a nuestra realidad; y buscamos sistemáticamente, racionalmente, una senda más propicia.

Mas, de este intento de orientar la inteligencia revolucionaria como medio de aprovechar sus servicios en este estado preparativo y embrionario de la revolución, a desear "que los intelectuales se conviertan en guías de los demás trabajadores, dando ellos por ende y no las masas el sentido fundamental del desenvolvimiento cultural", hay una enorme distancia, un abismo dialéctico, que ha sido salvado empero, por el suscitador Gallegos Lara.

Nuestra labor por lo pronto, se reduce a cristalizar un anhelo en realidad, para lo cual hemos lanzado un llamamiento fraternal de todos los militantes y teóricos del marxismo, no sólo del Ecuador sino de América. Este esfuerzo inicial que trata de buscar "una ruta" quedará como un comienzo, como un intento; como la tarea del sembrador que ha abierto surcos en la tierra virgen...

II

Revasando tal vez los estrechos límites trazados por Joaquín Gallegos Lara en su grata polémica, quiero reflexionar con mayor profundidad sobre la crisis de la cultura capitalista. No quiero insistir en su aspecto económico; tampoco en su sentido social y político: lucha de clases y problema de rol de las masas en la estructura del Estado demo-liberal. Pero deseo detenerme en su aspecto psicológi-

co, realmente importante y que asume contornos de gravedad no superados como en sus otras facetas. En efecto, la razón que fué el ideal burgués de casi todo el siglo XIX y principios del XX, decae hoy ante el escepticismo proveniente de la última guerra. La razón resulta demasiado estéril, sumamente estrechos sus límites, para llenar el ansia de infinito que tiene el hombre. Sin embargo, la razón en su momento de pujanza mítica eclipsó el prestigio milenario de las antiguas religiones metafísicas. Por ejemplo, el catolicismo racionalizado hasta los límites de lo posible, enfrenta hoy un momento de tramonto que parece definitivo. Se fusiona en proporciones gigantescas con diversos rezagos paganos, declarándose estéril y decadente, impotente para sobrevivir con sus modalidades medievales y con sus 'verdades eternas'. Roma se doblega y se adapta desesperadamente en su agonía, a las nuevas condiciones políticas y sociales. Su mimetismo varía en condiciones diametralmente opuestas. Así lo demuestran los concordatos con el Quirinal y con el Kremlin. La catástrofe del catorce con su espantosa degollina, que produjo este ambiente escéptico y caótico, impulsó el renacimiento de los mitos que inspiraron la revolución burguesa: culto a la nacionalidad, al progreso, a la guerra, al héroe.

De esta atmósfera destemplada y tornadiza; escéptica e inconforme, surgió el fascismo. La burguesía italiana de post-guerra, sufrió el vértigo de una exacerbación socialista inminente. Creyó jugar una peligrosa aventura, continuar la política domesticadora de un Nitti, que supo canalizar y desahogar pacíficamente la crisis revolucionaria; y apelo, nerviosamente, a la dureza y violencia de la cachiporra fascista. Para esta empresa encontró su condottiere y la ideología pequeño-burguesa reformista, preponderante, por ese entonces, en Italia. Orgullosa de los laureles de la guerra victoriosa; confiada en los antiguos mitos de la italianidad y el culto al héroe; apoyada en la filosofía de la violencia, que encon-

tró excelente caldo de cultivo en la psicología marcial de las naciones triunfantes, Italia vestida de camisa negra se resolvió a vivir peligrosamente, en medio de la tormenta. Mussolini, la figura más teatral de la política europea, imprime y modela el espíritu de la "Terza Italia" hacia un retorno al medioevo evocando la gloria del Imperio... Aunque diferentes las condiciones del insurgimiento nazista en Alemania, no dejan por ello de responder a una idéntica mentalidad. El tratado de Versailles encerró a Alemania en una camisa de fuerza. Alemania conserva económicamente hablando, la mejor industria europea y, desde el punto de vista psicológico, el espíritu megalómano del Imperio. La República de Weimar —ya no podemos hablar en presente— que no fue sino un interregno político, conservó el símbolo imperial en la figura augusta y marcial de Von Hindemburgo. Desde 1930 se preveía la catástrofe de la República alemana. 1933 significó el triunfo definitivo de los "camisas pardas". El nazismo ha hecho del "Tercer Reich" el símbolo histórico de la germanidad. Ha colocado en los vacíos retablos imperiales la figura iracunda del héroe de la swástica que ha impreso a la nueva Alemania reaccionaria, un espíritu militar y aventurero que desafía a la paz europea, enferma de hipertrofia bélica.

Para muchos académicos y diletantes, el fascismo representa una muralla china frente al avance de la revolución proletaria. Coincidiendo en este respecto con la opinión de Luis Alberto Sánchez, reputo que esta modalidad histórica, no representa sino un paréntesis político, fruto del fracaso de la III Internacional Comunista, que ha tomado sobre sí la tremenda responsabilidad de dirigir la revolución mundial. Hans Freyer, determina la situación fascista "como una reacción dialéctica necesaria tras el aborto de la revolución proletaria". En definitiva el fascismo, con sus falsos renacimientos míticos, no puede constituir una prueba eficiente de la innecesidad del comunismo. Prepara por el contrario,

por la vía negativa, el insurgimiento comunista en Europa, como consecuencia de la segunda guerra mundial que germina en su espíritu absurdamente heroico. El fascismo es una de las formas de la agonía capitalista.

El capitalismo vive su hora definitiva. Se encuentra encerrado en el círculo de fuego de sus contradicciones históricas, del cual no podrá salir sino con su muerte. Sólo el marxismo aporta a la humanidad una salida a la crisis, una válvula de escape al caos presente. El marxismo comparte de dos corrientes filosóficas: como dialéctica histórica y como mito revolucionario. Desde el primer punto de vista es la ciencia de la revolución, que establece las condiciones de su formación e insurgimiento; como mito es una nueva religión social realista que ha desplazado del cielo el paraíso ofrecido por las religiones metafísicas, para prometerlo y concederlo en la tierra, en esta única vida. A este paraíso están llamados los explotados, la masa proletaria sobre cual se levanta la grandeza de la historia. El único camino que conduce a este paraíso es la revolución que da un contenido combativo y heroico a la vida, que infunde una emoción religiosa y una fe y esperanza que crea mártires. Este mito multitudinario complementa al marxismo de un cierto matiz determinista, mesiánico, profético. Para el verdadero revolucionario el triunfo de su causa es un ideal que será realidad tarde o temprano en forma ineludible, porque se basa en la ciencia y porque entraña la única justicia posible.

Pero este espíritu revolucionario no surge porque ciertos hombres lo quieren, porque lo creen necesario. Marx, nos dice: "Los hombres hacen su propia historia. Pero no la hacen según el deseo de su iniciativa, ni en las circunstancias libremente elegidas; ellos están obligados por las circunstancias, tales como las han creado los acontecimientos y la tradición" (EL XVIII BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE). Si fuera posible realizar nuestra revolución tan sólo porque la

creemos, justa y la creemos sería muy fácil, Joaquín Gallejos, soñar y luego tornar la realidad adversa en paraíso de igualdad y justicia. El comunismo, desgraciadamente para los espíritus románticos, surge como un movimiento intercurrente y paralelo a una etapa del desarrollo económico, la etapa industrial. La experiencia nos indica que no es posible forzar a nuestra voluntad la historia y las fuerzas económicas, que tienen sus leyes propias. Por eso, y con razón, expresa Harold J. Lasky: "...en cada etapa del proceso no hay nociones abstractas con una vida independiente, sino necesidades concretas impuestas por un ambiente material que las hace inevitables". Entonces ¿no existe el subjetivismo revolucionario? Sí existe, como existía para los poetas románticos la "torre de marfil".

Poner un velo a la realidad y luego cerrar los ojos y adormecerse en la contemplación de las imágenes que produce nuestro subjetivismo febril, y creer que son reales porque son productos de nuestro cerebro, es surgestionarse; antes que soñar, engañarse. Porque soñar es idealizar la vida que es real. Engañarse es materializar imaginativamente lo irreal. Así como la vida humana "ha surgido y progresado sólo cuando los medios estaban equilibrados a las necesidades", así también el comunismo, siguiendo en esto al pie de la letra la exégesis marxista, no puede surgir sino cuando se hayan producido sus premisas económico-sociales. No existiendo un proletariado mayoritario como consecuencia del insignificante desenvolvimiento industrial, no es, prácticamente posible, formar un partido comunista capaz de adaptarse a la alta disciplina revolucionaria.

A fuerza de engañarnos, caemos en muchas ocasiones en la obsesión de la *frase revolucionaria*. "La frase revolucionaria —según Lenin interpretado por Victor Serge—, suele ser casi siempre una enfermedad que ataca a los partidos revolucionarios, cuando se produce en estos el entrelazamiento de

los elementos proletarios con los pequeños burgueses y cuando el curso de los acontecimientos obliga a bruscas viradas. La frase revolucionaria consiste en la repetición de las consignas revolucionarias sin relación con las circunstancias objetivas del momento, de un cambio dado. Consignas excelentes, que arrastran, que emborrachan, pero que carecen de base; esto es lo que esencialmente ocurre”.

La aplicación oportuna del marxismo no consiste en llevar su dogmatismo al grado superlativo, sin preocuparse del medio en que se actúa. Por el contrario, a cada momento se ve “el continuo replanteamiento de los problemas económicos y políticos, conforme a los nuevos aspectos de la realidad” (Mariátegui: DEFENSA DEL MARXISMO).

Un concepto claro y de extensa aplicación, considera a la política como una superficie accidentada, como la de la tierra, sobre la cual no se puede “trazar líneas rectas, sino líneas geodésicas”. Mas la III Internacional Comunista, bajo cuyo control se encuentra el partido revolucionario monolítico, sigue creyendo que en política, existe realmente la línea recta sin tomar en cuenta, a pesar del experimento ruso, que la línea recta es “teórica, imaginaria”.

Panait Istrati, decía en 1929: “Si no es victorioso enseguida —refiriéndose al comunismo—, debemos buscar la aplicación en la estupidez dogmática de sus Jefes”. Pasados los años, estudiados detenidamente los últimos acontecimientos históricos, damos razón a la indignación de Istrati, así como justificamos la fuerte crítica de Trotzky dirigida a la III Internacional a raíz del fracaso de la revolución española.

A partir de 1919 es constante el fracaso de la III Internacional en su aspecto político. (Adviértase en el aspecto en el que se le juzga). Entre otras causas y, compartiendo la opinión de varios críticos, podemos citar dos, a mi parecer fun-

damentales: a).- la Internacional Comunista se encuentra armada de los principios abstractos del marxismo ortodoxo, que los aplica apriori y en términos generales a problemas peculiares de determinados países, sin advertir si las diferencias entre unos y otros, son esenciales o simplemente de grado; sin advertir que en cada país es necesario analizar cuidadosamente su realidad, para la aplicación y adaptación de los principios generales al caso particular; y b).- por cuanto sacrifica la realidad a la ortodoxia por falta de oportunidad y elasticidad en sus intervenciones políticas.

Si la dogmática ha hecho fracasar políticamente a un organismo tan fuerte, económica y socialmente hablando, como la sección europea de la III Internacional, ¿qué diremos de las sucursales hispanoamericanas, donde la enfermedad de la “frase revolucionaria” entre sus dirigentes intelectuales *pequeño-burgueses*, se ha convertido en “escoba de la bruja” de la revolución?. Un romanticismo revolucionario de contornos infantiles ha infestado a ciertos dirigentes hispanoamericanos que tras juegos sofísticos e ingeniosidades litarias creen convencernos que es llegada la hora de la revolución proletaria por la vía del comunismo, sin tomar en consideración que se trata de países semi-coloniales, o coloniales, muchos de los cuales aún no han reaccionado de su colapso histórico. “La experiencia de todos los países que han salido de su evo feudal, nos demuestra, por otra parte, que sin la disolución del feudo no ha podido funcionar, en ninguna parte un derecho liberal”. (Mariátegui: 7 ENSAYOS DE INTERPRETACION DE LA REALIDAD PERUANA).

III

Antes de llegar a conclusiones sobre nuestra realidad que abordaremos someramente en el curso de esta polémica, quiero analizar un problema sustantivo planteado por Joaquín Gallegos Lara, que podemos representarlo en esta frase: *la masa y sus directores*.

Tópico viejo y trillado. Creo que en el fondo mismo no existe mayor diferencia entre mi opinión y la del compañero Gallegos Lara. Tal vez su divergencia obedezca a factores externos, a circunstancias expositivas.

Históricamente estudiando el marxismo, que es la doctrina que viene orientando el gran frente socialista de la revolución mundial, tenemos que su origen es netamente intelectual. Creo que a estas horas no es posible seguir pensando, como los socialistas utópicos, para quienes la revolución socialista consistía en la sublevación de los parias y explotados guiados por caballeros andantes; ni tampoco vamos a suponer que la revolución socialista va a surgir espontáneamente, como una consecuencia automática de la evidente bancarrota capitalista. El marxismo, como ya lo hemos dicho, es una doctrina realista que se basa en la ciencia económica y en el análisis de los hechos históricos, de los grandes revolucionarios de 1848-49 y 1871. La revolución socialista que propugnamos es una obra humana, cuyo perfeccionamiento ha marcado paralelamente al desenvolvimiento y a las incidencias de la economía capitalista. Por eso la superación de la praxis revolucionaria la deducimos de la experiencia de las grandes luchas proletarias, estudiadas y analizadas al través de los principios del materialismo dialéctico. La inteligencia y las masas son dos factores integrantes de la formación histórica. La revolución industrial con su perfeccionamiento mecánico de la técnica de producción, es obra de la inteligencia.

Concretemos el problema de la masa y sus directores a un hecho revolucionario determinado, una *huelga*, y tendremos que su proceso es idéntico al proceso psicológico de la *acción*. El conjunto huelguista consta de masa y élites directoras. Comparativamente, la masa representa el conjunto de nervios sensitivos y de fibras motoras; las élites, que contienen las individualidades selectas por su preparación teórica y por su lealtad en la lucha, representan los centros cerebrales. Ahora bien, en un campamento minero la compañía explotadora ha dado comienzo a un boycott contra los trabajadores que se encuentran organizados en sindicato, que se ejercita mediante despidos intempestivos, baja de salarios, negativa a indemnizar los accidentes de trabajo, etc. Estas hostilidades han producido una excitación en la masa de trabajadores, una impresión de inseguridad, que es inmediatamente transmitida a los centros directivos del sindicato. A pesar de las reclamaciones individuales y de las quejas a los organismos estatales las exacciones continúan, produciendo una inquietud extraordinaria que se propaga a todos los sectores obreros. En este caso los organismos directivos ponen en tela de juicio los hechos producidos. Analizan su intensidad y el malestar provocado entre los trabajadores; comparan la situación presente con otras análogas experimentadas en el campamento con anterioridad; examinan la caja de socorros y calculan en general la resistencia económica del sindicato en relación con la potencialidad de la compañía; si existe exceso de oferta o de demanda de trabajo, en previsión de los esquirols, etc. A la par buscará el apoyo de otros sindicatos; preverá además si la compañía obtendrá un inmediato auxilio del gobierno burgués, la facilidad de movilización de tropas y su potencialidad. Únicamente después de estas largas consideraciones, que constituyen en el proceso psicológico las representaciones o imágenes mnemónicas, juego de motivos o reflexión, los centros directivos tomarán sus resoluciones, naciendo así la iniciativa consciente del conjunto huelguista. En este estado y visto el grado de dis-

ciplina y la unidad de la masa trabajadora, los centros directivos formularán el pliego de peticiones, decretarán los paros, luego las medidas represivas, etc. Este hecho, la huelga, no tendrá éxito si no se cuenta con una masa disciplinada dispuesta al sacrificio, en estrecha vinculación con sus elites directivas.

La revolución rusa y los intentos revolucionarios ulteriores, como el caso alemán, el austriaco, el chino, el español, nos demuestran en todo su valor el rol directivo de la inteligencia. El caso ruso es un ejemplo acabado de este acerto. Los cuadros directivos del partido bolchevique que tomó el poder, están integrados por líderes intelectuales: Lenin, Trotzky, Stalin, Lunatcharsky, Dzerjinsky, Sverdlow, Zinoviev, Volodarsky, Ioffé, Racovsky, Bujarín y otros, la mayoría salida de los rangos de la pequeña burguesía. Todos ellos son intelectuales en el sentido sustantivo de la palabra, ya como exégetas del marxismo, ya como políticos de la revolución. La revolución alemana de 1919, exceptuando el grupo *spartacus*, carece de grandes políticos y en general de dirigentes. Radeck, Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Franz Mehring, Haase, Ledebour, o fueron asesinados, o fueron aniquilados por la prisión o el destierro. En cambio los Ebert, Scheidman, Noske, etc., de origen obrero y que controlaban las poderosas fuerzas de la social-democracia, capitularon desvergonzadamente ante la burguesía y el militarismo tudescos, compartiendo los crímenes de la contrarrevolución. Igualmente en 1933, el comunismo alemán con Hans Kipperdinger, Ernest Thaelman y Heins Neuman a la cabeza, carente de verdaderos jefes, no pudo movilizar ni combinar oportunamente sus grandes fuerzas y perdió una segunda oportunidad de tomar el poder.

Gallegos Lara partiendo de Bukle, afirma que los héroes no hacen la Historia. No comparto tampoco con la idea metafísica de Carlyle, pero creo en el valor de las individualida-

des en la historia. En relación a este asunto Victor Serge, se expresa en estas palabras: "No vamos aquí a profundizar el papel que las personalidades desempeñan en la historia. Las clases, las masas, el partido actúan al través de los individuos, demostrando precisamente su aptitud para la victoria en la elección que hacen de los individuos. De haber sido asesinados Lenin y Trotzky en el mes de septiembre de 1917, ¿no se habría reducido a una proporción inconmesurable las posibilidades de victoria de la revolución?"

Hay ciertos momentos que el enrumamiento de la historia, que están dispuestas a realizar las masas, depende de la fuerza espiritual de uno o más hombres que han alcanzado a vislumbrar en la realidad turbulenta, "la anatomía secreta del instante" y han logrado orientarse y orientar a las masas en un sentido dialéctico, consciente e inconscientemente. Este rol orientador jugaron los bolcheviques en Rusia y Benito Mussolini en la tragedia italiana. Victor Serge, nos dice: "Lenin se hallaba dominado por esta inquietud. Dígame —preguntaba cierto día a Trotzky— si los blancos nos matan a usted y a mí, ¿serán capaces Bukahrín y Sverlov de salir adelante?". Yo también he meditado sobre la suerte del fascismo si Mussolini hubiera sido victimado en el año 22 o en el 26, cuando se realizaron tres atentados.

Para Joaquín Gallegos Lara "Lenin es sólo un guía que sabe acertar, sabe coincidir con la necesidad histórica". Para mí —Lenin es la figura nítida del caudillo revolucionario contemporáneo: filósofo y polemista, antes que el teórico es el político, el realizador, el creador de una praxis marxista. Supo inspirar en las masas una confianza rayana en misticismo. Con Lenin renace en el pueblo eslavo el culto al héroe. Supo comprender admirablemente la psicología de su pueblo, ansioso de paz y pan en las horas de la derrota, y arrancó a las masas de obreros, soldados y campesinos resoluciones heroicas. Sereno ante el caos de la Europa conflagrada

supo encontrar la ruta decisiva a seguir. Sintió las grandes ecomociones colectivas; y así como combatió sus desbordes infundió al pueblo ruso la conciencia de su verdadera misión, guiándolo hacia la victoria final. Las siguientes palabras de Lenin demuestran la comprensión que tuvo de su altísimo rol: "El jefe del partido proletario es aquel cuya autoridad se funda en el reconocimiento de su superioridad, que es resuelto y disciplinado, tesonero, que no teme quedarse en minoría, ni nadar contra la corriente; porque su misión no es la de seguir a las masas, sino la de instarlas y guiarlas, ya que dentro de él habla la conciencia de aquellas, con la misma claridad".

No siempre aportan las masas las grandes iniciativas que, con un criterio superficial, se les atribuye en todo momento. Obedeciendo a su psicología, la masa se mueve por lo regular por móviles económicos o sentimentales. De tal manera que el derecho de las masas es reclamado previamente por las minorías intelectuales revolucionarias al servicio del progreso humano. Posteriormente las masas sienten la necesidad de realizar ese derecho elaborado por las élites intelectuales y revolucionarias. Surgen entonces los grandes ideales colectivos que se tornan en banderas de lucha de las clases trabajadoras. En este estado avanzan las masas imperturbables y decididas a jugar el rol de factotres definitivos de la elaboración histórica. Por eso ha correspondido a ellas las etapas trascendentales y finales; la nota heroica, la sellación de sangre de las conquistas sociales que llegan a consagrarse como instituciones eternas de la humanidad.

Hasta aquí creo haber demostrado la importancia en el proceso de formación histórica, de lo que designamos como "inteligencia revolucionaria", o rol de los intelectuales revolucionarios.

El término *intelectual* responde a una especialización de trabajo. En su acepción general, llamamos intelectual a quien ha dedicado sus energías a actividades esencialmente cerebrales. Antes que formar una clase, creemos que sólo se trata de una familia, que se encuentra en todas las clases sociales, cuyas funciones son efectivamente semejantes, aunque difieran sus finalidades.

A los rangos de la revolución socialista han enfilado a prestar sus servicios muchos de estos hombres especializados en funciones que requieren esfuerzo intelectual. Concretándonos al caso ecuatoriano, quiero establecer una diferencia entre los especímenes de este grupo. Pues los hay de dos categorías, ya se los llame generalmente teóricos, oradores, poetas, novelistas, periodistas, etc. Según su carácter y moral personales hay unos que forman lo que llamamos "inteligencia revolucionaria", intelectuales sustantivos, cuyos servicios asaz importantes constituyen un factor esencial en el proceso revolucionario. Los otros forman el parasitismo de la revolución y de las masas trabajadoras. Para estos no corre el peligro de la vida revolucionaria, porque saben eludirlo con zoológica habilidad. El posibilismo es su divisa y saben sacar provecho personal hasta de las adversidades políticas. Su fuerza se fundamenta en su charlatanismo. No conocen el escrúpulo, ni la dignidad. Su especialización es el oportunismo. En ocasiones, imbuídos del temor de perder la posición adoptan la mejor de las poses: el apoliticismo, cuya forma más embozada constituye el ya famoso principio de "el arte por el arte". De estos "heroicos luchadores" se han proveído los comandos de nuestros partidos de izquierda. El partido es para ellos o una plataforma que los conduce al nirvana del parlamento. —Oh! la angustia por llegar al Congreso...— o el trampolín para arribar a un Ministerio, Plenipotencia, Consulado o Subsecretaría. Debemos perseguir a estos famosos revolucionarios que creen que la burocracia es el camino más corto para alcanzar la victoria socialista.

IV

Sin un conocimiento cabal del medio y una madurez teórica suficiente, estimo que todos los juicios que se emitan sobre nuestra realidad, antes que interpretarla, la inventan. Cansados de oír a los hierofantes y teóricos oficiales del marxismo el eureka! eureka! de sus erróneas interpretaciones, deseamos que se oriente este aspecto por un sendero de severidad y honradez revolucionarias.

No trato de plantear conclusiones taumatúrgicas sobre el complejo problema ecuatoriano de *cómo se va con las masas* hacia la meta de la revolución socialista. Quiero exponer tan sólo mi sincera opinión, que de ninguna manera pretende representar la certeza misma.

El Ecuador como la mayor parte de los países semi-coloniales, sufre una seudomorfosis histórica, debida a la interferencia imperialista que altera el normal desenvolvimiento de sus relaciones económico-sociales. El capitalismo, en su etapa de *imperialismo* se desplaza de sus centros de acumulación —Alemania, Estados Unidos, Japón— donde su crisis se agudiza, hacia los países coloniales y semi-coloniales donde encuentran adecuado medio sus propósitos expansionistas. La invasión capitalista encuentra en el Ecuador el siguiente panorama: el feudalismo en la etapa germinativa de su negación, sin una burguesía nacional de tipo industrial, capaz de liquidarlo. La revolución demo-liberal de 1895 fue del todo anodina en este aspecto esencial de su misión histórica. Impotente para limitar la propiedad de la tierra y parcelar los grandes latifundios, conservó la estructura anacrónica de la sociedad colonial con todas sus taras feudales. Su revolucionarismo se redujo en definitiva a la promulgación de una legislación tendiente a consagrar la igualdad de los derechos políticos. Por esta razón subsisten en el campo la servidum-

bre y la lucha encarnizada entre el ayllu superviviente —comunidad indígena— y el latifundio. En la ciudad la preponderancia de la forma de producción artesanal sobre una manufactura que comienza a surgir y a la que corresponde un proletariado minoritario, que según los cálculos de Victor Gabriel Garcés cuenta en sus rangos unos 20.000 obreros. La clase obrera propiamente aún en formación aumenta sus efectivos en parte del artesanado, que conserva la mentalidad individualista y megalómana de su origen, en parte del campesinado que aporta el espíritu cohibido de su ancestro servil. El pequeño proletariado ecuatoriano carece en consecuencia de una tradición clasista. Asistimos al surgimiento de sus primeras generaciones que representan el espíritu y la conciencia de clase. De ahí que las masas trabajadoras en general, ajenas a los principios socialistas, viven aún en la penumbra colonial, entre la asociación mutualista y gremial y la influencia clerical, que le insuflan un espíritu anti-revolucionario de tipo fascista, o por lo menos un indiferentismo político, incompatible con su anhelo de progreso y de justicia.

El capital extranjero no realiza en los países coloniales o semi-coloniales las condiciones apropiadas a la revolución demo-liberal. Antes que acendrar las modalidades clásicas de la lucha de clases, las mixtifica conforme convenga a sus intereses. Verbigracia, ataca a sectores de la aristocracia colonial, cuando sus privilegios tradicionales se tornan en obstáculo a sus empresas inversionistas. Por el contrario y, de manera general, el avance imperialista es ventajoso a la burguesía y aristocracia de esos países que finalmente terminan por convertirse en sirvientes de sus intereses, a costa de los intereses del pueblo y de la propia unidad nacional. El surgimiento industrial no es general en el Ecuador, localizándose en contadas ciudades o regiones cuya situación geoeconómica es ventajosa. Por estas razones las luchas entre conservadores y liberales, que provienen de divergencias económicas

entre grupos feudal-burgueses, no han modificado fundamentalmente el panorama nacional. Pues el concertaje, por ejemplo, perduró legalmente hasta 1916 y de hecho, hasta hoy.

En consecuencia, todo programa revolucionario que tienda a implantar el socialismo en el Ecuador, tiene que abordar como tarea indispensable la realización de los postulados de la revolución democrático-burguesa, no cumplidos sino parcialmente entre nosotros.

Tanto la teorización comunista como la socialista coinciden en este punto. Sus divergencias estriban exclusivamente en los medios; en la línea política, en la táctica a emplearse en su marcha hacia el Poder. Mientras los primeros se deciden por el cambio de marxismo ortodoxo, por una revolución dirigida por el proletariado, los segundos propugnan una revolución popular, dirigida por sectores de la pequeña-burguesía. Y es que, el principio aquel de que, "la liberación de todo el pueblo oprimido la dirigirá la clase más oprimida y más apta para la lucha", si bien encierra una verdad potencial, final; sufre en nuestra realidad una relativa contradicción. El campesinado es la clase más oprimida y numerosa; empero, la menos apta para dirigir la revolución socialista. La experiencia histórica nos enseña que el campesinado asume un rol secundario a las revoluciones económico-sociales. Su misión se concreta en constituir una fuerza de acompañamiento, de retaguardia.

En las actuales circunstancias históricas del Ecuador, dada su realidad, la pequeña burguesía juega un rol importantísimo en su vida política y económica. Abarca mayorías en la población citadina: artesanos, pequeños comerciantes, pequeños industriales, profesionales, burócratas, estudiantes, etc. Y grandes sectores en el campo: pequeños agricultores, comuneros, etc. Hacia el aprovechamiento de su fuerza deci-

siva en el desarrollo político nacional, inciden las miradas de los políticos de la reacción y de los líderes de la revolución. El "velasquismo" que fué una demostración frustrada del fascismo criollo, reclutó sus federaciones y compactaciones de "camisas sucias" de entre el artesanado, los pequeños comerciantes y pequeños agricultores. El socialismo recluta sus prosélitos de la burocracia, del profesionalismo, del estudiantado, de los pequeños propietarios, del artesanado y del obrerismo. La concentración capitalista que comienza a operarse en la República, gracias al concurso del capital extranjero, reduce a grandes sectores de la burguesía y aristocracia a los rangos pequeño-burgueses, creando una atmósfera, un clima anti-capitalista y antimperialista. La pequeña burguesía en general sufre la opresión de la coalición feudal-burguesa y por consiguiente algunos de sus sectores son abiertamente revolucionarios.

Estas circunstancias vienen a justificar la tesis política del socialismo que trata de aprovechar el revolucionarismo democrático de la pequeña-burguesía, dando así un paso firme y oportuno hacia la revolución socialista. A la amorfa categoría feudal-burgués-imperialista debemos oponer el bloque revolucionario pequeño burgués-proletario-campesino, frente en el que los intereses de las tres clases oprimidas deben estar en un plano de igualdad. Estas relaciones relativas e intermedias, coinciden dialécticamente con la realidad ecuatoriana, que incluye además el problema de la colonización de extensas regiones selváticas. la interurrencia del problema de colonización es sumamente provechosa a las tareas revolucionarias. El Ecuador es un país despoblado que cuenta con invalorables recursos naturales, con un sesenta por ciento de su territorio en estado selvático. Las aspiraciones revolucionarias del campesinado, del proletariado y de la pequeña burguesía se armonizan en un país que tiene que probarse, que crear su industria y cimentar su nacionalidad.



La realización de la revolución socialista en el Ecuador choca con un obstáculo más trascendental acaso que el que entraña el problema de vencer la resistencia de las clases adueñadas del poder: la desorientación revolucionaria. Existe un ambiente de inquietud revolucionaria, una creciente corriente de opinión que justifica cada día, con mayores razones, la liquidación del régimen capitalista. Mas las diversas tendencias revolucionarias, consecuencia de la falta de comprensión de las normas y problemas que impone la realidad, han producido un período superficial y charlatanesco, de poses imitativas, de faenas exóticas de consigna, que en definitiva arrojan este saldo trágico: la cabriola revolucionaria.

Los partidos comunista y socialista que debieran actuar en el Ecuador íntimamente unidos por sus finalidades, se apartan y se combaten. Estos partidos carecen por otra parte de una estructura que los capacite para adornar con mayor facilidad y éxito los distintos aspectos de la lucha política revolucionaria. Mientras el comunismo —como advierte G. Humberto Mata— provoca levantamientos indígenas, como los de Pull y Galte, y luego abandona a la masa campesina a su propia suerte, a la masacre consiguiente, sólo con el objeto de mantener latente el agrarismo anti-feudal el socialismo mantiene la modalidad burguesa de partido electoral, colaboracionista y gubernamental. Como consecuencia los efectivos revolucionarios pierden todo espíritu de lucha, toda convicción doctrinaria, todo fanatismo, toda heroicidad, terminando en el mejor de los casos en lacayos del régimen que en principio han combatido.

Un partido formalmente revolucionario es urgente en el Ecuador. El socialista, para llenar este imperativo, necesita purificarse, deshacerse de la mayoría oportunista que hoy detenta su directiva; llevar a la masa con verdadero espíritu de sacrificio para infundirle la conciencia de su misión; despreciar el cuartelazo como un medio de ascensión al poder,

y propender a la rebelión popular.

Tengo para mí que es preferible y de mayor oportunidad histórica el aprovechar el estado de promiscuidad de la evolución capitalista de los países coloniales y semi-coloniales, para dar comienzo a la revolución socialista, a esperar, de acuerdo con los postulados ortodoxos del marxismo, que el capitalismo en su etapa de plenitud nos dé por sí mismo los términos de su negación absoluta. Aceptemos en su contradicciones la relatividad de su negación y comencemos parcialmente, por el camino de *la revolución permanente*, la realización de la revolución socialista. Pues en caso de esperar la plenitud burguesa, la revolución socialista tendría que enfrentarse a una resistencia perfectamente organizada, fuerte, dueña de los instrumentos de cultura, que agotará sus recursos políticos y sus medidas de represión: para domesticar y desviar la revolución —fascismo, reformismo— o para ahogarla en sangre.

Frente al presente, mi carácter de marxista y en cuanto siento la necesidad del triunfo de mi credo, en cuanto su sentido profundo de justicia se ha arraigado en mi vida, me hace propugnar una conciliación de las fuerzas revolucionarias del Ecuador, como medio de encontrar el camino más corto a su victoria definitiva, ante una realidad agraria y feudal. Frente al porvenir está presente la consigna de Marx al proletariado mundial. Pues su grito de guerra debe ser: LA REVOLUCION PERMANENTE.

(Revista BLOQUE Num. 3.- Loja, noviembre de 1935)

Promediando la década de los años treinta, la revista lojana BLOQUE fue escenario de un debate sobre algunos aspectos trascendentales para la izquierda ecuatoriana del momento; los protagonistas: Joaquín Gallegos Lara y Jorge Hugo Rengel.

La publicación del artículo "La nueva Ecuatorianidad" —donde Rengel describía los elementos que, a su modo de ver, resumían un nuevo 'concepto' de la nacionalidad ecuatoriana— abrió la polémica quizás sin proponérselo. La respuesta no se hizo esperar: desde su definida posición de militante comunista, Gallegos Lara responde en una carta abierta ("El Partido Comunista y los intelectuales"), al reto que, él creía, se había lanzado al Partido Comunista del Ecuador. Rengel extremó posiciones: En una larga contraréplica, expresó las tesis políticas de un sector del socialismo, aclarando —eso sí— que no hablaba a nombre de la dirección del Partido del que para ese entonces era disidente. No hubo —o por lo menos no conocemos— respuesta de Gallegos. La polémica quedó ahí sin haberse cerrado hasta hoy.

A casi cincuenta años las líneas centrales del debate continúan abiertas para la izquierda: aspectos tales como la caracterización de la sociedad ecuatoriana, el carácter de nuestra revolución, el papel de los intelectuales, la posibilidad de formular una concepción de base popular que sustente la nacionalidad ecuatoriana y la cultura nacional son, entre otros, los problemas no resueltos hasta hoy en el curso de nuestra historia.

Leer a cincuenta años este debate exige un ejercicio de crítica histórica. Exige recrear algunos de los condicionan-

tes políticos y sociales que constituyeron el ambiente de la polémica; exige replantear problemas con la honestidad de lectores a quienes se ha concedido la "gracia" de conocerlo que ya pasó; también permite pensar los juegos de la historia que no sucedieron y las posibilidades que siguen abiertas a la práctica política y cultural de nuestros días. Es posible aún discutir ciertas tesis clásicas, como es posible cometer clásicos errores: si la historia, en cincuenta años, no ha dejado de ser una maestra cruel, la lección de los años treinta aún puede cobrar un sentido colectivo y, lo que es más, aún espera una respuesta. Los fantasmas que persiguieron a Gallagos y a Rengel, hoy todavía no han sido exorcisados. ¿Somos una nación?, ¿Una cultura por quién y para quién?, ¿Cuál es la especificidad de América Latina en la crisis de occidente?, ¿cómo constituir un partido capaz de resumir la conciencia histórica de nuestras viejas y nuevas luchas?.

Preguntas cruciales de entonces y de ahora; respuestas que no son sólo teóricas sino que tienen que ver con la práctica política de todos estos años. Es posible que la revisión histórica del problema pueda arrojar alguna luz sobre el estado actual de los debates.

1... EN UN PAIS "SEMIFEUDAL Y SEMICOLONIAL"

“¿Hasta qué punto puede asimilarse la situación de las repúblicas latinoamericanas a la de los países semicoloniales?” La pregunta de Mariátegui ilumina un problema medular cuyas implicaciones traerían serias consecuencias para el movimiento marxista latinoamericano en el curso de algunas décadas.

Este problema es el de la caracterización que correspondía a los países latinoamericanos y las diferencias que les eran imputables con respecto a los países coloniales africanos y asiáticos.

Es verdad que las discusiones marxistas de los años treinta incorporan esta temática, pero también es cierto que ella aparece oscurecida por la aceptación del *statuts* semicolonial para los países latinoamericanos en el seno de la teoría oficial. Es decididor el hecho de que recién en 1928 la Internacional Comunista aborda los problemas específicos de esta región, aún cuando lo hace todavía en el marco de la discusión sobre los problemas coloniales.

Los debates del VI Congreso, a pesar de que la delegación latinoamericana insistía en la necesidad de establecer una distinción entre los países semicoloniales y aquellos que, a falta de un término más adecuado, podían ser caracterizados como “dependientes”, llevaron a la conclusión de que las repúblicas latinoamericanas debían mantenerse dentro del grupo de países coloniales, aún cuando se aceptara para ellas, y sólo formalmente, la categoría de países dependientes. Las líneas políticas dictadas por el VI Congreso eran, en todo caso, comunes para unas y otras. Fue precisamente Ricardo Paredes, delegado del Partido Socialista Ecuatoriano al Congreso de la Internacional Comunista quien, a nombre de la representación latinoamericana señaló la necesidad de pensar la especificidad de la situación de estos países, especialmente en lo que se refiere a la Argentina, Brasil, etc.

Por algunos años ésta fue la tónica general del debate: el razonamiento abstracto y hasta cierto punto doctrinario que no establecía distinciones entre situaciones políticas y sociales diferentes, porque partía de un análisis exclusivamente económico.

“La condición económica de estas repúblicas, es sin duda, semicolonial, y a medida que crezca su capitalismo y, en consecuencia, la penetración imperialista, tiene que acen-

tuarse este carácter de su economía" (*).

Pero el problema no se resuelve en la constatación de una condición económica; apartándose de interpretaciones puramente mecanicistas, Mariátegui logró vislumbrar el lugar específico que corresponde a las repúblicas latinoamericanas en la dominación imperialista. El aporte de Mariátegui en lo que se refiere a la caracterización específica de los países latinoamericanos en relación a la situación de las colonias y semicolonias africanas y asiáticas, consistió en ubicar correctamente el problema en una dimensión política; su análisis le lleva a desestimar el nacionalismo burgués como posibilidad revolucionaria para nuestros países.

En primer lugar, porque la coincidencia de intereses económicos entre el imperialismo y las burguesías criollas subordina a esta última, de tal manera que la dependencia se vuelve condición necesaria para su existencia como tales. De ahí que las clases dominantes locales se sientan lo bastante dueñas del poder político como para no preocuparse seriamente de la soberanía nacional.

Y en segundo término, las aristocracias y las burguesías latinoamericanas no se sienten solidarias con el pueblo por lazos de una historia ni de una cultura comunes. Por ello, el factor nacionalista no es —ni puede ser— decisivo como elemento de enfrentamiento entre las burguesías nacionales y el imperialismo.

Las tesis de Mariátegui constituyeron, por algunos años, una línea hasta cierto punto marginal en la teoría marxista de la época. Sin embargo, la preocupación de los delegados latinoamericanos al VI Congreso de la Internacional Comu-

(*) J. C. Mariátegui: "Punto de vista antimperialista" en *Ideología y Política*, Empresa Editora Amauta, Perú, 1980, p. 87.

nista demuestra —a pesar de su imprecisión— la necesidad que entonces ya se manifestaba, de establecer distinciones entre condiciones de dependencia y situaciones coloniales puesto que las consecuencias políticas serían fundamentales para la definición del carácter de la revolución en América Latina. No obstante, la discusión sería retomada sólo treinta años después.

Si Ricardo Paredes, por su propuesta de 1928, puede de alguna manera ser considerado uno de los precursores de la teoría de la dependencia, la izquierda ecuatoriana por muchos años se mantuvo fiel a la caracterización de América Latina, y consecuentemente del Ecuador, que se había elevado a categoría de doctrina por la Internacional Comunista. "América hispana ha sido y es, para Jorge Hugo Rengel, una inmensa colonia y si se quiere decirlo peyorativamente, una mera *expresión geográfica*". No obstante que en su respuesta a la carta de Gallegos, al criticar a la Internacional por su procedimiento de razonar abstracto y apriori, rescata uno de los elementos básicos de la dialéctica marxista cual es la exigencia de estudiar condiciones específicas —encontrar en cada sociedad histórica su diferencia esencial—, Rengel no puede abandonar la forma de razonamiento por él criticada y, pocas líneas después, pretendiendo superar el "marxismo ortodoxo... un romanticismo revolucionario de contornos infantiles", dice que el análisis cuidadoso de la realidad específica de los países latinoamericanos, ¡lleva a igual conclusión a la que había llegado la Internacional!; son "países semi-coloniales, o coloniales, muchos de los cuales aún no han reaccionado de su colapso histórico". Para colmo, en el intento de justificar esta conclusión, que en nada difiere de la sostenida por aquellos con quienes pretendidamente polemiza, cita a Mariátegui quien sí había profundizado en las diferencias entre condiciones coloniales o semi-coloniales y las dependientes de nuestros países.

Aporías de un pensamiento juvenil que —como lo diría veinte años después el propio Rengel—, “falta en aquel entonces de la cultura necesaria y de la experiencia que me han traído los años”, se deslizaba desde tesis realmente sugerentes y creativas a flagrantes negaciones de las mismas. Otra “candorosa” contradicción: Fascinado, en su artículo inicial, por los efectos de la industrialización en América Latina y por el proceso de modernización capitalista que se hacían presentes en el Ecuador, concretamente en Guayaquil, desde fines del siglo XIX, ve en estos fenómenos económicos el despertar antimperialista de América hispana y del país. Posteriormente, en su segundo artículo, sostendrá una tesis que se convertiría en uno de los tópicos centrales de la teoría de la dependencia de los años sesenta en adelante: en nuestros países no es dable esperar un desarrollo capitalista autónomo, puesto que un mayor crecimiento capitalista traería correlativamente una mayor penetración imperialista: “...de manera general el avance imperialista es ventajoso a la burguesía y aristocracia de esos países que finalmente terminan por convertirse en sirvientes de sus intereses”.

Muchos años después, pretendiendo rectificar ciertos supuestos equívocos en que había incurrido Lenin, Theotonio Dos Santos, escribiría en 1969, : “... este capital (el imperialista) se invertía en la modernización de la vieja estructura colonial exportadora y, por tanto, se aliaba a los factores que mantenían el atraso de esos países. Es decir, no se trataba de una inversión capitalista en general, sino de la inversión imperialista en un país dependiente. Este capital venía a reforzar los intereses de la oligarquía comercial exportadora, a pesar de que abría realmente una nueva etapa de la dependencia en dichos países” (*).

(*) La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina, en LA DEPENDENCIA POLITICO-ECONOMICA DE AMERICA LATINA, Siglo XXI Editores S.A., México 1970, p. 176.

Si nos atenemos al problema de la caracterización de la sociedad ecuatoriana, no encontramos diferencias sustanciales entre las tesis de Gallegos y las de Rengel. En la breve carta-artículo, objeto de nuestro comentario, para Gallegos no quedan dudas de ninguna clase: El Ecuador es un país semifeudal y semicolonial. Añadiríase, para efectos de concreción, “de técnica atrasadísima, de riqueza social ínfima y saqueado por el capital extranjero”. Y para ser más concretos aún, de una burguesía “bestial y bestializada” y un proletariado que es una minoría entre los trabajadores del país.

Más amplio y explícito es el panorama de la sociedad ecuatoriana que nos presenta Rengel:

- El feudalismo asiste a la primera etapa de su desaparición, pero sin que exista una burguesía nacional de tipo industrial que asuma un papel revolucionario.
- En el campo superviven las relaciones de servidumbre, entre ellas el concertaje, junto al enfrentamiento entre formas comunitarias indígenas y el latifundio; todo ello, unido a la preponderancia de la producción artesanal en las ciudades, definiría la preeminencia feudal en las relaciones de producción.
- El país ensaya los inicios de un desarrollo industrial localizado en contadas ciudades de situación geográfica ventajosa.
- La clase obrera aún en formación, se desarrolla en sus primeras generaciones.
- El fracaso de la revolución liberal de 1895 que no pudo liquidar el feudalismo, y la característica incapacidad de la penetración del capital imperialista en los países semicoloniales para crear condiciones apropiadas a la revolución demo-liberal, han mantenido fundamentalmente el panorama nacional de una sociedad colonial con todas sus taras.

2.- "UNA REVOLUCION POPULAR DIRIGIDA... ¿POR QUIEN?".

Aprismo o comunismo: dos opciones que se discutían en América Latina, desde finales de la década de los veinte, como líneas políticas de dirección de las masas para la transformación de nuestras sociedades; o lo que es lo mismo: reformismo nacionalista o etapas preparatorias para la transición a la dictadura del proletariado. Y entre esta alternativa trataban de abrirse paso una serie de propuestas revolucionarias que conformaban el espectro un tanto indefinido, del socialismo latinoamericano oscilando entre propuestas socialdemócratas y la línea rotskista de la revolución permanente.

En la opción comunista se situaba el Partido Socialista Peruano fundado por José Carlos Mariátegui en octubre de 1928, afiliado a la III Internacional, aun cuando no se ceñía estrictamente a la línea oficial. En el otro extremo, Víctor Raúl Haya de la Torre—fundador del APRA— considera al imperialismo como la última etapa del capitalismo europeo, y como la primera del capitalismo en Indoamérica. En su concepción denominada "espacio-tiempo histórico"—que mezcla, entre otros elementos, la teoría de la relatividad de Einstein con el revisionismo socialdemócrata europeo y el nacionalismo reaccionario hispanoamericano—, Haya de la Torre sostenía que en América Latina el modo de producción dominante es el feudal, con la particularidad de estar enlazado al imperialismo de tal manera que la economía y la sociedad conforman un carácter *dual*: el nacional retrasado y el imperialista desarrollado. En estas condiciones era absurdo proponer la revolución socialista y, por tanto, el objetivo de la revolución latinoamericana no podía ser otro que el de impulsar un *desarrollo capitalista nacional autónomo*, si bien había que contar con el "impulso constructivo" que trae la penetración imperialista. Haya reclamó, pues, un

compromiso limitado y reglamentado con el imperialismo a través de un Estado nacional fuerte rechazando, a su vez, la revolución socialista que la veía como una amenaza a escala mundial.

En el programa del VI Congreso de la Internacional se definió la línea revolucionaria para los países coloniales, semicoloniales y dependientes como la de la revolución *agraria-antimperialista y por etapas*: "en estos países adquiere una importancia central la lucha contra el feudalismo y las formas precapitalistas de explotación", lo que significa "el desarrollo consecuente de la revolución agraria y, por otro lado, la lucha contra el imperialismo y por la independencia nacional. La transición a la dictadura del proletariado será posible sólo a través de una serie de etapas preparatorias". *

Mariátegui cuestionó la lucha antimperialista como un programa, como un movimiento que se basta a sí mismo y que conduce al socialismo, puesto que no puede movilizar, en América Latina, a la burguesía y pequeña burguesía junto a las masas obreras y campesinas porque no anula el antagonismo entre las clases. En consecuencia, se pronunció por el carácter socialista de la revolución latinoamericana.

Estas son en forma sucinta las líneas generales que sirven de marco referencial a la polémica motivo de este artículo.

Como militante del Partido Comunista del Ecuador y en la línea de la Internacional, Gallegos defiende la consigna de la revolución agraria-antimperialista como primera etapa de la revolución proletaria desechando el carácter socialista in-

(*) "Programa de la Internacional Comunista", en IV CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA primera parte, Ed. Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1977.

mediato de la misma. La distinta concepción estratégica acerca del carácter de la revolución ecuatoriana, que por muchos años introdujo una seria discrepancia en la historia política del país entre los partidos Comunista y Socialista, está presente aquí, de cuerpo entero, en la polémica entre Rengel y Gallegos. Pero requiere realizar algunas precisiones respecto a ciertas características que reviste esta confrontación.

Obsérvese en el texto de Gallegos la insistencia de los comunistas ecuatorianos en resaltar la tesis que la *dirección* de la revolución agraria anti-imperialista corresponde al proletariado del país y aún más, que el tipo de Estado que se conformará en esta revolución será un Gobierno popular, entendiéndose éste como un gobierno obrero-campesino. Es decir, no se asigna papel alguno a la burguesía ni en la lucha revolucionaria ni en el Estado que surge de ella; Gallegos, aún cuando no rechaza de plano una alianza con la pequeña burguesía prácticamente desestima el papel que ésta puede jugar en el proceso revolucionario en el Ecuador. Caracterizan a la tesis comunista un menosprecio de la alianza con la pequeña burguesía, para resaltar el papel hegemónico del proletariado en la revolución, en alianza con los campesinos, en oposición a la táctica *socialista* que propugnaba una revolución popular *dirigida* por la pequeña burguesía. Volveremos sobre este tema que separó a comunistas y socialistas por muchos años en la discusión sobre la táctica revolucionaria en el Ecuador, anotando de paso que el VII Congreso de la Internacional Comunista, a la época de la polémica, no se había reunido aún, por lo tanto no se había reestimado el papel de la burguesía nacional en el proceso de revolución en los países caracterizados formalmente como dependientes, ni tampoco se había revisado, en el ámbito mundial, las relaciones con los países capitalistas no facistas. Cualquier interpretación que quiera atribuir a los partidos comunistas latinoamericanos una revalorización del papel de la burgue-

sía en la revolución democrático burguesa, en la primera mitad de los años treinta es, por lo menos, errada.

Rengel, vocero de un sector socialista en pugna con lo que él califica como "dirección oportunista" de su Partido, trata de demostrar la imposibilidad de la dirección política del partido comunista en el proceso de la revolución ecuatoriana, a través de una larga discusión sobre el papel de la III Internacional y de la inadecuación de la organización comunista a la realidad ecuatoriana de la época.

Coincidiendo en un principio, con Gallegos y con el Partido Comunista del Ecuador, en la tesis de que todo programa revolucionario que pretenda implantar el socialismo en el país debe realizar la revolución democrático-burguesa no cumplida por la revolución liberal, parece terminar por definirse por el carácter socialista inmediato de la revolución ecuatoriana. La adopción de la tesis trotskista de la *revolución permanente* por un sector del Partido Socialista del Ecuador desde estos primeros años de separación entre tendencias socialista y comunista será también uno de los temas que han marcado la historia de las diferencias políticas en la izquierda ecuatoriana hasta nuestros días. Empero, ¿hasta qué punto es teóricamente coherente Rengel en su planteamiento del carácter socialista de la revolución ecuatoriana?:

Las frecuentes citas de Luis Alberto Sánchez que Rengel trae a colación para respaldar sus argumentos, parece que deben ser considerados seriamente para ubicar los antecedentes ideológicos de este teórico del socialismo ecuatoriano. No debe pasar tampoco desapercibida la advertencia de Gallegos:

Seamos claros aquí para no caer en los conocidos errores, interesados o nó, de apristas y socialistas...

una alianza como la que los apristas ensayan, llamada de "trabajadores manuales e intelectuales", y en la que son desvirtuados los propósitos mismos de la revolución, en medio de un nebuloso reformismo de clase media..." no es una alianza revolucionaria.

Para impulsar el desarrollo capitalista nacional autónomo —objetivo perseguido por el aprismo—, Haya de la Torre, partía de la siguiente caracterización de las fuerzas sociales latinoamericanas: la burguesía nacional es débil y se encuentra doblemente dominada; en lo interno por los latifundistas que controlan el poder del Estado y, desde el exterior, por el imperialismo; la clase obrera es una minoría, no se encuentra organizada y carece de conciencia de clase; la mayoría de la población, el "vasto e ignaro campesinado" se encuentra en una "estado primitivo", en consecuencia la única clase en posibilidad de dirigir el proceso histórico es la clase media, formada por pequeños industriales, pequeños comerciantes, empleados, intelectuales, etc.

Rengel, al caracterizar a las clases sociales del Ecuador, apunta la debilidad de la burguesía industrial para liquidar el feudalismo y su impotencia, evidenciada en la revolución liberal, para limitar la propiedad de la tierra y parcelar los grandes latifundios, cuando conservó la estructura colonial de carácter feudal. Y en relación al proletariado y campesinado, como posibles clases revolucionarias en el país, su conclusión es definitivamente negativa:

La clase obrera, propiamente aún en formación, aumenta sus efectivos en parte del artesanado, que conserva la mentalidad individualista y megalómana de su origen, en parte del campesinado que aporta el espíritu cohibido de su ancestro servil. El pequeño proletariado ecuatoriano carece en conse-

cuencia de una tradición clasista... De ahí que las masas trabajadoras...vivan en la penumbra colonial, entre la asociación mutualista y gremial y la influencia clerical que le insuflan un espíritu anti-revolucionario de tipo fascista... El campesinado es la clase más oprimida y numerosa; empero la menos apta para dirigir la revolución socialista... En las actuales circunstancias del Ecuador, dada su realidad, la pequeña burguesía juega un rol importantísimo en su vida política y económica... La pequeña burguesía en general sufre la opresión de la coalición feudal-burguesa...

La conclusión a que llega Rengel —y que la expresa como tesis del Partido Socialista del Ecuador— sobre el carácter socialista de la revolución popular, exige un esfuerzo para cerrar los ojos y afirmar que está realizada en base del análisis de una marxismo creativo, incrustado en el análisis específico de la realidad latinoamericana al estilo Mariátegui, antes que en una determinante influencia del aprismo. Es cierto que la izquierda latinoamericana de la época difícilmente puede afirmarse incontaminada del aprismo.

"En las circunstancias del Ecuador" de la época, es evidente que comunistas y socialistas incurrieron en extremos al juzgar las fuerzas políticas y las posibilidades revolucionarias tanto del proletariado como de la clase media. La tesis de la formación de un bloque obrero-campesino con hegemonía proletaria y casi con exclusión de la clase media, supone ignorar gran parte de las modificaciones que se habían dado en la estructura social del Ecuador desde la revolución liberal y el impulso de una democratización cultural que posibilitó la conformación de una clase media como sector social independiente; y, lo que es más grave aún, significa menospreciar una tradición de lucha de esta clase media en ascenso que en alianza con el proletariado había desarrollado jorna-

das de lucha popular como las de 1922 y había sido protagonista principal del proceso reformista conocido como el de "la revolución juliana".

En el otro extremo, hacer descansar el peso de la dirección del movimiento revolucionario en la clase media es incurrir en un reformismo pequeño-burgués similar al proyecto político aprista —como acertadamente lo anota Gallegos: el reformismo de la clase media había demostrado ya todas sus limitaciones en el desarrollo de la revolución juliana. Y es también dar las espaldas al proceso político social que había vivido el Ecuador desde inicios del siglo XX: Alfaro propició la formación de organizaciones de trabajadores en la Costa como una de las bases populares de apoyo al gobierno liberal, que luego rebasaron este tipo de organización orientándose por tendencias anarquistas y posteriormente socialistas; ya desde los inicios de los años veinte el proletariado, costeño en especial, alcanzó un grado relativamente elevado de organización. Cuando Rengel habla de las tendencias 'fascistas' que cree encontrar en las masas trabajadoras ecuatorianas seguramente lo hace influenciado negativamente por la visión de aquella singular situación histórica que se presentó en Quito hacia 1931 y 1932 cuando se organizó la Compactación Obrera Nacional —conocida con el mote de las "camisas sucias" por las tácticas y procedimientos fascistas que adoptaron— y que estaba integrada, en sus bases, por artesanos y campesinos serranos. Pero esta circunstancia no podía hacer olvidar treinta años de lucha por la organización y reivindicación del movimiento obrero.

El debate en torno a la doble alternativa entre hegemonía proletaria o hegemonía de la clase media en la revolución ecuatoriana sirve de trasfondo a Rengel y Gallegos para discutir el papel revolucionario de los intelectuales en América Latina. Una cierta subvaloración del trabajo intelectual imputable a Gallegos Lara y una evidente hiperbolización

del rol de los intelectuales en el caso de Jorge Hugo Rengel son paralelas a ese ya anotado extremar posiciones en torno al problema de las clases en la revolución.

Que el dominio económico y social de la burguesía puede ser roto solamente por el proletariado es una tesis indiscutible en la concepción marxista. De clase subordinada, de objeto de explotación, el proletariado se convertirá en sujeto de creación de la historia futura. Convertir al proletariado en sujeto de la historia, empero, exige un proceso de educación y de organización de las masas: una práctica política, la formación del partido de la clase proletaria. El partido surge así como un proceso consciente y racional que exige la acción de una voluntad social colectiva, una conciencia organizada que actúa sobre leyes sociales objetivas y dirige las acciones de fuerzas sociales concretas. De este proceso surge una teorización sobre la "conciencia del proletariado".

En la concepción leninista no puede hablarse de una conciencia socialista elaborada por las mismas masas en su lucha económica, la conciencia política de clase no llega al proletariado más que "desde fuera". El socialismo surge de un proceso de teorización elaborado por intelectuales (burgueses, pequeño-burgueses o proletarios) ligados orgánicamente al movimiento político de los obreros. Gramsci concretó aún más el problema: la teoría política revolucionaria es necesariamente suscitada por una minoría de intelectuales que, salidos o no del proletariado, críticamente elaboran la concepción del mundo construida en la práctica de esta clase. La formación de los intelectuales orgánicos al proletariado tampoco surge espontáneamente de las masas, sino que está en manos de la fuerza política organizada de la clase: el partido. El partido es así el intelectual orgánico del proletariado.

Parecería que una deficiente comprensión de la relación intelectuales-partido lleva —en la polémica— a un falso planteamiento del problema: En los términos en que se debate la cuestión se da una disyuntiva excluyente entre la práctica política y la actividad teórica.

Justamente, como lo afirma Gallegos, los intelectuales no son una clase, los hay de todas las clases, y no hay que engañarse viendo una identidad fundamental en el hecho de que tengan tareas parecidas. Pero tampoco se puede reducir el trabajo intelectual a las tareas tradicionales de los intelectuales burgueses como parece desprenderse en buena parte de la carta de Gallegos. Podría pensarse que Gallegos exagera su posición por exigencias de la polémica con Rengel, pero si se repara en la actitud defensiva que asume respecto del antintelectualismo que se atribuye al Partido Comunista Ecuatoriano, observaremos que sale a la luz un problema que, desde sus orígenes y hasta hoy, ha constituido un crítico denominador común de los partidos comunistas latinoamericanos. Volveremos sobre este punto.

“La masa y sus directores” es un problema sustantivo para Rengel. Dentro de una concepción ceñida estrictamente a Lenin, encuentra que el marxismo tiene un origen netamente intelectual y afirma (¿qué necesario es recordarlo aún en nuestros días!) que la revolución socialista no va a surgir espontáneamente como una consecuencia automática de la “evidente bancarrota capitalista”. Y si bien es cierto que Rengel sitúa la urgencia de formar en el Ecuador un partido revolucionario que oriente la lucha popular, su planteamiento de la formación de un bloque pequeño burgués-proletario-campesino, con hegemonía de la clase media, lleva como consecuencia inevitable, en la elaboración de todo su argumento, a la conclusión de que son sólo los intelectuales los que toman conciencia de la explotación feudal-burguesa-imperialista. Una toma de conciencia —nos cuesta interpretar

de otra manera la lectura de Rengel— como un problema meramente intelectual, individual. No una toma de conciencia colectiva, no de una clase de acuerdo a la posición que ésta ocupa en las relaciones de producción. La hiperbolización de Rengel aparece, para nosotros y para Gallegos, cuando se llega a asimilar el problema político de la revolución a la exclusiva conciencia de los intelectuales. Y ahí reside el error fundamental: el intelectual puede organizar la conciencia del proletariado en la teoría, pero esta conciencia se transforma realmente en vanguardia, cuando deviene en colectiva y no solo se piensa *por* y *para* el proletariado (¿como pensador individual, aislado), sino *con* el proletariado y las masas trabajadoras, en otros términos, cuando se transforma en *conciencia organizada*. El problema central de la política de nuestra época, no es, entonces, el problema de la conciencia de los intelectuales, sino el problema de la organización de la conciencia colectiva: el problema del Partido.

3.- “LA NUEVA ECUATORIANIDAD”

El Ecuador de los años treinta asiste a un cambio de signo en el concepto de nación. El nacionalismo oligárquico arrogante y racista, conservador y señorial había excluido sistemáticamente de su concepto de nación a todos los sectores sociales que se encontraban debajo de las oligarquías criollas, echando mano inclusive de los más socorridos tópicos racistas. Idealizados o denigrados, los indios podían ser una expresión exótica de la geografía. Nunca de la historia. Estaban en el paisaje, no en la nación. Y, para no entrar en precisiones podría decirse lo mismo de los mestizos y las masas trabajadoras, sus más cercanos semejantes.

Las particularidades del desarrollo capitalista en América Latina y sus consecuentes crisis, la complejidad de los procesos sociales de los que no estaban ausentes los grandes le-

vantamientos indígenas y obreros, ni por supuesto la intervención oportuna y eficaz de los Estados Unidos de Norteamérica, conmocionaron el bagaje ideológico de las oligarquías cuestionando seriamente su capacidad y —lo que es más— su derecho a la dirección de la sociedad.

El temor a los Estados Unidos, que se alzaba tenebroso y amenazador en el horizonte latinoamericano, fue factor decisivo para un rápido distanciamiento de ellos. Entonces la conciencia de la existencia de dos Américas adquirió carta de ciudadanía, junto a una “crisis de identidad” que obligaba a preguntarse una y otra vez sobre las particularidades de esta otra América. Había que explicar las causas del atraso, pero también había que encontrar los argumentos para salir de él.

Por ello, junto a los debates sobre la caracterización económica y política de América Latina, se buscaba el sustento último de su particular modo de estar en el mundo. Las diferencias de concepción expresadas en los juicios sobre la historia, el pasado colonial, las relaciones con Europa y los Estados Unidos, no pudieron despojarse, por algunas décadas, de un revestimiento racista.

A la nación aristocrática, oligárquica y blanca, se oponía la república india. Así lo testimonian por ejemplo Arguedas, González Prada, Valcárcel, en tesis cuyo contenido seguía reforzándose por algunos años en el movimiento político y cultural de América Latina. Bástenos recordar el enorme caudal en producción y difusión de la literatura indigenista de la época, o las consignas relativas a una dictadura del “proletariado indio” que surgían en las formulaciones políticas del momento.

El proceso económico y social de formación de las naciones latinoamericanas, produjo también un concepto inter-

medio de nación: las capas urbanas de la pequeño-burguesía, de los artesanos, de los pequeños propietarios, constituyeron la base social que sustentaba el concepto mestizo de la nación.

Si las limitaciones de la formulación de lo nacional basado en una sola etnia resultaban estrechas para estos países, las repercusiones del mestizaje como fundamento de la nación resultaron ser bastante más amplias. Su generalizada aceptación no puede, sin embargo, anular las diversas posiciones desde las que se sostenían tales tesis: desde las tendencias reaccionarias que en los años treinta adhirieron al fascismo (como Riva Agüero en el Perú) y que preconizaban la aniquilación de las “razas inferiores”, hasta la versión democrática que entendía el mestizaje como una síntesis de los valores de todas las etnias.

No hay que olvidar tampoco que el APRA encontraría en esta conciencia mestiza el espacio ideológico ideal para su proyecto de un capitalismo autónomo basado en la supuesta capacidad revolucionaria de las clases medias.

Es desde esta especial perspectiva continental que J.H. Rengel examina el proceso literario cultural ecuatoriano ligándolo —eso sí— al proceso político y social del país, y descubre ese ‘cambio de signo’ en la constitución de la nacionalidad ecuatoriana.

Un pasado de vacilación histórica en agonía, un despertar del Ecuador que se reconstruye de sus cenizas por la industrialización, “unas masas sin pan y una juventud estudiosa” que enjuicia ese pasado en busca de un argumento definitivo en su contra, son, para Rengel, los rasgos definitorios que marcan la crisis y la reconstrucción del nuevo Ecuador.

Rengel examina la producción literaria del momento, fundamentalmente "LOS QUE SE VAN" y encuentra en ella estos signos. Junto al ataque frontal al romanticismo y al marianismo literarios, formas del colonialismo cultural y del conservatismo ideológico, "Los que se van" resume, para Rengel, el momento *nacional* de nuestra literatura; recoge un momento histórico, el de la gestación del Ecuador moderno debido a la asimilación del pensamiento y la técnica occidental; resume la constitución definitiva de la nacionalidad ecuatoriana: el mestizaje.

"El sedimento humano preponderante en el Ecuador es el mestizo", dice Rengel. "la revolución económica que está operando la industrialización contribuye a la disolución de las formas ancestrales de cultura" y añade: "frente a la cultura occidental que nos invade el mestizo, en su imposibilidad de presentarles una resistencia fundamental, la asimila, y al hacerlo la transforma adaptándola al medio. De esta síntesis surgirán los perfiles del nuevo Ecuador".

Resumiendo aquel proceso y mirando siempre el movimiento literario y cultura, Rengel encuentra que en la búsqueda del argumento definitivo en contra del pasado "artistas y literatos, en coro de rebelión... niegan a la feudalidad y a la burguesía su pretendido derecho a gobernar y a explotar".

Quizá es esta última afirmación la que resume el punto de partida de las divergencias entre Gallegos y Rengel.

¿Cómo buscar el índice de la nueva ecuatorianidad en el sólo fenómeno de la literatura?. ¿Cómo pretender que los intelectuales se conviertan en guías de los demás trabajadores dando ellos, por ende, y no las masas, el sentido fundamental del desenvolvimiento cultural? ¿Cómo los intelectuales, sin ser una clase, pueden asumir el papel histórico de

romper el dominio económico, político y social de una clase?. Las respuestas a estas interrogantes constituyen el núcleo de las formulaciones de Gallegos.

Definiendo los fundamentos de la cultura nacional ecuatoriana, Gallegos Lara analizó el problemático concepto de nacionalidad y su conclusión es terminante: la naciente ecuatorianidad sólo puede ser obrera y campesina. En esta respuesta existe una diferencia cualitativa frente a la dada por Rengel: para Gallegos el fundamento de la nacionalidad ya no se plantea en el peligroso terreno de las razas, sino en el más objetivo de las clases: son las clases trabajadoras el nuevo sustento de la nación.

Esta idea de nación sustentada en las clases trabajadoras no sería más que un débil eco en las polémicas de los años treinta en toda América Latina. Mariátegui, fue quizá uno de los casos de excepción: definió el problema racial desde un punto de vista de clase, desligándolo de todos sus entrapamientos ideológicos y sustentó en el pueblo trabajador un nuevo concepto del "Perú integrado".

La imprecisa idea de nación que formula Rengel, basada en el mestizaje explica también su imprecisión en términos políticos cuando, en busca de la clase que debe dirigir el proceso revolucionario en el Ecuador, la encuentra en un sector tan ambiguo como es la clase media.

Consecuente con la formulación del concepto de nación, Gallegos va a afirmar el carácter de clase de la cultura. No solamente porque critica la noción idealista de cultura como el soplo prometeico robado a los dioses por los intelectuales, y porque afirma la materialidad de la cultura en tanto aparatos e instituciones en poder de una clase, sino porque considera a la producción cultural misma como una actividad colectiva de ningún modo desligada del movimiento social.

Para Gallegos el proletariado es, frente a la cultura burguesa en plena decadencia, "la única clase que puede dar un nuevo contenido e imprimir un nuevo sello a la cultura".

A partir de una visión catastrófica del capitalismo, pensándolo en la etapa de su hundimiento final, Gallegos formula una identidad para ese momento histórico:

Cultura burguesa - fascismo - anticultura

Los excesos del fascismo en su período de auge dieron pie a interpretaciones parecidas en la generalidad del pensamiento marxista de la época. Valga como ejemplo las reflexiones de Brecht a partir de una identificación similar; dice Brecht:

Por lo que se refiere a la cultura, se trata de restos manchados que no se han vendido en las grandes liquidaciones que siguen a las bancarrotas... La cultura se encuentra en un estado horripilante y si quisiera pensarse que ha sido violentada, ella misma ha favorecido este acto vigorosamente.

Sabemos que la cultura burguesa se basa en la propiedad —que actualmente rige como propiedad de los medios de producción— que la actual crisis del capitalismo hace de la cultura un medio completamente ineficaz para defender la propiedad. Por esto no sólo que la cultura ha sido abandonada, sino que se la combate activamente.

Cuando la burguesía ya no es capaz de organizar la cultura, de modo análogo a como tampoco es capaz de organizar la producción; cuando los educadores son peones de mando de los sepultureros y la educación sólo deja atrás adiestrados o ejecutados; cuando la música acompaña al asesinato en masa, la novela lo ensalza y la filosofía lo fundamenta; cuando la cul-

tura, en pleno hundimiento está manchada por todas partes y no es ya casi más que un sistema de manchas, un vertedero de basura (...). Entonces el proletariado puede hacerse cargo de la cultura en el mismo estado que la producción: esto es, en ruinas" ()*

Es evidente la similitud en los planteamientos de Gallegos: "la desagregación y decadencia del pensamiento burgués es un hecho producto del final del sistema capitalista. Lo más alto del pensamiento burgués está pudriéndose. Empieza por hilar delgadísimo con las ideas, termina practicándose a bala contra los obreros y todo el pueblo. Las elucubraciones burguesas sobre los viejos tópicos de la cultura, por novedosos que parezcan tienen tal carácter regresivo que se vuelven un veneno contra ella".

Si la cultura, en tanto práctica de clase, vive su colapso final, se pregunta Gallegos ¿quién puede rescatarla del pantano en que la ha sumergido la descomposición de la clase que la hegemonizaba? ¿Los intelectuales?, ¿el proletariado?.

El principio de que "a una clase sólo puede oponérsele otra clase" necesita ser demostrado como válido también para el caso de la lucha cultural.

En un ataque frontal a la concepción idealista, Gallegos sostiene la materialidad de la cultura. Ella no es ya el puro juego intelectual librado solamente a las reglas de la racionalidad, ni siquiera solamente ideología producida por una clase pero a disposición de toda la sociedad. La cultura, en la concepción de Gallegos presupone la existencia de una infraestructura material, concreta; de una serie de instituciones y medios técnicos cuya propiedad monopoliza una clase: la clase que detenta el poder económico y, más que eso,

(*) Bertold Brecht: "El proletariado no ha nacido con chaqueta blanca" en Escritos Políticos y Sociales, Teoría y Praxis, Grijalbo, p. 111

el poder político. Y es esa clase, en la medida en que monopoliza los medios de producción y difusión de la cultura, la única que puede imprimir en ella su contenido. En otras palabras, es la correlación efectiva y objetiva de las fuerzas sociales la que marca el contenido de la cultura. La lucha ideológica por la cultura se vincula así a la lucha política por el poder del Estado.

Sin las imprentas, sin los laboratorios científicos, sin los libros, sin los pianos, sin las universidades, no existe la cultura. Y mientras la burguesía monopolice estos y otros medios que posee en exclusividad, ella será la dueña de la cultura. Y quien va a arrancárselos?

Aquí adquiere sentido la pregunta abierta más arriba: ¿los intelectuales o “una clase que ejerza un papel decisivo en la vida económica”: el proletariado?

Pero la concepción de cultura que desarrolla Gallegos va más allá de las instituciones que le sirven de fundamento y escapa también a la restringida significación tradicional de cultura:

“Es inadmisibles buscar el índice de la nueva ecuatorianidad en el sólo fenómeno de la literatura (...) Son múltiples y ampliamente variadas las formas científicas, políticas, artísticas, filosóficas en que se manifestará y empieza a manifestarse el movimiento cultural de masas” y la recomendación a Rengel: “Fíjese en él, Jorge Hugo, si quiere percibir la naciente ecuatorianidad”.

Y aquí otra formulación divergente de Rengel: la cultura es una producción colectiva que nace y vive en el movimiento real de las clases. No es, como en Rengel, obra de los intelectuales para ser “entregada” a las masas.

A pesar de que la propiedad de los “medios de producción cultural” posibilita a la burguesía imponer su cultura como la hegemónica, para Gallegos no hay “clases incultas”.

El movimiento popular en el desarrollo de su acción, no sólo artística sino política, está creando su propia cultura.

Hay en la tesis de Gallegos, la concepción de una cultura que se produce en el movimiento mismo de las clases y que existe disgregada en la sociedad bajo aquella multiplicidad de formas que él mismo señala. Pero hay también una cultura que puede convertirse en hegemónica cuando una clase —en el caso que analiza Gallegos, la clase que tiene la propiedad de los medios de producción— es capaz de asumir la dirección de la sociedad y de ejercerla a través del poder político desde el Estado. Es necesario recordar una vez más que la construcción de la hegemonía —y en este punto es fundamental el papel cohesionador que desarrolla la normatividad de la cultura— se realiza en la sociedad civil, aún antes de la toma del Estado, e inclusive como un requisito para el asalto al poder. Gallegos no espera que el proletariado acceda al poder del Estado mediante la revolución para que sólo entonces empiece a desarrollar su cultura. Sabe, eso sí, que sólo con la destrucción de la propiedad privada de los medios de producción y, por ende, de aquellos aparatos materiales que posibilitan la producción cultural y que constituyen lo que él llama “la materialidad de la cultura”, puede liquidarse también la dominación cultural (que es una de las formas de la dominación de clase).

Más cerca de Lenin que de Gramsci —a quien seguramente no conocía— los planteamientos de Gallegos sobre la existencia de dos culturas en cada cultura nacional, correspondientes a las condiciones objetivas de las clases, conducen a la necesidad de organizar y dar coherencia a aquella parte de la cultura nacional que existe como dominada. Y esta es una tarea política.

No es difícil desprender esta conclusión de los escritores de Gallegos, pero aún es más difícil comprobarla en su práctica política, a condición de no juzgarla a la luz de un criterio empobrecedor de lo que significa la práctica política. Su combate por un arte nuevo, sustentador de una nueva concepción de lo nacional, afianzado hondamente en los procesos de nuestra historia y que encontraría concreción en el gran movimiento cultural de los años treinta, no estuvo jamás desligado del trabajo organizativo de la clase y de un partido que la resumiera, ni fue jamás otra cosa que una tarea concientemente política.

Y en este punto se hace necesario abrir de nuevo un problema tratado más arriba: la función que cumplen los intelectuales, ya no en la dirección revolucionaria desde el partido, sino en la constitución de la cultura (después de haber aceptado su carácter de clase). En otros términos, la pregunta que debería quizá formularse se relaciona con el papel de los intelectuales en la sociedad civil. Para Rengel no quedan muchas dudas: desde una formulación "en abstracto" y hasta cierto punto doctrinaria, los intelectuales —los sectores verdaderamente cultos de la sociedad— son el cerebro pensante que tiene a su cargo la formulación de las concepciones, las tesis y las líneas de acción que deben ser puestas en práctica por las masas y llevadas por ellas a su concreción definitiva. Si esto es cierto para la práctica política aún lo es más para la cultura.

Para Gallegos el problema tiene una dimensión histórica, es decir concreta; aunque es cierto que ello no le impide caer en un cierto doctrinarismo de distinto signo: negándose a responder sobre el terreno de la abstracción teórica, prefiere partir de un análisis de la situación concreta que viven los intelectuales en "el régimen semifeudal y semicolonial del Ecuador" de su época. Analiza las condiciones materiales que supeditan el trabajo intelectual a los requerimientos de

las clases económicamente dominantes y su conclusión es terminante:

Como resultado de las condiciones económicas de su vida los intelectuales del Ecuador, salvo una minoría de honestos y pobres, tienen un temperamento de prostitutas.

Lo cual no es más que una verdad a medias. En todo caso, volvemos a encontrar aquel desprecio —o quizá sólo mal planteamiento del problema— del trabajo intelectual que, parece, fue una enfermedad endémica de los comunistas latinoamericanos de la época. Para muestra, basten estas expresiones del comunista mejicano José Revueltas:

Si tropezamos con un intelectual, nos encontraremos, salvo excepciones, con un ser complicado y astuto, torturado de la manera más increíble por el infierno de la vanidad, retorcido, envidioso y lleno de oscuras represiones.

APORTES PARA UNA HISTORIA SOCIAL
DE LA LITERATURA ECUATORIANA

* *

No parece necesario insistir sobre la importancia de reeditar esta polémica hoy, después de casi 50 años. Sin embargo no debemos pasar por alto un hecho significativo: en la historia de la cultura oficial burguesa del Ecuador Joaquín Gallegos Lara ocupa, cuando más, un lugar destacado en el movimiento literario conocido como la "Generación de los años treinta". Con este giro generacional ideológico, se esconde el más grande valor de Gallegos: su fuerza moral e ideológica para luchar por un arte nuevo, por una nueva civilización cuya proyección —y no la menor— será una nueva cultura nacional.



APORTES PARA UNA HISTORIA SOCIAL DE LA LITERATURA ECUATORIANA

Cecilia Suárez

APORTES PARA UNA HISTORIA SOCIAL DE LA LITERATURA ECUATORIANA

*"Los muertos crecen cada día más
indóctiles...
Hoy se ponen a preguntar"
(Roque Dalton)*



APORTES PARA UNA HISTORIA SOCIAL
DE LA LITERATURA ECUATORIANA

Cecilia Suárez

A Adrián Carrasco
María Augusta Viciniella y
Rosa Hurtado,
Compañeros.

APORTES PARA UNA HISTORIA SOCIAL DE LA
LITERATURA ECUATORIANA

Cecilia Suárez

*"Los muertos están cada día más
indóviles...;
Hoy se ponen irónicos
Preguntan"
(Roque Dalton).*

APORTES PARA UNA HISTORIA SOCIAL DE LA
LITERATURA ECUATORIANA

Cecilia Góñez

"Los muertos están cada día más
indóviles...
Hoy se ponen fríos
preguntan"
(Rodrigo Deltron)

Las variaciones, la terca necesidad de no aceptar pasivamente lo impuesto, la urgencia de explicar y explicar algo —o todo— anda de cabeza, te llevan a escribir conmovido te (ni inspirado ni genial, más bien críticamente) algunas observaciones que piensas se enmarcan dentro del reto a Martí: "el ejercicio del criterio". Lo que ahora y semilla. Te armas de papeles e ideas, te abalanzas a la obra, en un proceso en tu cunán en la plaza de la Historia. Tozadamente y necesariamente, contracorriente, contracorriente, te embarcas extavando y sembrando.

A Adrián Carrasco
María Augusta Vintimilla, y
Rosa Hurtado,
Compañeros.

En esta Hora de Nuestra América cobra una gigantesca importancia el reto de Martí como la real alternativa frente a la historia oficial que busca imponer sus "verdades incuestionables", "inmutables", "letras de eternidad", por lo que de matemático o "neutral" dicen poseer. Pero no sólo esto implica el ejercicio del criterio sino también es la búsqueda y formulación de explicaciones sobre la compleja totalidad social (y dentro de ella la literatura: su función social, su especificidad en tanto texto artístico, los métodos para abordarla, los proyectos ideológicos presentes en ella, etc), porque son los que las explicaciones idealistas, en un variado abanico que van desde las ingenuamente impresionistas hasta las sofisticadamente neopositivistas, no han contribuido en nada al esclarecimiento del problema histórico-literario del país. Su misión de clase ha sido más bien velar, enmascarar, fetichizar el texto artístico.

I

Las cavilaciones, la terca necesidad de no aceptar pasivamente lo impuesto, la urgencia de explicar y explicarte que algo —o todo— anda de cabeza, te llevan a escribir consciente (ni inspirada ni genial, más bien críticamente) algunas observaciones que piensas se enmarcan dentro del reto a Martí: “el ejercicio del criterio”. Lo retomas como pólvora y semilla. Te armas de papeles e ideas. Escalas el problema. El problema te escala. Tozudamente buscas conocer la realidad. No quieres que te den pensando; quieres elaborar una propuesta. Asumes ese ejercicio del criterio y manos a la obra, en un proceso en tucumán en la plaza de la Historia. Tozuda y neciamente, contracorriente, contracorriente, te embarcas excavando y sembrando.

II

En esta Hora de Nuestra América cobra una gigantesca importancia el reto de Martí como la real alternativa frente a la historia oficial que busca imponer sus “verdades incuestionables”, “inmutables”, “llenas de cientificidad”, por lo que de matemático o “nuetral” dicen poseer. Pero no sólo esto implica el ejercicio del criterio sino también es la búsqueda y formulación de explicaciones sobre la compleja totalidad social (y dentro de ella la literatura: su función social, su especificidad en tanto texto artístico, los métodos para abordarla, los proyectos ideológicos presentes en ella, etc), porque creemos que las explicaciones idealistas, en un variado abanico que van desde las ingenuamente impresionistas hasta las sofisticadamente neopositivistas, no han contribuido en nada al esclarecimiento del problema histórico-literario del país. Su misión de clase ha sido más bien velar, enmarañar, fetichizar el texto artístico.

Por lo tanto, falta armarse una contrarrespuesta para conocer científicamente el problema social-histórico-literario. Tampoco creemos que en este arranque inicial aclaremos todo el complejo panorama; es sólo una propuesta previa y de ninguna manera acabada; son una suerte de reflexiones que las planteamos para su discusión.

Este ejercicio del criterio, ni misión providencial ni escaramuza, está afortunadamente prevenido por aquella verdad que Roque Dalton en "Las Historias Prohibidas de Pulgarcito" nos planteara: "No existen 'los misterios de la Historia' /Existen las falsificaciones de la Historia/ las mentiras de quienes excriben la Historia" (1).

Ahora bien, es preciso iniciar ubicando el hecho literario dentro de la totalidad social, correlacionado con la lucha de clases y, por lo tanto, con la política (o con la "política cultural", en el sentido gramsciano). Decir de una vez que la praxis y el texto literarios no son un universo autárctico, porque incluso el lenguaje es una conciencia práctica, es un producto social, por excelencia, teñido de increíbles matices ideológicos. Por último, la obra de arte es la resultante de determinadas formas de relaciones sociales y no mera "estructura" de elementos presentes o ausentes que valen porque se oponen a otros sintagmática o paradigmáticamente.

De otra parte, debemos señalar que el productor (emisor) de un texto artístico no es sólo Fulano o Zutano sino es su ideología, su conciencia de clase, sus prácticas sociales y es un defensor de mensaje que plantea; mensaje que nos remite necesariamente a una propuesta ideológica. El consumidor (receptor) del texto también es parte fundamental del proceso de comunicación y no es precisamente un mero sujeto "receptivo", sino profunda e ideológicamente activo.

Estos anteriores elementos son parte del complejo proceso de producción, circulación y consumo del mensaje artístico. Por ello, creemos en la necesidad urgente de tomar en consideración la globalidad del asunto literario para iniciar una posible línea riquísima de conocimiento del texto.

Sin embargo, todo lo anterior puede provocar un lamentable prejuicio si no establecemos ya, que nuestro interés y ejercicio crítico apunta también a la especificidad del texto artístico, a aquellos hechos que Gramsci llama los de "carácter estético".

Además, planteamos la necesidad de ubicar la obra literaria (o de arte) en el contexto global de la lucha de clases, en una formación social determinada (para éste y otros casos, decir lucha de clases es decir lucha ideológica también, porque naturalmente existen dos culturas en pugna: una dominante y hegemónica, o si se quiere el proyecto del bloque de poder, y la otra dominada; dos culturas que no coexisten de manera pacífica propiamente). Arrancar de las coyunturas en las que surgen los movimientos sociales-literarios y determinar por qué en esos precisos momentos lo hacen. Determinar los proyectos ideológicos en literatura y cultura "nacionales" y buscar las propuestas de liberación en la clase dominada o en bloque social-popular.

Por último, deshechamos por atomizantes y con claro contenido idealista las propuestas ideológico-metodológicas de nuestros estructuralistas subdesarrollados y de los generacionalistas que se han empeñado en velar los reales contenidos político-ideológicos de las producciones por ellos "analizadas".

De todo esto nace nuestra propuesta que apunta al conocimiento de la obra artística y a su intento de transformación de la sociedad, pues, ya lo dijimos líneas más arriba la obra

es parte integrante de ella. Nos interesa también precisar aquello que Gramsci denomina "la praxis literaria de los intereses históricos de una clase" y por ende ubicar —en el sentido gramsciano también— a un intelectual orgánico en un proyecto de clase.

Luëgo de estas breves precisiones quisiéramos referirnos en una forma más particular a un hecho social-literario, comúnmente llamado "LA GENERACION DE LOS 30" (definición que sólo la aceptamos provisionalmente para luego demostrar su incongruencia) que no constituye un hecho aislado ni un "indigenismo" o "folclorismo" interesantes, sino que está incurso en toda una coyuntura en la que se da una manifestación muy concreta desde la clase dominada y cultura dominada a la clase y cultura dominantes, en el proceso ininterrumpido de la lucha política-ideológica que nuestros pueblos libran.

Desde algún tiempo ya, incluso de manera generalizada, se socorre el esquema o método de periodización generacional para explicar el complejo ámbito de las manifestaciones sociales-literarias (artísticas en general). Esta tendencia ideológica de la crítica oficial ha bautizado a un grupo de intelectuales democráticos como la GENERACION DE LOS 30.

Con una frialdad asombrosa y casi sin el menor reparo, abusando del bautizo que Benjamín Carrión se diera y diera a otros "camaradas" de proyecto, han regado los generacionalistas este epíteto, sin ningún beneficio de inventario. Estos arqueólogos de menbrete estuvieron prontos al "rescate" de tal adjetivo solamente; buscaron desglosarlo en tablas cronológicamente elaboradas que, según ellos, sí darían cuenta de "todo" lo que históricamente significa un movimiento de la importancia del que nos referimos.

Como si los archivos del registro civil (hoy a punto de computarizarse) o la coincidencia de haber producido sus obras en fechas más o menos cercanas fuese factor suficiente para explicar el hecho social-literario. Como si con tales "precisiones" se esclareciera la realidad y función de dicho movimiento de intelectuales democráticos (dicho sea de paso, los generacionalistas, no hablan de movimiento, simplemente de "Generación"); mucho peor llegan a determinar cuáles son los hechos sociales que se constituyen en acicates de su respuesta artístico-política, no meramente "artística"; muchísimo peor precisan cuál fue el contenido de su praxis.

Todo este proceso de ocultamiento apunta, en última instancia, a no responder al interrogante de la cultura dominada y de la propia Historia, afirmando que en el país existe "una sola y gran cultura nacional".

Esto nos lleva a pensar que esta corriente crítica, ideológicamente idealista, es subjetiva y afirmamos con Oswaldo Encalada, cuando en el II Encuentro de Literatura realizado en Cuenca, decía: "Eso de que una cosmovisión cambie porque han pasado 15 o 30 años nos parece un criterio idealista; pueden pasar 20 o 100 años que no cambiará una cosmovisión mientras no cambien las condiciones objetivas y materiales en las que se desenvuelve una determinada formación social" (2).

A más de subjetivo e idealista este método, que se asienta en una concepción del mundo, vela el real contenido ideológico, oculta el posible potencial subversivo de la producción de un movimiento, como es el caso de la llamada "Generación de los 30" o mitifica el problema hablando de una "Generación Decapitada" (sabemos que el epíteto pertenece a Raúl Andrade, pero los generacionalistas lo retoman sin reparo, lo que implica que lo aceptan implícitamente), a sabiendas de que en este caso es preciso explicar el

asunto por la vía de la extracción de clase de los integrantes de esa mal llamada "Generación Decapitada", la crisis político-ideológica de la clase a la que se pertenecían, etc.

Por estas razones creemos que no resulta científico ni congruente, por decir lo menos, seguir utilizando tales denominaciones. Pero no solo es cuestión de calificativos sino de concepciones ideológicas que ahí operan y con las cuales discrepamos.

Sostenemos la objetividad de hablar de un MOVIMIENTO SOCIAL-ARTISTICO que se ubica dentro de la lucha democrática ant imperialista que libra Nuestra América en los frentes ideológico, político, militar. Es un movimiento dinámico y dialéctico, productor de su particular y coyuntural cosmovisión y de una praxis concreta.

También creemos, por otra parte, que la crítica oficial ha caído en un reduccionismo al afirmar que se trata "sólo de un hecho literario", sin pensar que se trata de un hecho artístico-histórico incurso en una situación política concreta. Pero ese reduccionismo no se queda ahí; va más allá aún. Su miopía llega a afirmar que se trata "simplemente de un grupo de narradores", olvidando que fueron también pintores, poetas, ensayistas y "homos politicus" quienes con su praxis produjeron una respuesta dentro de un proyecto político. Maliciosamente "olvidaron" estos generacionalistas a poetas como Jorge Enrique Adoum y Jorge Carrera Andrade, a ensayistas como Pío Jaramillo Alvarado, a hombres de la talla de Pedro Saad y Manuel Agustín Aguirre, a pintores como Oswaldo Guayasamín y Diógenes Paredes o escritores como Jorge Hugo Rengel.

Toda esta posición aparentemente científica reduce, una vez más, a este gran movimiento artístico-social a las fronteras de lo "estéticamente puro" como si la literatura se hi-

ciera en un laboratorio ascéptico, al margen de la lucha de clases, en una higiénica torre de marfil.

Así delimitado este movimiento social-artístico se elude el principal problema del mismo; la fuerza del momento histórico en el cual aflora como una poderosa corriente social, inscrita en la trayectoria democrática-ant imperialista de nuestra lucha de liberación.

Frente a esta "degeneración" generacionalista, deformación ideológica en última instancia, es preciso rescatar este movimiento democrático con todas sus manifestaciones dinámicas en las que se advierte la efervescencia de la clase dominada y de un grupo de intelectuales con conciencia histórica.

Las condiciones objetivas que engloban el nacimiento de este movimiento social-artístico son muy concretas. Trataremos de enunciarlas a breves rasgos, porque creemos que son ciertos momentos históricos los que determinan el surgimiento de estas corrientes populares y renovadoras, mas no el acuerdo de una docena de intelectuales en torno de un manifiesto surrealista, cubista, dadaísta o realista mágico. Son las condiciones muy concretas e históricas las que desencadenan este tipo de respuestas. Sin embargo no se trata de un determinismo histórico sino de una relación dialéctica entre la historia y el individuo.

Los acontecimientos tienen una doble perspectiva, la externa y la interna.

Dentro de la primera son registrables los hechos que marcan el descalabro inicial del capitalismo y una exacerbación de su fase superior, el imperialismo.

América Latina vivía, como parte de su proceso de liberación continental, un despertar. México se había encaminado en la primera y segunda décadas del presente siglo en un proceso revolucionario renovador. En Nicaragua se libraban combates antimperialistas comandados por el General de Hombres Libres, Augusto César Sandino, en una lucha que conseguía una solidaridad que desbordaba el Golfo de México y el Cabo de Hornos. En el Perú, el APRA —en sus inicios— denunciaba el imperialismo. En Argentina se propagaba la influencia de la Reforma de Córdova que significó la unidad del movimiento estudiantil latinoamericano en torno de la necesidad —como dice Mariátegui— de “Cumplir una función heroica y de realizar una obra histórica”. En Chile se fundaba el Frente Popular Chileno. En El Salvador el Brujo Imperialista, Maximiliano Hernández, asesinaba a treinta mil campesinos que reclamaban pan y tierra.

En toda América Latina se luchaba y se conseguía la legalización de los partidos marxistas.

En Europa, triunfaba la Revolución Rusa de la que empezaron a llegar profundas influencias: literarias, políticas, ideológicas, etc.

Años más tarde, en España, el fascismo cobraba víctimas inocentes y se funda la Alianza de Intelectuales Antifascistas con la que combatía al monstruoso sistema que se pretendía imponer.

En el país ya se generaba una respuesta científica: “En este último período —dice A.F. Rojas— el Ecuador, ya menos aislado del mundo, siente solidariamente con él. La Primera Guerra Mundial tuvo entre nosotros, es cierto, germanófilos y francófilos, pero la esencia de esta distinción no quedó suficientemente esclarecida. La exégesis de esa guerra se haría más adelante. Y lo que es más interesante: llegaría

pronto la interpretación marxista, a través del estudio que sobre el imperialismo había realizado Lenin. Una cultura política en constante desarrollo permitió a la gente irse ubicando fácilmente ante sucesos mundiales de trascendencia. Así, se pronunció ante la subida de Mussolini al poder, la elección de Roosevelt y la ascensión de Hitler. Así se pronunció frente a la guerra chino-japonesa y más adelante, frente a la guerra civil española. Particularmente frente a esta última por razones de afinidad histórica. Los escritores y artistas ecuatorianos de las recientes promociones actuaron de conjunto, suscribiendo un acto de fe en la España Republicana. Hubo inclusive periódicos y revistas que se editaron expresamente para apoyar la causa por parte de la izquierda intelectual del Ecuador.” (3).

En lo interno, el país entraba en una aguda crisis a partir de 1914, la misma que se acentúa por 1920 teniendo como causa —según lo afirma Patricio Ycaza— el descenso del precio internacional del cacao, decretado por los centros monopolísticos de comercialización (4).

Un proceso ascendente de respuesta y sublevación de la clase dominada y de un grupo de intelectuales de izquierda se inicia. Desde aquellas sublevaciones y huelgas de zafreros, ferroviarios, mineros, por los años de 1916. Así como también los levantamientos indígenas en las provincias de Azuay (1920) y Chimborazo (1921), hasta la detonación del 15 de noviembre de 1922, matanza que se constituye en un despertar de las clases populares que reivindican sus derechos a través de medidas de hecho. Empieza a producirse una literatura de denuncia y protesta de las injusticias sociales.

Ese 15 de noviembre del 22 significa también “La primera huelga obrera —dice A.F. Rojas— (en la que) los gobiernos aprendieron a sofocarlas empleando parecido procedimiento al que seguían con las revueltas indígenas por cuestión de tierras: el asesinato en masa. Fue esa también la ocasión en que se esgrimió un argumento que más tarde serviría para amparar todo atropello: defender la paz pública y la seguridad de la familia ecuatoriana del ‘peligro comunista’ ” (5).

Este levantamiento glorioso e histórico exasperó a la clase dominante y, entre otros, el cónsul yanki en el país la calificó como "el peor levantamiento socialista que haya ocurrido en el Ecuador recientemente" (6).

Toda esta crisis va alcanzando niveles más altos, como es el de la Revolución Juliana de 1925 de la que Alfredo Pareja Diez-Canseco opinara: "Entre los jóvenes se pensaba en el milagro de la Revolución rusa; pocas veces en la mexicana" (7).

En esta coyuntura de ascensión del movimiento de masas se funda el Partido Socialista Ecuatoriano, dentro de la Tercera Internacional. Años más tarde un sector de sus discípulos fundarán el Partido Comunista Ecuatoriano. La consigna socialista que agitaba estas luchas era "El soviét de obreros, campesinos y soldados. . . cuán lejos de la realidad estuvieron los primeros escarceos del socialismo" (8).

El Partido Socialista Ecuatoriano alcanza, procesalmente, una gran influencia social y política. Funda un diario, "La Tierra", cuyos redactores —según lo afirma A.F. Rojas— fueron verdaderos maestros del periodismo joven. Años más tarde el Partido Socialista realiza una amplia labor constructiva consiguiendo la promulgación del Código de Trabajo, de la Ley de Protección Social y la del Amparo de los Derechos de los hijos ilegítimos.

Los obreros buscan también contar con un instrumento que los aglutine. Fundan la Unión Sindical de Trabajadores, antecedente de la CTE, afiliándose a la Confederación de Trabajadores de América Latina.

Los estudiante, solidarios con la lucha de los trabajadores, fundan la Federación Nacional de Estudiantes (1919) con algunos objetivos muy claros: "...Democratizar la cultu-

ra... la universidad debe ir al pueblo, ya que el pueblo no tiene como ir a la universidad ... el intelectual del brazo con el trabajador, a la conquista de la justicia social" (9).

Estos mismos estudiantes empiezan a utilizar un arma eficaz: la huelga estudiantil, ejemplo que pronto se regaría a los establecimientos de educación media.

Toda esta efervescencia popular lleva a uno de nuestros gobiernos a ponerle al imperialismo en su sitio (aún cuando sabemos que ésto no puede ser considerado como un real antiimperialismo por el carácter de aliados que tienen), así "...en el año 1938 uno de nuestros gobiernos pone en jaque a una insolente compañía norteamericana, y el gobierno de los Estados Unidos, que apoyara la pretensión de ésta, tiene que declarar que sus gestiones no fueron, en ningún momento, un intento de intervención" (10).

Las clases dominantes usan al clero para apelar la "conciencia" católica del pueblo y se habla del "monstruo socialista y comunista". "El anticristo está cerca, y hay que combatirlo con todas las armas" (11).

Este alto nivel de la lucha de clases va acentuándose, así lo describe Patricio Ycaza en su "Aportes para la historia del movimiento obrero ecuatoriano": "La aguda crisis imperialista que en nuestro caso no significó un proceso de sustitución de importaciones, conservándose inalterable el modelo económico agroexportador que también experimentó una seria contracción económica, provocó un brusco descenso del nivel de vida popular. 1934 fue un año de significativos movimientos huelguísticos. El 14 de marzo se declaran en huelga los trabajadores de La Internacional de Quito, pese a ser violentamente desalojados continúan la acción durante 18 días en una plazoleta frente a la factoría, logrando sus aspiraciones; el 1 de Mayo Guayaquil se paraliza como conse-

cuencia de la huelga de los trabajadores del aseo de calles; en septiembre se declaran en huelga los trabajadores de la Industrial Algodonera de Ambato: en octubre los obreros de la Inca de Uyumbicho inician un pronunciamiento huelguístico" (12).

En 1935 las protestas continúan. Los obreros, los de las minas de Portovelo, exigen sus derechos a los patrones, dinamita en mano (13).

Ese mismo año la clase explotada decide su unidad en la I Conferencia Obrero-Campesina, la cual establece Comités Regionales Permanentes, en Quito y Guayaquil, para coordinar sus actividades.

La clase dominante también toma medidas, a través del portavoz de ese momento, el dictador Federico Paez, quien en el Registro Oficial No 225 de agosto 3 de 1936, afirma: "...Toda labor, individual o colectiva, inclusive de propaganda ... encaminada a establecer la dictadura de una clase social, o a transformar los sistemas políticos, económicos, jurídicos o sociales de la República ... La promoción de huelgas violatorias de las leyes que las regulan... El comunismo y, en general, toda doctrina que atente contra la existencia de la sociedad y el Estado... se declaran fuera del amparo legal" (14).

Frente a tan especiales condiciones objetivas nace, dentro de ellas, el movimiento artístico-social en el cual están narradores como Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert, Joaquín Gallegos Lara, Fernando Chávez, Pablo Palacio, Humberto Salvador, Alfredo Pareja Diez-Canseco, José de la Cuadra, Jorge Icaza, Angel F. Rojas, G. Humberto Mata, Adalberto Ortiz; poetas como Jorge Enrique Adoum y Carrera Andrade; ensayista como Pío Jaramillo Alvarado, Manuel Agustín Aguirre, Pedro Saad, Jorge Hugo Rengel,

Benjamín Carrión; pintores como Paredes y Guayasamín.

Aquí surge un agudo problema. Se puede afirmar que no existen certezas para afirmar que se trata de un movimiento plenamente homogéneo. Sin embargo, creemos que existe una línea general que los conduce, lo cual no impide que dentro de ella, y más aún ya en sus praxis, existan matices. Recurrimos a un testimonio de A.F. Rojas quien afirma, sobre el problema, lo siguiente: "Entre 1930 y 1934 realizan una obra considerable que, no obstante el carácter personal y diversificado de toda creación literaria, conserva un sello común, que le comunica cierta homogeneidad y carácter colectivo. El grupo hace, en cierto modo, una labor de equipo. Ideológicamente tiene la misma ubicación... Los propósitos que alientan son parecidos y las líneas generales de su credo artístico lo son también" (15). Estas consideraciones también son extensibles a los poetas, ensayistas y pintores, porque conjuntamente giran en torno de las mismas grandes líneas de orientación política-artística.

Los intelectuales de este movimiento social-artístico pertenecieron a la clase media intelectual —clase sin proyecto histórico propio— de aquí que debieron "tomar partido" por un proyecto.

En la formación social ecuatoriana de la tercera y cuarta décadas del presente siglo, ya se advertían profundas contradicciones entre las clases sociales; contradicciones que se manifestaban inclusive en la esfera de lo ideológico.

Los intelectuales de este movimiento ingresan en esa contradicción, unos tomando partido por las clases dominadas —incorporándolas a sus obras, denunciando y protestando por la explotación que se ejerce sobre ellas—, otros en una posición democrática que busca saldar cuentas coyunturalmente con las clases dominantes —exigiéndoles menor explotación.

Nuestra formación social ecuatoriana, por aquellos años, presenta los siguientes porcentajes de la constitución de sus clases:

Clase dominante	Diez mil familias	1.33 o/o de la poblac.
Clase media	Doscientas cuarenta mil familias	32 o/o
Clase inferior	Quinientas mil familias.	66 o/o

Estos datos fueron establecidos por el Centro de Estudios Económicos de Quito, en 1942 (16).

De estos datos y de las anteriores precisiones históricas queremos desprender la contradicción que se daba entre la clase dominante y la clase dominada. Esta contradicción, como ya lo dijimos líneas más arriba, también se da en lo ideológico. El naciente proletariado, el campesinado, la clase media (y dentro de ella los intelectuales de movimiento social artístico) empiezan a cuestionar el poder oligárquico-burgués a través de sus luchas políticas e ideológicas. Estas últimas por medio de periódicos, como *La Tierra* o *Antorcha*, y de la publicación de sus obras artísticas que van poniendo dedos en la llaga social y político-ideológica del país y del sistema.

Los intelectuales democráticos y de izquierda, pertenecientes a este grupo o movimiento social y artístico, inician un proceso de lucha ideológica que va desde el ataque a una cultura dominante, aristocratizante, unilateral y de élite —que considera que lo “estéticamente bello” es escribir en francés, cantarle al jarrón de porcelana china en un salón de alguna bella dama de la época o escribir un soneto a la morфина o al spleen y al saudade— hasta la denuncia concreta, veraz y real de las condiciones de explotación que se operan en el país.

Buena parte de estos intelectuales militaron en los partidos marxistas, participaron activamente en la lucha sindical y política de los mismos, fueron los integrantes del Frente Cultural del partido y, por ende, se deduce que actuaron dentro de una línea político-ideológica clara. Es el caso de Gallegos Lara y Gil Gilbert, en el Partido Comunista Ecuatoriano; José de la Cuadra, Aguilera Malta y Pablo Palacio, en el socialismo (17), o Jorge Carrera Andrade quien fue parte del Comité Organizador del Partido Socialista Ecuatoriano (18).

III

Finalmente queremos concluir esta suerte de hipótesis puestas a la discusión, haciendo un balance final.

La gran batalla que debieron librar estos intelectuales del movimiento social-artístico al que nos hemos referido es aquella de la DENUNCIA y la PROTESTA, la de combatir la cultura oficial, elitista y aristocratizante. Su labor encontró profundos obstáculos —obviamente deductibles de la lucha ideológica, franca y abierta— como aquellos con los que se enfrentó la publicación de “Los que se van”: “En general, fue mal recibido. Se acusó a la obra de excesiva crudeza, de lenguaje brutal y de exageración en la pintura de los caracteres y de las pasiones ... De inmediato se tildó a la literatura que hacían los autores del discutido libro, como el producto de un plan político, que busca producir el escándalo internacional, el desprestigio de nuestro medio retrasado, revelando imprudentemente detalles vergonzosos de la explotación del hombre campesino y describiendo a éste como una especie de subhombre movido por la lujuria, el alcohol, y a ratos, por el instinto homicida” (19).

Sin embargo, luego de este recibimiento, los aparatos ideológicos apuntaron la mira de su arma mas bien a la divulgación masiva de estas obras, pero buscando desvirtuarlas —a través de prólogos, introducciones o comentarios, reduciéndolas a un “costumbrismo” o “folclorismo” interesantes, dejando en el olvido su real contenido de lucha y denuncia. Ese “costumbrismo” o “folclorismo” las convertía en unas interesantes, raras, antropológicas o etnográficas piezas de un museo para recorrerlas sin menor reparo, como si en ellas no estuviese presente la contradicción de las clases, sus luchas, sus inmolationes heroicas, etc.

Por último, insistimos, no se trata simplemente de un movimiento literario-artístico; es una efervescencia popular, es la lucha de clases, la lucha ideológica y la explicitación de una embrionaria conciencia popular en germen.

Todo este movimiento social-histórico-artístico tuvo sus limitaciones: quizás un vanguardismo —como lo demuestra la polémica suscitada entre Gallegos Lara y Jorge Hugo Rengel— (20), posiblemente mucho de voluntarismo y una buena dosis de infantilismo de izquierda. En fin. Pero esto es nada menos que el primer capítulo de la izquierda ecuatoriana y uno más de la lucha ininterrumpida de nuestro pueblo.

Así mismo pensamos que la producción artística de este período es uno de los hitos de la formación de la conciencia democrática-antiimperialista de los dominados, conciencia que se concretiza en obras como “Canal Zone”, de Aguilera Malta, en la que se desarrolla y analiza el asunto del imperialismo norteamericano en Panamá, obra —según lo afirma Rojas— “produjo más de una desazón” (21).

Retomamos, a modo de conclusión, un planteamiento de una de las voces más claras de este movimiento social-artístico, la de José de la Cuadra, quien afirmara:

“La joven literatura ecuatoriana —tomándola en sus aspectos generalizables— es capitalmente veraz. Su veracidad es, en la acepción noble del vocablo tendenciosa. Incapaz todavía por razones que no le son imputables, de convertirse en una literatura francamente revolucionaria, se prepara a serlo, siendo ya una literatura de protesta y denuncia. Su presunto realismo no encuadra en una modalidad literaria ... No se basta con presentar la realidad: escoge, la traduce, y la empuja a servir propósitos, en cuanto busca con eso delatar las injusticias de la organización que rige nuestra vida social ...” (22).

IV

Cierras esta suerte de primer intento del ejercicio del criterio. Los “demonios interiores” no existen. Existe la conciencia crítica, la búsqueda histórica, la necesidad de conocer para transformar. El oficio, el artesanado. Una obra jamás está acabada, sólo esbozada.

Pones el último acento a la última sílaba en el último renglón y saltan otros problemas. Falta tanto por decirse, cuánto por dilucidarse, mucho por hacerse...

Cierras la máquina de escribir (una vieja y querida underwood). Sales a la calle, tomas el autobus repleto de un gentío de gente y te das cuenta que es preciso continuar en el proceso. Mañana estarás, otra vez, frente al instrumento de trabajo (la máquina de escribir), luchando con los libros, los papeles y las ideas y aspirando interminables cigarrillos.

Existe la conciencia críticamente lúcida, te dirás. Y nuevamente te pondrás en tucumán, en la plaza de la Historia.



CITAS

- (1) DALTON, Roque, "LAS HISTORIAS PROHIBIDAS DE PULGARCITO". Reflexión XXXVI. México, Siglo XXI, 5a. edición, 1980, Pag. 226.
- (2) ENCALADA, Oswaldo, "NOTAS PARA UNA PERIODIZACION DE LA LITERATURA ECUATORIANA" (Ponencia al II Encuentro de Literatura Ecuatoriana). Cuenca, noviembre 10-15, 1980.
- (3) ROJAS, Angel F. - "LA NOVELA ECUATORIANA". México, Fondo de Cultura Económica, 1a. edición, 1948, Pag. 166.
- (4) YCAZA, Patricio, "APORTES PARA LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO ECUATORIANO", (ponencia a las Jornadas de Historia de Nuestra América y Tercer Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe). Quito, junio-1981, Pag. 8.
- (5) ROJAS, Angel F. Op. cit., Pag. 162.
- (6) MUNOZ VICUNA, Elías, "El 15 de Noviembre de 1922". Citado por Patricio Ycaza, op. cit., Pag. 11.
- (7) PAREJA DIEZ-CANSECO, Alfredo, "BREVE PANORAMA DE LA LITERATURA DE FICCION EN EL ECUADOR CONTEMPORANEO". Citado por A.F. Rojas, op. cit., Pag. 123.
- (8) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 146.
- (9) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 158.
- (10) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 158-159.
- (11) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 160.
- (12) YCAZA, Patricio. Op. Cit. Pag. 14.
- (13) YCAZA, Patricio. Op. Cit. Pag. 14.
- (14) Citado por YCAZA, Patricio. Op. Cit. Pag. 15.
- (15) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 182.

(16) Citado por ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 162.

(17) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 182.

(18) DE LA CUADRA, José "12 Siluetas". Quito, Ed. América, 1934, Pag. 86.

(19) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 181.

(20) RENGEL, Jorge Hugo "REALIDAD Y FANTASIA REVOLUCIONARIAS". Loja, s.e., 1954, 72 Pags.

(21) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 193.

(22) Contraportada de "NARRADORES ECUATORIANOS DEL 30" Caracas, 1981.

LITERATURA Y SOCIEDAD

Jun. 14. M. 1981/82



- (16) Citado por ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 162.
- (17) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 162.
- (18) DE LA CUADRA, José. "El Ecuador, José. 12. Similitud. GARCITO". Reflexión XXVI, México, D.F., 1980, Pag. 220.
- (19) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 162.
- (20) REALDAN, FANTASIA REVOLU. "CIONARIAS". Loja, s.e., 1994, 72 pags.
- (21) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 162.
- (22) Contrapunto de "HARRADORES ECUATORIANOS DEL 80".
- (23) YCAZA, Patricio, "APORTES PARA LA HISTORIA DEL MIENTO DERRERO ECUATORIANO", (ponencia a las Jornadas de Historia de Nuestra América y Tercer Ecuador, editadas por la Universidad de los Andes, Quito, junio 1981, Pag. 8.
- (24) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 162.
- (25) MUNDZ VICURA, Elías, "El 15 de Noviembre de 1922", Citado por Patricio Ycaza, op. cit., Pag. 11.
- (26) PAREJA BIEZ CANSECO, Armando, "BREVE PANORAMA DE LA LITERATURA DE FICCIÓN EN EL ECUADOR CONTEMPORANEO", Citado por A.F. Rojas, op. cit., Pag. 123.
- (27) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 166.
- (28) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 158.
- (29) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 158-159.
- (30) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 160.
- (31) YCAZA, Patricio. Op. Cit. Pag. 14.
- (32) YCAZA, Patricio. Op. Cit. Pag. 14.
- (33) Citado por YCAZA, Patricio. Op. Cit. Pag. 15.
- (34) ROJAS, Angel F. Op. Cit. Pag. 162.

CONSIDERACIONES GENERALES

Al igual que el lenguaje es dable considerar a la literatura como "un hecho social", ya que forma parte de la cultura, como el propio lenguaje, las relaciones matrimoniales, las relaciones económicas, políticas, la ciencia, la filosofía y la religión. Así resulta innegable que la literatura *no es* la consecuencia de una producción privada — explicación simplista y conservadora que no ubedece a las verdaderas razones que la originan — sino que debe considerarse como una especie de institución social que desempeña un papel en la vida pública, rol que involucra, no sólo el aspecto meramente estético o estructural, ya que fusiona — como aspiración máxima de la literatura de valía — contenido y forma, dimensionando el tiempo y espacio de los cuales emerge.

LITERATURA Y SOCIEDAD

Se podría decir que vi la literatura — con otras actividades humanas aquella trans- forma el decorado de la vida, las relaciones entre lo real y lo imaginario, influenciando de he- chos humanos. Luego, una civilización determinada puede describirse tanto por la manera en que se baila o canta como según la forma en que se escribe o reza — enforado lo anterior desde el pun-

Juan H. Mihovilovich

Nota de la Redacción: Se presenta aquí la primera parte del trabajo de Tesis con que su autor optó por el título de Licenciado en Ciencias Sociales de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad de Cuenca. El IDIS la publica por su valor intrínseco y como muestra de la actitud plural de la Revista, haciendo abstracción, desde luego, de las ideas sustentadas, que son únicamente de responsabilidad de quien las expone, más que en todo caso pueden suscitar interesantes discusiones sobre este aspecto del correlato entre cultura como producto y sociedad como matriz.

CONSIDERACIONES GENERALES

Al igual que el lenguaje es dable considerar a la literatura como “un hecho social”, ya que forma parte de la cultura, como el propio lenguaje, las relaciones matrimoniales, las relaciones económicas, políticas, la ciencia, la filosofía y la religión. Así resulta innegable que la literatura *no es* la consecuencia de una producción privada —explicación simplista y conservadora que no obedece a las verdaderas razones que la originan— sino que debe considerarsela como una especie de institución social que desempeña un papel en la vida pública, rol que involucra, no sólo el aspecto meramente estético o estructural, ya que fusiona —como aspiración máxima de la literatura de valía— contenido y forma, dimensionando el tiempo y espacio de los cuales emerge.

Se podría decir que vinculado el arte —y específicamente la literatura— con otras actividades humanas aquella transforma el decorado de la vida, las relaciones entre lo real y lo imaginario, influenciando de hecho toda la vida humana. Luego, una civilización determinada puede describirse tanto por la manera en que se baila o canta como según la forma en que se escribe o reza —enfocado lo anterior desde el pun-

Nota de la Redacción: Se presenta aquí la primera parte del trabajo de Tesis con que su autor optó por el título de Licenciado en Ciencias Sociales de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad de Cuenca. El IDIS la publica por su valor intrínseco y como muestra de la actitud plural de la Revista, haciendo abstracción, desde luego, de las ideas sustentadas, que son únicamente de responsabilidad de quien las exprese, más que en todo caso pueden suscitar interesantes discusiones sobre este aspecto del correlato entre cultura como producto y sociedad como matriz.

to de vista histórico - puesto que las formas en que las manifestaciones artísticas se desarrollan, su eventual clasificación ayudan, a su vez, a clasificar los tipos de organizaciones sociales que las reclaman -constituyendo esto un punto de vista sociológico-

De los argumentos esbozados resalta un hecho incuestionable: la literatura actúa sobre la sociedad que pinta, ya que hace y deshace los prejuicios o contribuye a establecer o desacreditar tal o cual opinión, modifica el gusto y las costumbres, evidencia correlaciones diferentes entre las fuerzas sociales y pone de manifiesto las contradicciones existentes en el seno de la sociedad, no siendo todo esto patrimonio de la literatura de ideas, ya que la novela posee en esos terrenos una gran eficacia, bastándonos para ejemplificar la fuerza avasallante ejercida por la narrativa latinoamericana -sobre todo durante las últimas décadas- en la conciencia del hombre americano, debatido largamente en la marginalidad del subdesarrollo cultural.

Lo anterior explica el que ciertos regímenes totalitarios utilicen o hayan utilizado- la literatura de una manera consciente y deliberada buscando gobernar hasta los pensamientos y sentimientos de cada individuo, cuestión que ha operado concretamente en las dictaduras de corte fascista latinoamericanas, ya sea a través del obligado encasillamiento intelectual a que se ven sometidos los escritores por medio de decretos y prohibiciones explícitas, ya sea por la propia y limitante autocensura a que se ven constreñidos en virtud de la orientación política de los regímenes referidos, so pena de perder la libertad, en el mejor de los casos.

De igual manera se pretendió en la época staliniana, en la Unión Soviética, resguardar a la literatura de todo posible y pernicioso desviacionismo llegándose a establecer que debía

subordinarse la función creadora del intelectual a los objetivos políticos y económicos de la revolución en marcha, en lo que se conoció como "la doctrina del realismo socialista", con los fracasos evidentes e históricamente consignados, puesto que la época de implantación no produjo, en lo absoluto, obras literarias de importancia.

Como conclusión inicial debemos reconocer el incuestionable valor de la literatura en una sociedad determinada postulando su libertad creativa, la que al fin de cuentas será o no relevante en la medida que interprete -no aspiraciones parciales o eminentemente individuales- sino que tenga la fuerza necesaria para vivificar, recrear, reinventar la realidad, configurando las tendencias del hombre hacia el mundo de lo posible y anhelado. Porque en definitiva el hombre *no debe* conformarse nunca con un paraíso meramente imaginario, ya ha de propender a transformar "lo posible anhelado" en "realidad concreta", y desde este ángulo la literatura resulta una suerte de anticipación de una humanidad del porvenir, y la imaginación una especie de antecámara de la felicidad futura.

CONSIDERACIONES HISTORICAS SOBRE AMERICA LATINA.

Cualquier posible análisis de la literatura latinoamericana deberá tener presente los orígenes históricos del continente: el carácter de una América *dependiente* por una razón también evidente: el haber sido un continente "descubierto", con toda su posterior secuela de acontecimientos.

Resulta particularmente cierta *la lucha* entre el opresor y el oprimido como generadora del leit motiv incambiable en la esencia, puesto que hay un traslado histórico de dominación que va de Estados Unidos -dominado por el colonizador europeo en su tiempo específico, y que absorberá las

maestrías cultas de sus descubridores— hacia América Latina, produciéndose un trasplante casi natural.

Estados Unidos se caracterizará por la asimilación de la cultura europea y su posterior influencia en América Latina, a la que desea y trata de subyugar a través de los centros aristocráticos de poder inculcando la doctrina europeizante de superioridad racial sobre el hombre de “piel oscura latino”, aspecto al que acceden algunos intelectuales de méritos —Rodó, Ingenieros— quienes carentes de una real comprensión del problema y exentos de una formación social se adscriben a dichos enunciados influyendo con su pensamiento en América. Sin embargo, si bien los albores del imperialismo —extraordinariamente avizorados por Lenin— se esfuerzan por penetrar —y de hecho lo logran— en el continente, a su vez las nuevas concepciones ideológicas y los movimientos de todo orden producidos por la revolución rusa en el mundo entero, logran una cantidad importante de adeptos entre los pensadores latinoamericanos estableciéndose las primeras corrientes marxistas a nivel continental, las que por intermedio de sus más poderosos meditadores —Juan Antonio Mella, Carlos Mariátegui, Anibal Ponce, etc.— reflejan una realidad ineludible: la derrota imperialista como única forma de lograr la liberación popular y nacional. Y por lo mismo la evolución histórica de los acontecimientos confirma esa evidencia: concretamente a través de la revolución cubana el año 59 se demuestra palpablemente una clara posibilidad de victoria general.

Sin duda que fue Martí quien en su época se destacó precisamente por desterrar aquellas corrientes “civilizadoras” contrarias al destino americano y radicó su resistencia desde dos presupuestos todavía vigentes y plenamente válidos:

1.- La igualdad plena entre los pobladores de cada país; y,

2.- El rechazo a lo que desde afuera estorbe la voluntad nacional y popular.

No podía concebirse que la ingerencia norteamericana ejerciera una presión intelectual libre que presionara en el continente, y si bien los primeros movimientos vanguardistas literarios demuestran poca concordancia con la estricta realidad latinoamericana —1916: “creacionismo” del chileno Vicente Huidobro en París, no repercute en América Latina, sino en España en 1918 originando el “ultraismo español”; 1921 el “ultraismo argentino” de Jorge Luis Borges, desde Madrid a Buenos Aires, 1922 el “estridentismo” en México, de Manuel Maples Arce; el “modernismo Brasileño” de 1922— hacen, sin embargo, que Mariátegui exprese en 1925 que:

“El sentido revolucionario de las nuevas tendencias no está en la creación de una técnica nueva. No está tampoco en la destrucción de una técnica vieja. Está en el repudio, en el desahucio, en la befa del absoluto burgués.”
(1).

Y lo señalado por Mariátegui resulta de incuestionable valor, sobre todo si consideramos la evidente relación producida entre estos movimientos y aquellos que propugnaban la exaltación del arte africano —Picasso, Matisse, Apollinaire— a principios del siglo, en momentos que el imperialismo era practicado por el mundo oficial burgués como ejercicio de “la pesada misión del hombre blanco.” Ello demuestra el inicio del repudio al absoluto burgués, y de ahí también que más tarde nazca una real literatura americana, no ingenuamente desprendida de dichos vanguardismos “europeos”, lo que resultaría absurdo, pero indudablemente contribuyeron a descubrir el reencuentro con la auténtica realidad de nuestro mundo. Y aquello no es producto de políticas ni mandatos superiores: se produce simplemente por las contradiccio-

nes de la época respecto de las cuales surgen hombres que de una u otra forma intentan asimilarlas y proponerlas en el plano artístico o literario, siendo ellos mismos productos de aquellas contradicciones, por ende es imposible pedirles convicciones ideológicas explícitas —que no es el papel de la literatura— sino que se desprenden de la implícita lectura y contenidos de las obras.

Sin ir más lejos y para aclarar ciertos conceptos y precisar el rol que el materialismo dialéctico otorgaba a la literatura en la sociedad es útil consignar lo que al respecto pensaban los precursores del marxismo y su posterior deformación histórica en las páginas siguientes.

EL MARXISMO Y LA LITERATURA

Marx y Engels concibieron las formas de sociedad humana en cualquier país y época determinadas como el fruto de los métodos de producción *predominantes* en ese tiempo y lugar, y de las relaciones involucradas en las formas sociales surgía “una superestructura” de actividades más elevadas: política, derecho, religión, filosofía, literatura y arte. Estas actividades no son enteramente explicables en términos económicos. Directa o indirectamente dejan ver el molde que hay debajo, el molde de la configuración social, pero cada actividad trabaja para “alejarse” de las raíces que tenía plantadas en las clases sociales y constituir un grupo profesional con su disciplina propia y su propia tabla de valores, que atravesaban la separación de clases. “Estos sectores reaccionan unos sobre otros y en relación a la base económica. No es porque la situación económica sea la única causa activa y lo demás efecto pasivo. Pero hay interacción recíproca dentro de una necesidad económica fundamental que siempre vuelve por sus fueros.” (2).

De manera que el arte de un gran período artístico puede llegar a un punto tal de vitalidad y visión que influya en la

vida del período descendiendo hasta sus cimientos económicos. Dejará de florecer cuando se acabe el sistema social que hizo posible su creación dotando al artista de instrucción y tiempo libre, aún cuando el artista hubiese estado trabajando para destruir ese sistema.

Marx y Engels —a diferencia y en contraste con algunos de sus seguidores— *nunca* intentaron proporcionar fórmulas económico-sociales para juzgar con arreglo a ellas la validez de las obras de arte. Es más, Marx llegó a decir que “los poetas eran entes originales que había que dejarlos marchar por su camino y no medirlos con la misma vara que al resto de la gente.” (3) No juzgaban a la buena literatura conforme a sus tendencias políticas, sino en la medida que las obras referían situaciones conforme a la acción, y Marx lo da a entender en carta a Minna Kautsky opinando sobre una de sus novelas:

“Usted decidió tomar parte públicamente en su libro, de proclamar sus opiniones al mundo...Pero la tendencia debe desprenderse de la situación y la acción en sí, sin ser explícitamente formulada, y que el poeta o escritor no está en la obligación de suministrar al lector una adocenada solución histórica para aplicar en el futuro el conflicto que él describe.” (4).

En “Introducción a la Crítica de la Economía Política Marx indica que ciertos períodos del desarrollo artístico no tienen ninguna vinculación con el desarrollo general de la sociedad ni con la base material y la armazón de su organización. Incluso, como hecho anecdótico si se quiere, pero tremendamente decidor, en una ocasión Lenin preguntó en una comuna juvenil si leían a Pushkín: le contestaron que no, por su condición de burgués; que preferían a Maiahkovsky. A lo que Lenin contestó sonriendo que a él le parecía que Pushkin era mejor.

Trotsky arrojó más luz sobre el tema, sobre todo cuando la gran mayoría de escritores rusos se planteaba la interrogante de cuál sería en el futuro el estado de la cultura de la sociedad burguesa de la que acababa de surgir el socialismo, si habría o no una nueva literatura proletaria, de nuevo lenguaje, de nuevo estilo, de nueva forma que diera expresión a las emociones e ideas de la nueva dictadura proletaria.

Recordemos que se había formado en Rusia una agrupación, "Proletcult", que aspiraba a monopolizar la literatura soviética, pero Lenin se opuso tenazmente a ello insistiendo que la cultura proletaria no era algo que pudiese producirse sintéticamente y por el dictado oficial de una política, sino por la evolución natural, como un desarrollo de las reservas de conocimiento por las que trabajó la sociedad bajo la presión del capitalismo, de los latifundistas, de los funcionarios.

Trotsky señalaba que términos como literatura y cultura proletaria son peligrosos, porque erróneamente abarcan la cultura del porvenir como si se pudiese encerrarla en los estrechos límites de los días que se vivían. No creía en una cultura proletaria, porque el proletariado nunca la tuvo en su país ni habría tiempo para producirla, ya que la dictadura proletaria no iba a durar, sino que sólo sería transición y señalaría el camino a una cultura que esté por encima de las clases y que sería la primera cultura verdaderamente humana. Afirmaba que el comunismo no tenía una cultura artística, sino sólo política.

Sin embargo, en la práctica fue inevitable que el oficialismo tomara parte en la censura de la literatura creyéndose por parte de algunos sectores que tenía que existir una subordinación del arte a los objetivos políticos del régimen. Esto, que resultaba una grave equivocación se reafirma con el proceso que vivió la literatura rusa en la época de Zarismo

donde cumplió un papel de suma trascendencia, ya que la crítica social, perseguida y clandestina como consecuencia, quedó obligada a incorporarse en la imaginería dramática de la ficción. (De ahí la gran importancia de los escritores rusos desde Pushkin a Tolstoy).

Lenin, Trotsky, Lunacharsky y Gorky trabajaron sinceramente por mantener la libertad de la literatura, pero dos murieron y el otro fue desterrado, y Gorky hizo lo que pudo para mantener el liberalismo literario. No obstante Stalin la manipuló conjuntamente con el aniquilamiento de las libertades políticas propendiendo a manejar la entrega de una literatura oficial afín a sus proyectos políticos.

Ahora bien, es lícito poner de manifiesto que históricamente los primeros años de la revolución rusa propendieron a la consolidación de un arte amplio, o de un "realismo abierto" si se quiere. Así, la resolución del CC del PCUS de 1925 "sobre la política del partido en el terreno de la literatura" es elocuente al establecer que: "en la sociedad de clases no hay ni puede haber un arte neutro, aunque el carácter de clase del arte en general y de la literatura en particular se expresa en formas infinitamente más diversas que, por ejemplo, la política." (5). O sea, se subrayaba la naturaleza ideológica del arte y se admitía la legitimidad de diversas formas de expresión artísticas y literarias. Por otra parte se agregaba que el proletariado disponía ya de criterios para definir el contenido político-social de una obra literaria, pero no así respecto a la forma artística de la misma, por lo cual se afirmaba que la crítica comunista debía luchar incansablemente contra las manifestaciones contrarrevolucionarias en la literatura, pero a su vez, *condenaba toda* intervención administrativa en la creación: se debía eliminar el tono de "orden y mando". Se concluyó que el partido se mantenía fuera de las corrientes artísticas y que la libre competencia de las tendencias y grupos definirían los rasgos caracte-

rísticos de la forma que mejor respondiera a la época, sin otra limitante que combatir las manifestaciones ideológicas contrarrevolucionarias. (Veremos más adelante cómo estos enunciados concuerdan con los referidos por la revolución cubana en 1961).

Sin embargo, la situación, a fines de los años 30 empieza a cambiar radicalmente, fundamentalmente por dos hechos decisivos:

El primero, fue la resolución del partido por medio de su comité central en 1932 "Sobre la reestructuración de las organizaciones literarias y artísticas" que ponía fin a las diversas asociaciones o grupos y que establecía la creación de un solo centro: "La unión de escritores soviéticos" a la que pertenecerían todos los escritores de la Unión de Repúblicas Socialistas que apoyaran el poder soviético y quisieran participar en el socialismo y su edificación.

El segundo hecho fue el Primer Congreso de Escritores Soviéticos en agosto de 1934, en que el "realismo socialista" fue proclamado como "el método creador de la literatura soviética." Se pensaba que así quedaba resuelto el problema de definiciones artísticas y que el socialismo había encontrado ya su orientación artística cardinal.

No obstante, si bien históricamente el realismo socialista obedece a una serie de tendencias que van desde la literatura rusa del siglo XIX hasta la vanguardia literaria pre-revolución —Gorky, Sholojov, Ivanov, etc.—, no es menos cierto que el mismo Lunacharsky, artífice de la política cultural soviética, señalaba en 1925 que se necesitaba de un arte realista como necesidad vital de la nueva sociedad, pero lo concebía en términos de "realismo amplio", que abarcara muchos estilos y diferentes métodos de creación, y que no po-

día encerrarse en fórmulas estrechas. Pero, lo que cambió en definitiva el panorama de la época al punto de cerrarse todo el período de florecimiento artístico y literario abierto en 1917, fue la forma cómo se procedió a fortalecer el realismo entre otras corrientes artísticas de la época: esto es, disolviendo las organizaciones artísticas y literarias para unificar las por "decreto" y proclamando el realismo socialista como el método creador del arte bajo el socialismo.

Ese nuevo período implicaba una serie de *premisas teóricas*, entre las cuales destacamos, a guisa de ejemplo:

- a). La condena de tendencias no realistas —las del arte moderno occidental, y vanguardias, vinculadas a ellas— de los años 20 como formalistas y decadentes.
- b). Proclamación de la superioridad del arte de la sociedad socialista por ser más avanzada y progresista, ignorando con ello la ley del desarrollo desigual del arte y sociedad, formulado por Marx.
- c). La concepción del papel dirigente del Partido en el arte y la literatura como organismo que no sólo vela por el cumplimiento de la función ideológica, sino que fija también el método creador, estableciendo cuál es la forma de creación artística que se debe adoptar.
- d). Etc.

Las opiniones contrarias de grandes teóricos apenas si se dejaban oír o no se oían simplemente, aunque fuera de la URSS el gran marxista italiano, Antonio Gramsci señalaba que "los artistas no se pueden crear artificialmente." (6) pero que ello no involucraba la negación del surgimiento de nuevos artistas en un nuevo mundo cultural. Vale decir, Gramsci, como Lenin y el mismo Lunacharsky pensaban fir-

mamente que el nuevo orden social traería grandes posibilidades creadoras y esa creencia también lo demuestra el espléndido florecimiento artístico de los años 20 en la URSS. Y para el supuesto que no se concretaran en el futuro esas posibilidades creadoras las causas tendrían que buscarse en la "falta de vida" (Gramsci) de ese nuevo orden social, pero había que considerar absurdo decretar fórmulas, asimilando esa postura a actividad política pura, pero no a crítica artística.

El breve cuadro esbozado se mantiene históricamente hasta 1956, en que el realismo socialista ha obedecido a una serie de deformaciones coincidentes con las deformaciones burocráticas del Estado y el Partido y que alcanzaron su máxima expresión en el llamado "culto a la personalidad", y es obvio que al quebrantarse el sistema *Staliniano* entra también en crisis el realismo y la versión burocrática de dirigir la literatura, provocándose una doble reacción contra:

1.- *Su envoltura dogmática*, lo que se traduce doblemente:

- a). Hacia aquellos que se empeñan en mantener el realismo socialista con sus "héroes positivos", "ausencia de conflictos", y "barnización" de la realidad, y
- b). Contra los que pretenden abrir las puertas del arte a corrientes modernistas hostiles y ajenas al socialismo.

NOTA: Esta primera reacción ha sido la que ha predominado largamente en la URSS, incluso hasta nuestros días.

2.- Otra gran reacción de quienes piensan que el arte y su destino no pueden ser en términos de exclusión (realismo-antirealismo; figurativismo-antifigurativismo), sino que

recurriendo a las más diversas formas de expresión y métodos de creación.

La Revolución Cubana, en cambio, presenta una forma bastante original de manifestarse en el campo del arte, y que podría situarse en el marco de la segunda reacción explicitada, debido a las condiciones políticas que la propia revolución iba desarrollando y que exigían que se expresara como lo que es esencialmente una revolución: *un acto creador* en todos los órdenes. Además la revolución se produce en la época en que se discutía precisamente la necesidad de liquidar métodos burocráticos y dogmáticos que frenaban el despliegue de la vida creadora en la vida social de los países socialistas. Así esta nueva política artística cobraba forma y *puede resumirse* en lo siguiente:

- 1.- La negación de monopolios artísticos, y la libertad de expresión artística y de creación.
- 2.- Renuncia al intento de crear "artificialmente" un nuevo arte, y
- 3.- Dentro de la revolución, *todo*, contra la revolución, *nada*.

De aquí puede —y de hecho se desprende— una concepción nueva, pero concordante con la posición vertida por Gramsci anteriormente. La creación de un nuevo arte que respondiera también a una nueva sociedad, sin más ingerencia que la confluencia ideológica y actitud políticas implícitas en la obra misma —y aquí se recuerda lo señalado por Marx en carta a Minna Kautsky.—

Ahora bien, lo expresado precedentemente nos llevaría a otro problema igualmente importante y discutido y que no

es otro que el viejo dilema de la *preeminencia del contenido sobre la forma, o viceversa*.

Resulta particularmente conflictivo, y de hecho, paradójico, que se pretenda en algunos casos la adscripción irrestricta a uno de los dos postulados. Conflictivo, porque ninguna obra literaria que se precie de tal lo será sólo por el establecimiento exagerado o unilateral de uno de ellos y, paradójico, porque hablar de inclinación a la forma o contenido dejará fuera a una parte en esencia indisoluble de la otra. Nos explicamos: habría que hacer la necesaria *distinción* entre lo que significa *asunto, contenido* (o significado) y *forma*. Es obvio que los tres elementos no juegan papeles similares, sino que su rol dependerá de la época en que se haya insertado la obra literaria. Así, habrá períodos en que la selección del asunto tendrá —o puede tener— relación directa con su época, pero el contenido que se manifiesta en ella hará que la forma se exprese de una manera nueva o diferente. Vale decir, un aspecto lleva al otro y se produce una especie de “interacción” entre ellos rematando en lo que literariamente podría ser una obra de “artístico valor.” Pero tampoco bastaría una interacción *puramente formal* de los factores expuestos. Es imprescindible que haya una confluencia referida con cierta precisión, esto es, un contenido que haya sido captado más o menos con exactitud por la sensibilidad humana del escritor, un contenido que sin ser eminentemente social revele las contradicciones inherentes a la sociedad y época que su obra trasluce. Ello se desprenderá como rompimiento ineludible hacia las viejas y tradicionales formas literarias, puesto que si bien no podría —insistimos— hablarse de preeminencia ni siquiera de selección de contenidos o formas en un tono riguroso, no es menos cierto que consideremos *su unidad* como algo indisoluble o como cuestión básica. Pero, esa “indisoluble unidad” tiene también su génesis y esta no es otra que la “actitud” del escritor respecto del

contenido, puesto que no importa sólo lo que se presenta en la obra, sino *cómo* se presenta. Así resulta válida la opinión de Ernst Fischer cuando indica que “el arte genera la forma y sólo la forma convierte un producto en obra literaria.” (7)

No obstante, no debemos confundir la terminología y llegar a convertir, la forma por ejemplo, en un “puro formalismo”, en un pulimiento exagerado que destruya la obra como igualmente pudiera hacerlo una espontaneidad avasallante y sin control. Repetimos que ambos términos no son excluyentes, incluso a menudo es tal su compenetración que el creador percibe la forma como contenido, pudiendo presentarse los elementos formales antes que los materiales propiamente enunciados. Pero, cuando se pretende falsificar la realidad en nombre de la forma el producto no resulta sino una falacia de aquella. Sin ir más lejos —y pretendiendo que la analogía valga— resulta un aspecto de engañoso formalismo el que una Constitución Política por ejemplo, establezca “el derecho a la propiedad privada”, cuando es de suyo evidente que sólo quienes tengan los medios económicos pueden hacer realidad una norma de ese tipo, aparentemente “democrática.” Vale decir, para un proletario un derecho de esas características burguesas es un formalismo vacío que sólo sirve para engañar y en definitiva someter. Cuestión parecida ocurrirá con la literatura si no se adoptan formas acordes con los nuevos contenidos; es más, los nuevos contenidos requieren necesariamente de nuevas formas, a riesgo de que se rechacen unos a otros.

La no comprensión de esta fusión, por supuesto que entre otros muchos factores, y el no entender que una obra literaria no puede ser estructurada mediante encasillamientos ni rigideces y que, en última instancia, perdurarán aquellas obras que cabalmente representen los momentos y contradicciones desde un plano esencialmente artístico producido

por la libre creación, provocaron el fracaso de una política administrativa y burocrática hacia la literatura.

Y es conveniente añadir que los hombres que tratan de aplicar principios marxistas sin una real comprensión de la literatura corren el peligro de equivocarse horriblemente, ya que aquellos que buscan en una obra de jerarquía una moral conforme a sus postulados, explícita y simple, se confundirán irremediabilmente, porque lo que el escritor quiere comunicar, lo reiteramos, no en una visión explícita de las cosas, sino una visión implícita y conjunta de ellas, y el lector que no las capta artísticamente estará, lamentablemente, confundido.

CREACION LITERARIA Y SU SIGNIFICADO

Que postula, en definitiva, la literatura? ¿Cómo enfoca la realidad o, cómo debiera enfocarla?. Son algunas de las preguntas que tratamos de ir dilucidando en esta parte del artículo.

Algunos *teóricos* han pretendido demostrar que una obra literaria se explicaría por la biografía de su autor y el medio social en que ha vivido o se ha desenvuelto. Sin embargo, esta opinión se aleja de lo que concibe el materialismo dialéctico, para el cual la literatura no es otra cosa que "expresiones de una visión del mundo, y que las visiones del mundo no son hechos individuales, sino sociales." (8) Así, una visión del mundo es un hecho coherente y unitario sobre la realidad en su conjunto. Ello se contrapone a lo siguiente: el pensamiento de los individuos rara vez presenta tales características. Más bien el pensamiento y el modo de sentir de los hombres, sujetos a infinitudes de influencias y sometidos a la acción de los medios más diversos, excepcionalmente alcanzan coherencia. Se podría pensar que así esbozado este planteamiento la "visión del mundo" se convierte en metafísica, o en una entidad abstracta, pero ello no ocurre de esa

manera. La visión del mundo es una especie de sistema de pensamientos que en determinadas ocasiones se impone a hombres que pertenecen a ciertas clases sociales, y en definitiva son pocos los hombres que la realizan a cabalidad. El escritor *piensa* y *siente* dicha visión hasta sus últimas consecuencias y las expresa por el lenguaje. Ahora bien, considerando a la obra literaria como visión del mundo, de un modo de *ver* y *sentir* los seres y las cosas el escritor busca la forma de dar cauce a su expresividad. Pero, se da de hecho un desajuste entre las intenciones conscientes, las ideas filosóficas o políticas y el modo como él lo siente ese universo que ha creado. Este desajuste, podría pensarse, no debería ocurrir, pero más lógico es pensar que sea normal, por lo explicado. Si así no fuera la obra debería propender a un ajuste o confluencia en todos los terrenos, lo que es materialmente imposible. Importa, en resumen, en gran medida el valor estético de la literatura, de ahí que la creación literaria tendrá mayor o menor valor en la medida que su autor pueda también expresar, en mayor o menor grado, el modo cómo siente y ve a sus personajes.

Así las cosas, la biografía del autor no es un elemento esencial para explicar a la obra literaria, ya que cuanto más importante es la obra más se comprende a sí misma. Esto no significa negar la función del individuo en la creación —como veremos posteriormente— sólo que esa función hay que tratar de comprenderla dialécticamente.

Una obra literaria tiene su propia consistencia, su coherencia interna, un conjunto de seres vivos dentro de ella, lo que provoca distintas totalidades en una recíproca confrontación, y produce la explicación a partir de ellas y de la estructura de conjunto. Entonces, cuanto más grande es la obra más personal es, puesto que una individualidad rica y poderosa puede proyectar una visión del mundo que piensa

y siente hasta sus últimas consecuencias y que todavía —en la gran mayoría de los casos— está en proceso de constitución o es apenas embrión en la conciencia del grupo social. No se requiere unidad entre el comportamiento individual del escritor y el alcance objetivo de su obra literaria, aunque excepcionalmente dicha unidad se da y, además, sea una aspiración o el ideal del individuo como sujeto creador para lograr una vida plena y completa.

¿Qué se propone la creación en consecuencia? Es evidente que la labor del escritor no es copiar la realidad ni enseñar verdades. Lo que él hace es crear seres y cosas que constituyen un universo más o menos unificado, universo que debe poseer una cierta coherencia y lógica, y el valor artístico de la obra estará en estrecha relación con la unidad del universo creado y con el hecho de haber encontrado la forma más adecuada a la creación y expresión del mismo.

Esto no quiere decir que estemos postulando el arte por el arte ni nada que se le parezca. Es obvio que partimos considerando a la literatura como una “función de tipo social”, vale decir, le atribuimos el papel que para la sociedad creemos debe tener, y que no es otro que el de desmistificador de los formalismos burgueses y destructor de los convencionalismos y dogmas que rigen nuestras vidas.

La literatura —la buena, se entiende— no obedece al mero ingenio de su creador ni constituye para él un juego entretenido. El verdadero significado de la creación está en —reiteramos— estructurar un universo coherente, por un lado, y por otro —siguiendo la línea de pensamiento esbozada por L. Goldmann— obtenido aquél hay que descifrar la lógica de su interioridad, y en definitiva, su relación con el mundo exterior del cual procede y al cual retorna enriquecido. Y ello es así porque veíamos en su oportunidad que la crea-

ción de la obra obedece a una visión del mundo y resulta consustancial analizar la época en que ella se gestó para tener en cuenta cómo el autor coincide o no con la época de la cual es originario —y ello desde un punto de vista histórico—, si rechaza o se adscribe a los postulados sociales del grupo, si es o no —en definitiva— un portavoz de nuevas creencias y avizora un porvenir mejor para la generalidad por sobre las contradicciones que “su visión” del mundo le otorga.

RESPECTO A LAS POSIBILIDADES DE CREACION LITERARIA

Es necesario considerar que las posibilidades de creación como tal son naturalmente diversas según la sociedad donde aquellas se incuben, al margen de su propio autor en un principio, el que si bien puede estar plenamente consciente de su ubicación social muchas veces puede ser superado por un medio diametralmente opuesto y adverso a su proyección artística, a lo que él cree y siente como arte. Vale decir, una sociedad capitalista como la nuestra, que se distingue por su “libertad”, pareciera que nos ofrece un campo bastante considerable de hacer “surgir” la creación.

El problema es qué crear, cómo y para qué. Y esto es particularmente evidente por una cuestión de orden cultural, en un primer aspecto, el que se traduce en la conveniencia ineludible de hacer una distinción entre las clases de sociedad existentes para llegar a la conclusión que la nuestra otorga una cierta libertad para crear, pero que a su vez dicha libertad está perfectamente limitada por la estructura económica, social y política que ella sustenta. Más aún, en el orden cultural cada cosa o hecho lleva el sello impreso del capitalismo y éste como sistema estructurado proyecta su lógica influencia sobre cada miembro de la sociedad que lo compone. Es ahí donde el “individuo creador” debe tener los sentidos plenamente concentrados en la crítica acertada del sistema que lo subyuga y coarta su creación, creación aparentemente libre pero coartada en su esencialidad. ¿Y por

qué coartada?. Por razones múltiples, pero fundamentalmente por lo que se decía: el capitalismo no es que propugne una libertad irrestricta para con la literatura como si dentro de ella "todo" fuera posible. Su manera de achatar esa supuesta libertad es mucho más sofisticada y elegante si se quiere: se trata de usar una mascarada que permita encubrir las reales contradicciones implícitas en su seno, por cuanto conlleva en su esencia la negación del hombre como un ser con proyecciones eminentemente humanas; más bien lo reduce en su posibilidad de "ser" restringiéndolo a "aceptar" las condiciones sociales imperantes como un hecho marginado absolutamente del cambio, como la suprema voluntad de un mercado libre en todos los órdenes, donde los seres y las cosas puedan ser lícitamente intercambiados en la medida que se posea el factor clave para la obtención de la mercancía: el dinero. Y es obvio que la presión de todo tipo ejercida sobre el individuo lo aísla de su propio semejante, a quien ya ve como su enemigo potencial, que en cualquier momento ha de estar disputándole "el mejor lugar" al que él pudiera "legítimamente" acceder.

Así las cosas, el sistema condiciona, por una parte, el mejoramiento de las mayorías, pero por otro, condiciona al hombre en su sentido total e integrador inculcándole todas las limitantes propias del mecanismo a que obedece. Le inculca el egoísmo, la avaricia, las ansias de poder; le suministra los ingredientes necesarios para que la "individualidad" sea la razón de ser de la existencia, luego los derechos del prójimo terminan donde su economía hace que comiencen los suyos.

No existe un padrón de justicia general ni siquiera de posibilidades a las cuales aferrarse. En consecuencia se vive y siente todo "ese formalismo" que es parte indisoluble de la sociedad capitalista y que juega sus cartas de una manera descarada.

Se habla de la libertad como el factor inherente a la naturaleza humana para poder coexistir en toda la extensión de la palabra, pero falazmente se ignora que la libertad no es la mera palabra socorrida y manoseada, sino que se debe tener libertad para algo, en definitiva para "crear", lo que de ningún modo constituye patrimonio capitalista.

Se somete el pensamiento y la voluntad de elegir por aquello que reporta utilidad a la sociedad y, básicamente, por lo que en términos medibles hace posible la acumulación de capital para quienes usufructúan de un poder que "democráticamente" ha sido impuesto al grueso de la población, y esta característica de *suministrar* lo que el concentrado poder político y económico necesita para su supervivencia, ésta sí es patrimonio del régimen capitalista y por ende una regla de acatamiento obligado.

La sociedad capitalista, en consecuencia, más que ofrecer posibilidades reales a un real creador artístico lo que hace en el fondo es tratar de captarlo para sus fines. Naturalmente que el artista que se precie de tal y que tenga claro el panorama social en que se desenvuelve podrá sustraerse a las "tentaciones" del mundo burgués y ocupar el lugar que le corresponde dentro del contexto social. Pero, como ocurre con frecuencia, muchos de los creadores literarios se ven inclinados a ceder hacia el sistema y lentamente van siendo asimilados por él con el transcurso de los años.

A menudo oiremos las quejas del artista contra una sociedad arbitraria donde la burguesía no quiere otra cosa que un arte que corteje y adule su gusto mediocre, y donde en última instancia, la obra literaria no tendrá en su mercado valor intrínseco, sino meramente comercial.

Lo dicho es aún más constatable en el trabajo desarrollado por el pintor en que su éxito dependerá más o menos de

las mismas condiciones que hacen que prospere un negocio. Así surgirá si su renombre puede fabricarse a base de publicidad que hará de él un producto aceptable.

En este esbozo de una sociedad como la nuestra el pintor, el escultor o el escritor se *rebelan* contra ese trato injusto en que ni siquiera les es permitido desarrollar su personalidad, y donde a veces inclusive deben sacrificarla si no quieren, heroicamente, morir de hambre.

Al igual que el obrero que es explotado en su trabajo el creador se siente oprimido en su genio, coartada su creación, sofocado su derecho a la gloria y a la felicidad, y entonces protesta, pero esa rebelión, en ocasiones, no es la que correctamente debiera darse. Muchos suelen adoptar la romántica opinión de descartar este presente burgués recordando nostálgicamente el pasado medieval o del renacimiento donde el artista encontraba en la clase dominante una clase más inteligente, generosa y comprensiva, como si la función del arte fuera aquella de complacer a la aristocracia de la época, y otorgando, en el fondo, idéntica función al presente al anhelar un pasado de causas parecidas a las actuales.

De ahí que el creador literario de nuestra sociedad no puede pensar en términos de ilusorias rebeliones contra un statu quo adverso por completo a sus creencias, y en último caso ajeno a su sensibilidad social y humana. *El creador literario debe estar plenamente consciente de la "forma" en que funciona la sociedad burguesa* puesto que la mejor manera de querer destruir algo es sabiendo cuál es el mecanismo de su funcionamiento y cuál la utilidad o el perjuicio que reporta dicho mecanismo. No basta, por ejemplo, sentirse idiotizado por un programa de televisión ni por un periodismo barato capaz de recurrir a los trucos más banales e insulsos con el objeto de manejar las corrientes de opinión. En

el fondo, si no se asume una postura abiertamente crítica contra las lacras de un mundo viciado, fácilmente se puede estar midiendo con una vara falsa.

El escritor, como individuo comprometido con su tiempo, no puede olvidar la dura realidad a que está siendo sometida la gran mayoría de ciudadanos. Es más: su actitud crítica es consustancial con la necesidad de crear un nuevo orden más justo. No se trata, por supuesto, de hacer de la crítica y de su rebelión un apostolado de mal gusto estético que se traduzca en una obra de dudosa validez. Más bien su "actitud consciente" y "rebelde" debe ser una especie de parte indivisible de su ser que no lo haga caer de la noche a la mañana en titubeos ni dar pasos en falso que fácilmente pueden convertirlo en un adscrito de lo que critica.

No se trata —reiteramos— de que su creación se *condicione* a las necesidades política inmediatas. No se trata de que él cumpla una labor de "estrategia política" para la cual se requiere de elementos que como creador auténtico no le corresponden. De lo que se trata es de formar una personalidad sólida y creativa que resista los vaivenes de los ofrecimientos y dádivas de la burguesía. Puede que en alguna oportunidad se vea obligado a renunciar a algunos medios que alarguen su finalidad última como escritor, pero sin que aquello le haga perder de vista el fin primordial como hombre: su firme convicción en un futuro distinto con un hombre nuevo y más humano.

Someter la labor creativa a las órdenes irrestrictas de los fines políticos sería contradecir todo lo expresado hasta ahora, e incluso afirmar la validez de una literatura que como la del realismo socialista fue un fracaso histórico.

Si bien nos hemos referido a que la creación obedece, en última instancia, a esa "visión del mundo" que le imprime su autor al universo creado y donde, para la estricta valoración de la obra no interesa de manera primordial la biografía del creador —valoración eminentemente objetiva y de significación— no debemos olvidar que el medio en que el individuo se desenvuelve hará, de una u otra forma, que su visión del mundo tenga tales o cuales características. Porque resulta obvio que no ha de ser idéntica la visión del mundo de quienes se han desarrollado en sociedades diametralmente opuestas. Y esta referencia dice relación con los medios sociales en que cada individuo se desenvuelve, puesto que la creencia de una mejor sociedad no puede ser puesta en tela de discusión, ya que para ello no se necesita ser originario de una revolución, sino lisa y llanamente estar comprometido con el hombre de la época, mediatizado y subyugado.

Así, un escritor que toda su vida ha sido parte del sistema capitalista como individuo tendrá una visión crítica del mundo de acuerdo a los padrones reales y prácticos que le esté suministrando la sociedad a la que físicamente pertenece, pero a la cual detestará y querrá destruir por la convicción profunda de que la historia de la humanidad no puede tener un norte tan pobre y miserable como el que está conociendo, puesto que ello implicaría la negación de la dialéctica en cuanto cambio futuro e ineludible.

El escritor auténtico de esta sociedad, consecuentemente, ha de ser capaz de constatar el papel que la "cultura burguesa" desarrolla en todos los niveles de su desenvolvimiento. Debe constatar que el *consumismo* es el gran factor que incita el poder económico entre la masa asalariada y que es promovido desde la venta de un cigarrillo en un kiosco hasta la compra de un refrigerador en una importadora. Y ese afán de consumir por la utilidad que reporta, naturalmente es tra-

ducible en términos culturales, por cuanto los medios de penetración utilizados son los más corrientes y asequibles a la gran mayoría. La televisión, la radio y la prensa ocupan gran parte de su tiempo para ir *manejando* el gusto de sus consumidores y les entrega, solapada y subrepticamente en ocasiones, o abierta y desembozadamente en otras, lo que el capitalismo necesita sea vendible para su supervivencia.

De la misma manera es muy fácil que el propio individuo que hace de la creación su razón de existir sea arrollado por la marea incontenible del consumo si no tiene los pies bien puestos sobre la tierra.

Consideremos que muchas veces la prensa capitalista pesa excesivamente en la suerte del artista y aquella puede resaltar o hundirlo según la conveniencia. "Los periódicos pueden exaltar a un primer lugar a un artista mediocre y relegar al último a un artista altísimo."

La crítica periodística sabe de su real influencia y la utiliza arbitrariamente, muchas veces consagrando éxitos mundanos y de segundo orden teniendo siempre muy en cuenta el gusto de la clientela.

Toda esta heterogénea mezcla de factores que mueven una sociedad capitalista el creador literario debe captarlas en su basamento y descubrir que tras cada telenovela, por ejemplo, está la mano abierta del capital esperando la vuelta del dólar triplicado.

Este panorama que pudiera ser aparentemente exagerado se reafirma palpablemente a través de lo que se ha denominado pomposamente "cultura de masas" y que consideramos una especie de pseudocultura y un fenómeno paralelo a la penetración imperialista en América Latina.

Este fenómeno, que algunos han mal interpretado en términos positivos, tiene causas precisas y deriva de factores que un creador literario debe observar y analizar con cautela, ya que resulta fácil verse manipulado por la tendenciosa manera de manejar el mercado consumidor del lector.

Así, las causas generatrices de este proceso están en directa relación con la acumulación del capital por parte del imperialismo, por su constante avance tecnológico, por el surgimiento de un vasto mercado en que los círculos capitalistas ofrecen productos intrascendentes, de escasa o ninguna significación literaria, y que puedan servir al público como vehículos de evasión para consuelo de una vida monótona y sedentaria.

De este modo comienza una proliferación de obras carentes de valor artístico que el capitalismo, a través de sus editoriales, implementa como política afín al consumismo, ya en alza. Por supuesto que son análogos a este fenómeno una serie de factores políticos y económicos que, lamentablemente, escapan a nuestra materia, pero que en todo caso tratamos se puedan desprender del análisis cultural.

El periodismo, por ejemplo, cobra un auge inusitado al crearse un sinnúmero de diarios y revistas. Se utilizan equipos de sociólogos, sicólogos y expertos en publicidad, en estudios de mercado y preferencias colectivas con el objeto de fabricar productos uniformados, según las exigencias, o incitando incluso "necesidades ficticias." Nacen luego, la literatura de acción, de aventuras, sexo, violencia, para lectores a los cuales se pretende adormecer en el tedio cotidiano desajustándolos de "su realidad" e imbuyéndolos de narraciones románticas y sentimentaloides, de versiones abreviadas de obras clásicas surgidas como subproductos literarios para la radio y la televisión. Se implementa toda una política de do-

minación cultural, que va desde la creación abismante de revistas para la mente infantil donde se realzan el predominio ancestral del hombre blanco sobre el de color (Tarzán, por ejemplo), en las que se inculca la potencia individual como centro y motor social a través de fantásticos superhombres (Batman, Superman, etc.) que evocan antiguas imágenes Nietzscheanas, hasta una serie interminable de folletines de índole pornográfica y revistas para el hogar o para el realce de la masculinidad o el fetichismo femenino.

Gran parte de esta labor deleznable obedece al vocablo alemán "Kitach", que sugiere apelar a la pasividad y al desgano para evitar que los individuos piensen y actúen por "su propia cuenta."

La entrega de estos almibarados productos literarios carece de la más elemental creación genuina, propiedad ésta consustancial a la verdadera creación poética.

De pronto un gran sector de nuestro panorama literario se ve cubierto de esta avalancha pseudocultural y nos vemos sorprendidos por obras como los best-sellers, por ejemplo, que captan las simpatías de un grueso público. Pero, es necesario ver el agua bajo los puentes y percatarse que estas novelas de dudosa o nula calidad han sido *confeccionadas* por equipos de expertos sobre la base de anécdotas baratas que no tienen la más mínima relación con nuestro mundo largamente dependiente.

Es imprescindible luego, que un auténtico creador literario pueda apreciar esta "cultura" ligada a una nivelación comparativamente rastrera del gusto, a tácticas amenazadoras utilizadas para controlar nuestras opiniones, al aprovechamiento de una fascinación psicológica aborrecible, a la pereza mental a que se nos quiere someter con el objeto de

orientar nuestras vidas dentro de una sociedad en que se limita la libertad general e individual por ese grado de compulsión cultural que nos acosa día a día.

Por ello es más que conveniente tener claro que esta aparente libertad "democrática" de sociedades como la nuestra no es más que el obligado sometimiento a la dominación, ante la cual es necesario *rebelarse* con todas las armas que la literatura puede ofrecer.

¿Qué sucede o debería suceder —en cambio— en una sociedad socialista? ¿Qué posibilidades creativas se presentarían allí? ¿habría o no otro tipo de libertad para crear libre de presiones?

Tratándose de una sociedad distinta nos da la impresión que por su misma orientación los mecanismos de expresión son también mejores y más vastos, y aún cuando haya que referirse a esa sociedad en términos hipotéticos creemos que es posible tomar como referencia lo ocurrido en la revolución cubana y los problemas que tienen atingencia con el arte y, en especial, con la literatura.

Ya en 1961 en Cuba se debatía profusamente sobre el tema de la libertad creativa dentro de la revolución y de qué manera podía ésta expresarse.

En discurso de Fidel Castro a los intelectuales de su país reunidos en una convención en ese año éste planteaba el punto central del debate y respondía al temor de los artistas respecto a si la revolución iba a sofocarles o no el espíritu creador.

Una cuestión era evidente: no había problemas con la libertad formal. Pero, respecto a la libertad del contenido

el asunto tomaba variadas interpretaciones, ya que algunos escritores defendían la libertad absoluta e irrestricta respecto a este punto. Sin embargo, Castro estimaba que la preocupación tenía causas precisas al interior de cada escritor con dudas, puesto que para todo el mundo era conocido que la revolución defendía la libertad y que había traído una suma muy grande de libertades y que si algunos pensaban que se verían constreñidos en su creación esa preocupación no tenía razón de ser en lo general, pero quien se preocupaba por ello era aquel que no tenía seguridad respecto de sus convicciones revolucionarias, de su propio arte o quien desconfía de su propia capacidad para crear.

Creemos, sin embargo, que el quid del asunto va algo más allá de lo insinuado. Porque, es evidente que no todo individuo dentro de una revolución ha de ser necesariamente revolucionario en términos marxistas. Coexisten una serie de tendencias y posiciones dentro de ella que involucran una manera de pensar también distinta, aún cuando se estuviere de acuerdo en los cambios y en el sentido final de la revolución. La inquietud de esos intelectuales es plenamente válida y merecería toda la atención de una revolución.

Castro indicaba de hecho con los términos "dentro de la revolución, *todo*; contra la revolución, *nada*" (ver página 109 de este artículo), cuál era la actitud de la revolución frente a los intelectuales no marxistas. O sea, se aceptaba la libertad creativa de aquellos, pero dentro de la revolución, porque ésta tenía también sus derechos y su primer gran derecho era el "derecho a existir" y frente a esa razón de ser nadie podía oponerse. Por cuanto la revolución comprendía los intereses del pueblo, de la nación entera y nadie podía alegar con razón un derecho contra ella. Porque la revolución era un proceso histórico que no obedecía al capricho o la voluntad de ningún hombre en particular, sino a la necesidad y voluntad de un pueblo.

Ello no significaba que hubiera que asfixiar el arte o la cultura cuando precisamente una de las metas de la nueva sociedad es su más amplio y mejor desarrollo cultural para que pase a ser patrimonio de un pueblo postergado. Al igual que la aspiración de una vida mejor en lo material se aspira a una vida mejor en todos los órdenes espirituales permitiendo que el pueblo satisfaga todas sus necesidades culturales.

Se debía propiciar, entonces, las condiciones necesarias para que todos los bienes culturales lleguen al pueblo.

¿Significa eso sacrificar la creación, sacrificar el valor de ella? No. No quiero decir que haya sacrificios del valor de la creación, que el escritor deba postergar su calidad en "pos de." Lo que se quería decir era que había que luchar en todos los sentidos para que el creador produzca para el pueblo y que ese pueblo a su vez eleve su nivel cultural a fin de acercarse a sus creadores.

No se trataba tampoco de señalar una regla de carácter general, porque por su propia naturaleza hay obras que pueden ser mucho más asequibles al pueblo que otras. Luego, no se puede establecer en qué expresión artística el creador debe ir al pueblo y en qué ocasión el pueblo irá al artista. Debía sí, haber un esfuerzo para que el pueblo pudiera comprender cada vez más y mejor, y dicho principio no contradice las aspiraciones de ningún creador, sobre todo considerando que se está creando para sus contemporáneos.

Y he aquí un aspecto interesante de la creación literaria que reafirman los argumentos expresados. Porque se escribe para y por los contemporáneos. Se escribe en la hora presente, independientemente incluso de que sus contemporáneos hayan o no entendido la obra, porque creando para

ellos es como las obras han adquirido un valor histórico y universal. Y esto está en estrecha relación con lo que significa una revolución, esto es, un trabajo para y por los hombres de su tiempo, el margen de que los logros y beneficios favorezcan a las generaciones venideras para convertirse en un acontecimiento histórico. Y ello tampoco significa quitar a ninguna creación artística el mérito de aspirar a la eternidad.

LA ESCISION DEL SER POLITICO Y LITERARIO

Partiendo de una interesante discusión teórica entre el crítico y escritor cubano Oscar Collazos por una parte, y los novelistas Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa por la otra, trataremos de establecer pautas para analizar este problema de la separación entre ser político y literario, cuestión que por su importancia ha motivado arduas controversias en el seno de los intelectuales latinoamericanos.

1.- Posición de Oscar Collazos.- Para Collazos resulta absurda la postura de algunos narradores latinoamericanos en cuanto han intentado teorizar sobre la necesidad de establecer una dicotomía entre individuo-ser literario e individuo-ser político. Así, cuando se refiere a declaraciones del escritor peruano Mario Vargas Llosa: "La literatura no puede ser valorada por comparación con la realidad. Debe ser una realidad autónoma que existe por sí misma," (10) considera que representan una deplorable confusión que se traduce esencialmente en una peligrosa actitud de *mistificación*, sobre todo por la lógica influencia que un autor de tal prestigio ejerce en los creadores jóvenes que tienden a plantearse la literatura en términos absolutos de autonomía, a descubrir en el hecho creador "otra realidad", tiránica y arbitraria, no tan lejos de aquellos vanguardismos de cincuenta años atrás, verbigracia aquellas bizantinas discusiones de "ul-

traistas" y "creacionistas" que según Collazos han pasado a los anales del folclore cultural antes que a la reflexión crítica (Ver página 101 de este artículo en donde hacemos referencia a dichos movimientos y coincidentes con la opinión de Mariátegui le damos el valor que Collazos desconoce.)

Para Collazos resulta incoherente concebir la tarea del escritor como un hecho mistificado, como autonomía verbal o un mundo distinto en disputa con la realidad y "en competencia con Dios." Considera que no debe olvidarse que la importancia de la novela latinoamericana, dentro y fuera del continente, estriba precisamente en la comunión íntima de la realidad con el producto literario y, más aún: del reconocimiento que el lector halla de la realidad con el producto literario.

La literatura americana existe, no porque haya una exorcización de demonios intelectuales del escritor, sino porque se constata en las obras la imagen dispersa y monolítica de la realidad expresada desde planos diversos y con una variedad de procedimientos. Existe, no un punto de partida de los autores desde sus literaturas nacionales, sino que la trascendencia de la narrativa latinoamericana se debe a un hecho de identificación y estrecha correspondencia con la propia realidad latinoamericana. Así, cuando se habla del barroco en la novela, aparte de significar una escenografía, una geografía novelística, significa también una "recreación de la realidad", del contexto abordado. (Siglo de las luces, de Carpentier; Cien años de soledad, de García Marquez, etc.).

Collazos establece que la obsesión lingüística, la preocupación eminentemente estilística se agota en cuanto producción de otras realidades, de otras ficciones mayores, en la obra de Jorge Luis Borges, para luego producirse un período de involución sacando a la literatura de sus excesos y a la

mecánica de sus procedimientos. De ahí que para Collazos sean plenamente válidas y contundentes las palabras del crítico francés Roland Barthes:

"Lengua y estilo son fuerzas ciegas, la escritura es un acto de solidaridad histórica. Lengua y estilo son objetos; la escritura es una función: constituye la relación entre la creación y la sociedad, es el lenguaje literario transformado por su destino social, es la forma separada en su intención humana ligada también a las grandes crisis de la historia." (11).

Resulta prácticamente imposible el olvido de la realidad en una obra de arte, a menos que ésta se transforme en objetos parciales, escindidos de una totalidad imprescindible.

Agrega que toda realidad genera su propio lenguaje, determina sus estructuras. Señala cómo por ejemplo los discursos de Fidel Castro se traducen en una manera de decir, en un discurso literario, un ordenamiento y reiteración verbal, una modelación de la palabra en el plano del discurso político que a su vez podría ser la fuente de un tipo de literatura cubana dentro de la revolución.

Insistir en una creación o lenguaje autónomos conlleva el riesgo y peligro evidentes de agotamiento y parálisis de los mismos cuando sus distintas posibilidades se quiebran en la retórica.

Hace alusión a la validez de lo indicado por García Márquez: "...lo que pasa es que hay un raro destino en la realidad latinoamericana, inclusive en casos como el de las bananeras que son tan dolorosos, tan duros que tienden, de todas maneras, a convertirse en fantasmas..." (12).

A Collazos le cuesta creer que una novela excelente como "La ciudad y los perros", por ejemplo, sea tal por la invención de "otra realidad", de otro mundo incontestable.

Para él la tremenda importancia de la novela radica en la relación entre los signos verbales, la escritura, las estructuras narrativas y los momentos objetivados por la experiencia personal del autor. Es por ello que para Collazos existe una evidente contradicción entre lo que Vargas Llosa dice y lo que escribe, entre el novelista que responde auténticamente a un talento vertiginoso y real, y por otro lado, el teorizante seducido por corrientes de pensamiento europeas que no puede insertar ni apropiarse de ellas para incorporarlas a la realidad latinoamericana. Un intelectual que quiere probar ser como aquellos europeos, que puede acercarse a ellos y ser —de alguna manera— un tributario de sus exigencias.

Para Collazos el problema es el siguiente: el escritor *en cuanto intelectual* (individuo con ideas políticas, valores éticos, acumulación y reflejos culturales que pueden ser comunicables, susceptibles de circulación entre sus lectores y público), *en cuanto ser consciente de una problemática nacional y continental, y no en razón del resultado específico de su obra creadora*. De todos modos considera que existe el riesgo de que en un momento dado estas ideas y valores repercutan en su obra, se inserten en ellas y se de una desarticulación arbitraria de la realidad, una mistificación de la misma por presiones de una formación intelectual divorciada de la realidad.

Lo anterior desemboca en el hecho que mientras la literatura va registrando notables variaciones y se agudiza la cautela literaria, no ha ocurrido igual cosa en lo ideológico. Por lo mismo a partir de la revolución cubana hubo un vuelco violento de los intelectuales hacia el único país que ofrece una posibilidad real de afirmación cultural en permanente desafío ante las formas más refinadas de neocolonialismo cultural. De igual manera por el hecho que muchos intelectuales han seguido sustentando sus viejos esquemas o han

concebido en abstracto a la revolución se haya visto en su tránsito el paso de desertores o de viejos incondicionales regresando a la comodidad de su liberalismo.

Si se siguiera los postulados de Vargas Llosa —afirma Collazos— se estaría sustentando el predominio de las ideas sobre la realidad. Se abriría el cauce al mito de la glorificación del artista en estado de soberbia intelectual que pretende una categoría de clase social íntima, intocable e inabordable. Así, enemigo de una élite oligárquica en el Estado burgués se pretendería ser miembro de una élite intelectual dentro de la revolución, cuando ésta ha sido superior a sus concepciones y no ha podido insertarse ni en su drama ni en su heroicidad.

Por ello cree que lo señalado por el escritor uruguayo Mario Benedetti, inmerso dos años dentro de la revolución, es plenamente valedero. Benedetti dice que así como está convencido de que tarde o temprano el ritmo de la historia estará marcado por el socialismo, también intuye que habrá que inventar una nueva relación entre éste y el intelectual. Una relación que no podrá ser la propuesta por el Stalinismo, pero que tampoco podría ser la que proclaman muchos escritores de izquierda y que, sin embargo, conciben la revolución como un fenómeno agradable, virginal, confortable e incontaminado, al que no es necesario sacrificar nada.

Es imprescindible ahondar en la realidad y es por eso que incluso reprocha a algunos críticos el no entender ciertas obras en toda su magnitud. Nada más claro para él que la novelística de García Márquez, especialmente en "Cien años de Soledad", donde más allá del deslumbramiento de las levitaciones, de la imaginería fálica, etc., trasunta un hecho esencial: el descubrimiento de todo un aparato social, desentraña toda una realidad que, incluso en sus momentos más inverosímiles retrata el contexto colombiano y latinoamericano en su expresión más cabal.

De ahí que las propias expresiones de García Márquez no pueden ser más acertadas para Collazos cuando dice: "Yo preo que particularmente en "Cien Años de Soledad" soy un escritor espantosamente realista, porque creo que en América Latina todo es posible, todo es real...Yo creo que tenemos que trabajar en investigaciones del lenguaje y formas técnicas del relato, a fin de que toda esta fantástica realidad latinoamericana forme parte de nuestros libros..." (13).

Conclusiones: Collazos estima que no es a un desarrollo intelectual al que nos debemos, sino a una razón socio-cultural que de ninguna manera es la razón determinada por fenómenos extraliterarios, como podría ser el "boom", por ejemplo.

Latinoamérica se debe a un *momento sociocultural y político* que el refinamiento de algunos escritores volcados hacia Europa quiere desvirtuar. Cree que en algunos escritores actitudes intelectuales y obras coinciden perfectamente. En otros aparece contradictoriamente. (Vargas Llosa).

Los esquemas liberales del escritor en plan perenne de subversión seguramente son válidos ante un mundo en descomposición. Pero trasladada dicha subversión al tipo de sociedad distinta que constituye el socialismo, pierde su significación. Reducir al escritor al triste papel de policía en la nueva sociedad le parece que tiene algo de vergonzoso e irrisorio. En una sociedad en vías de construcción (enfrentada a las amenazas de un enemigo real, a la vieja mentalidad liberal del orden anterior) el significado de las palabras se hace equívoco, los esquemas se destrozan, la buena fé y los actos sentimentales se resienten: se es escritor, pero también revolucionario. Se es intelectual, pero también político.

2.- Posición de Cortázar.- Recordemos que para Collazos existiría en el último tiempo un olvido imperdonable de la realidad por parte de los escritores latinoamericanos. Pero para Cortázar habría una evidente confusión en esos planteamientos.

De hecho —señala Cortázar— no hay ninguna realidad concebida en el vacío; el poema más abstracto o narración más delirante no tienen significación si no tienen una correlación objetiva con la realidad, sólo que esa realidad debe entenderse como la *vive y entiende* el creador de la obra, como algo que por muchos lados y dimensiones puede rebasar el contexto socio cultural sin que por eso se le de la espalda o lo menosprecie. Pero, hay que considerar que Collazos ha basado su concepción de la realidad a partir de su compromiso con la revolución y su lucha y lo que motiva al escritor a escribir. Y le parece a Cortázar también real que eso será un escollo insalvable todavía por mucho tiempo mientras no se alcance a tener una conciencia mucho más revolucionaria, de la que suelen tener los revolucionarios, del mecanismo intelectual y vivencial que desemboca en la creación literaria.

Cortázar se pregunta si Collazos al escribir un poema o un relato se ha observado lo suficiente y si no hay ningún desajuste esencial en su personalidad al momento de hacerlo, por cuanto lo que lo ha motivado —es de suponer— nace de un contexto global, de las preocupaciones ante la responsabilidad humana, de su condición de hombre de izquierda entregado a la lucha latinoamericana. Si ello ocurre le parece algo admirable —a Cortázar— que suceda. Pero, no por ello habría que desahuciar a otros escritores a quienes la tarea creativa no les resulta algo tan fácil y fluído y que, sin embargo, nadie podría tildar de reaccionarios por esa "incapacidad", sobre todo considerando que su tarea revolucionaria la cumplen a cabalidad.

No se podría hablar de divorcio de la realidad en aquellos escritores que buscan una sincera fusión más profunda con el verbo y todas sus correlaciones. Cree que no se anda lejos del realismo socialista cuando Collazos menciona que el es-

critor latinoamericano debe ir *a lo concreto*. Pero la forma de enfocar el problema por Collazos es de una perspectiva crítica y no creadora, y aquí Cortázar considera que existe un lamentable equívoco de análisis, por cuanto el papel como crítico del escritor varía fundamentalmente según se esté inmerso en una sociedad burguesa —de la cual el buen escritor es invariablemente opositor— al de una sociedad revolucionaria —dentro de la cual el escritor ha de situarse constructivamente, criticando para “edificar” y no para “echar abajo.” Este papel crítico *no debe confundirse con el “hecho creador en sí”*, aún cuando pudiera darse simultáneamente crítica y creación en momentos determinados. En la revolución la integración del escritor revolucionario supone una actitud positiva, tanto en el plano de la responsabilidad como en la crítica, puesto que la revolución ya ha sido puesta en marcha y se trata de perfeccionarla y defenderla; de ahí que todo “olvido” del contexto socio cultural resulte inadmisibles. Pero y aquí está la fundamental distinción con el análisis de Collazos— un escritor, cuentista o novelista, *no lo es por crítico, sino por creador*. Sin ir más lejos, si comparte su crítica con el político, el dirigente, etc., si comparte esa capacidad crítica, la función creadora, en cambio, en el plano narrativo es *propia y privativa*, y eso es lo que lo hace un novelista o un cuentista.

No es que “olvide” la realidad, sino por el contrario: se trata de una selección, de una elección de terrenos donde narrar sea como hacer el amor para que el goce cree a la vida, y también de invención a partir del “contexto socio-cultural”, invención que nace como nacieron los animales fabulosos, de la facultad de crear nuevas relaciones entre elementos disociados de lo cotidiano dentro de aquel contexto.

La conclusión de Cortázar radica que en definitiva lo que cuenta es la responsabilidad personal del escritor, el que sea o no un escapista de su tiempo y su circunstancia. Pero debe

considerarse que sólo la aprehensión profunda de la conducta y de la obra de un escritor pueden mostrar si “su más vergiginoso alejamiento de la realidad” es una consecuencia necesaria y fatal de su “auténtica visión del mundo”, o si se trata, en última instancia, de un recurso habilidoso para dar la espalda a los compromisos de la hora y abandonar comodamente a los políticos e historiadores, lo que también debería ser cosa suya, tarea y responsabilidad del escritor.

Un buen crítico, un buen lector, no tardan en intuir quienes son escapistas, y quiénes por razones de nivel de creación o de temperamento, de evolución en su búsqueda y experiencia, escriben libros que sólo parecerán escapistas a quienes sean incapaces, por falencia cultural o sectarismo ideológico, de medir su verdadero sentido y alcance. Por lo mismo ningún creador auténtico reprochará a sus lectores y críticos que tardan en aprehender el sentido de su obra; tal vez, si sería justo que aquellos no se apresuraren a tildar de escapistas a obras que no entran de lleno a su entera comprensión.

3.- Posición de Vargas Llosa.- Considera que quien asume la vocación de la literatura se ve sujeto a una dualidad o duplicidad, porque el acto de creación se nutre simultáneamente en diversos grados de las dos fases del escritor: la racional y la irracional, las convicciones y las obsesiones, su vida consciente e inconsciente. Cree que aún en los escritores *más intelectuales* en que el control racional se ejerce rigurosamente sobre la obra, ésta asimila siempre materiales que proceden de esa “faz oscura” de la personalidad, y a menudo prevalecen sobre los estrictamente racionales. Esos elementos inconscientes, “los demonios” de un escritor, (Goethe) son los que dominan casi siempre los *temas* de una obra. En cambio en el dominio específico de la forma —lenguaje, estructura, etc.— el factor intelectual es el preponderante.

Para Vargas Llosa la única forma en que se podría eliminar el antagonismo entre obra y autor sería suprimiendo toda espontaneidad en la creación literaria, reduciendo el trabajo literario a una operación estrictamente racional en la que alguien —el guardián de los valores ideológicos o morales: el Estado o la Iglesia— determinara, por normas o regulaciones, los temas y su tratamiento. Eso se trató ya en la Inquisición y en el Realismo Socialista y el resultado fue la literatura edificante, supervigilada por los curas, y la militante, regulada por los burócratas, en lo que en definitiva casi significó la banalización y casi extinción de la literatura.

Como conclusión se puede decir que Vargas Llosa con esta posición pretende desvirtuar aquel *olvido* de la realidad increpada por Collazos, por cuanto no existiría tal olvido en la medida que el escritor no es responsable de sus temas en una obra, porque no los elige libre y espontáneamente. Aquella elección, en definitiva, procedería de aquellos elementos “inconscientes” que gobiernan la voluntad del escritor.

Conclusiones que podríamos desprender de cada una de las argumentaciones esgrimidas por los autores antes individualizados:

a) De lo expuesto por Collazos, tendríamos:

- 1.- La existencia de una peligrosa actitud de mistificación en la literatura latinoamericana, de exageración por parte de algunos autores en la autonomía verbal.
- 2.- La literatura latinoamericana debe tener “estrecha correspondencia” con la realidad.
- 3.- Problema central: escritor en cuanto intelectual (conformado por ideas políticas, valores éticos, etc), en

cuanto ser consciente de una problemática nacional y continental, y no por el resultado de su obra creadora.

- 4.- América Latina, en su conjunto, se debe a una razón socio cultural, y no a fenómenos puramente literarios.
- 5.- Los esquemas liberales en una sociedad socialista no tienen significado alguno.

b) De lo expuesto por Cortázar, se desprenden:

- 1.- Que no hay realidad concebida en el vacío: hasta el poema más delirante tiene una correspondencia con la realidad, sólo que ella debe entenderse como la ve y vive el autor.
- 2.- No hay divorcio de la realidad por parte de quienes buscan una mayor y más rica fusión con el verbo.
- 3.- El enfoque real del problema estaría mal hecho: Collazos lo enfrenta “críticamente”, y no *creadoramente* y es obvio que aquí el crítico varía:
 - a) Si pertenece a una sociedad capitalista donde hay que “echar abajo”.
 - b) O si pertenece a una sociedad socialista, donde hay que “edificar”.
- 4.- Pero, el papel es distinto —el del crítico— *al hecho creador en sí* que determina propia y privativamente que un escritor sea tal.
- 5.- No hay olvido de la realidad, sino “elección de terrenos donde narrar.”

6.- En definitiva, un buen lector o un buen crítico *saben* quien utiliza el verbo para ser escapista de su tiempo o si de verdad busca una nueva forma de lenguaje.

c) De lo expresado por Vargas Llosa, tenemos:

- 1.- Que el escritor al asumir la vocación literaria queda sujeto a dos fases de su personalidad: la racional y la irracional.
- 2.- La mayoría de las veces *no es responsable* de sus temas, pero sí lo sería de la forma en que ellos se expresan.
- 3.- La manera más fácil de suprimir el antagonismo obra-escritor sería suprimiendo la espontaneidad literaria (Inquisición, Realismo Socialista).

4.- Nuestra posición —o la literatura enfocada como rebelión.— Hay elementos válidos y dignos de ser considerados en la tres posiciones analizadas. Creemos, sin embargo, que el problema de la “escisión política y literaria” es una cuestión, si se quiere, secundaria, desde el punto de vista de la obra del escritor, puesto que en definitiva ella es la que sirve de *enlace* entre éste y el público que la hace suya.

Ya veíamos que la obra literaria otorga la visión del mundo de su creador y siendo así, estando aquélla implícita dentro de su creación, resulta un tanto aventurado pedir que se traduzcan en ella posiciones explícitas, que hayan enfoques directos de la realidad, o cualquier otro aspecto que revele en términos equívocos un compromiso de índole político.

Bien lo dice Cortázar cuando indica que no se es escritor por crítico, sino por creador y creemos que aquí reside uno

de los aspectos primordiales de la polémica. Porque, *distinto es que como hombre, inserto en un contexto latinoamericano convulsionado se tome una actitud de compromiso con las mayorías postergadas, a que ese compromiso se traduzca de una manera obligadamente explicativa en las obras literarias por parte del individuo creador.*

Claro que para nosotros hay un hecho, o una forma de enfocar el problema que creemos distinta: concluyamos que es lícita la escisión literaria en el entendido que una cosa es “objetividad de la obra” y otra diferente “individuo parte de la sociedad latinoamericana.” Pero, es evidente que so pretexto de aquello el escritor auténtico pueda evadirse en términos absolutos de la realidad que vive. De hecho, nadie puede escapar a “su realidad”, aunque a veces crea que pudiera hacerlo.

El asunto primordial —nos parece— está en si el escritor escribe o no —como lo indicaba Fidel Castro oportunamente— para sus contemporáneos. Y más aún: *‘si esa escritura presente conlleva o no una suerte de rebelión contra el formalismo decadente de la sociedad burguesa, o si, de igual manera, se sigue o no rebelando contra las contradicciones todavía latentes en la sociedad socialista.*

Creemos que la rebelión del escritor en ese sentido es permanente, al margen de que las orientaciones políticas de las sociedades sean distintas en su esencialidad. Porque esa “visión del mundo” que la obra traduce debe tener “algo” que represente su función social, ya que la literatura no puede constituir un mero entretenimiento o conformismo, sino evidenciar las contradicciones inherentes de la sociedad.

Y resulta también evidente que una sociedad socialista *no puede eliminar de raíz las contradicciones del ser humano*, puesto que si bien se estructura sobre bases infinitamen-

te más justas en lo social y económico, no desaparecen, ni con mucho, de la noche a la mañana los conflictos del hombre. De ahí que la literatura como obra que pretende "crear" debe rebelarse ante un mundo en conflicto, y así como en la sociedad capitalista su rebelión ha de estar inserta a través de "la asimilación" que el escritor haga de su realidad y la proyecte, en la nueva sociedad debe mantener esa rebeldía natural que no lo encasille ni restrinja a moldes obligados.

Porque, en definitiva, la misma *nueva sociedad es un acto primordialmente creativo*, es una rebeldía contra las formas de dominación social, contra la postración, la miseria e ignorancia, y una revolución a riesgo de implantar una moral ficticia, no puede ni debe conculcar el derecho a la libre expresión artística.

Además, si bien es cierto que muchas veces —siguiendo el planteamiento de Mario Vargas Llosa— el escritor no es responsable plenamente de sus temas, indudablemente que en ello se involucra el terreno social en que el individuo se ha desenvuelto, y obviamente que una sociedad capitalista ha de restringir en mayor medida el libre desarrollo de los hombres, insertando en las personalidades una serie de tabúes, de complejos, de fantasmas —como los llama Ernesto Sábato—, que tal vez, no tengan porque repetirse en el socialismo, al menos en términos similares.

Pero aún así, creemos que el escritor *si es responsable* de los temas que aborda en la medida que está escribiendo para quienes y por quienes lo rodean, al margen de situaciones o giros inesperados que la obra pudiera generar.

Quizás, si fuera útil consignar que la rebelión que debiera traducir la obra literaria no es algo meramente "contenidista", en la medida que la elección de "nuevos contenidos" está gestando también nuevas formas de lenguaje, y esa fu-

sión es lo que estructura el valor artístico de una obra literaria, aspecto que debe ser muy bien considerado por un creador auténtico, puesto que si la rebelión es formal, formal será su creación literaria y ello, en modo alguno, estaría reflejando la real y necesaria confluencia que debe implicar una labor creativa.

Pero, —insistimos— *la rebelión no es parcial*. No puede ser sólo de contenidos, porque ello llevaría a literaturas encasilladas. Sería como volver a las antiguas discusiones sobre la literatura: si debería ser rural o urbana.

Nada mejor —como dice Cortázar— que se escriban buenas obras inmersas en el contexto socio cultural y político de América Latina y que sean profusamente leídas y ayuden a incrementar la conciencia revolucionaria latinoamericana, pero no por ello se puede descartar que algunos novelistas o creadores honestos intenten otras fusiones con el lenguaje, que busquen formas un tanto más avanzadas y que en el fondo reflejan la "búsqueda" del escritor luego de batallar toda una vida contra el lenguaje.

En definitiva, una literatura eficaz entraña la aprehensión de la realidad, pero no de una realidad particular, por cuanto la realidad implica la consideración del hombre en su conjunto, en su totalidad, en su sentido integrador profundo. La realidad "soy yo y setecientos millones de chinos, un dentista peruano y toda la población latinoamericana." (14)

En resumen, la realidad es el hombre y todos los hombres, y una literatura auténtica se rebela, no contra el hombre como posibilidad "de ser", sino contra el hombre que "no deja de ser".

- (1) "Literatura y Revolución". Casa de las Américas. Num. 68.
- (2) "Literatura y Sociedad". Edmundo Wilson. Edit. Sur. B. Aires. Pag. 139.
- (3) Idem. pag. 140.
- (4) Idem. pag. 140.
- (5) Cita en "Estética y Marxismo". Sánchez Vásquez. Ed. Era. 1976, México, Pag. 55.
- (6) Op. Cit., Pag. 63.
- (7) Idem. Pag. 226.
- (8) Idem. Pag. 284 Vol. 2.
- (9) Idem. Pag. 138.
- (10) "Literatura en la Revolución y Revolución en la Literatura". Oscar Collazos, M. Vargas Llosa, Julio Cortázar. Ed. Siglo XXI, 1977. Pag. 9.
- (11) Idem. Pag. 16.
- (12) Idem. Pag. 19.
- (13) Idem. Pag. 28.
- (14) Idem. Pag. 65.

María Augusta Vintimilla

CITAS

- (1) "Literatura y Revolución". Casa de las Américas, Moscú, 68.
- (2) "Literatura y Sociedad", Edmundo Vilhoj, Edil. Sur, B. Aires, Pág. 184.
- (3) Ídem. pag. 144.
- (4) Ídem. pag. 116.
- (5) Citas en "Crítica y Marxismo", Sánchez Vazquez, Ed. Era, 1976, México, Pag. 53.
- (6) Ídem. pag. 82.
- (7) Ídem. pag. 224.
- (8) Ídem. pag. 285 Vol. 2.
- (9) Ídem. pag. 129.

NOTAS PARA LA DEFINICIÓN DE UN PROBLEMA TEÓRICO

- (1) Ídem. pag. 16.
- (2) María Augusta Vintimilla, pag. 19.
- (3) Ídem. pag. 28.
- (4) Ídem. pag. 35.

I

INTRODUCCION:

"Un espejismo inútil, muy fácil de rebatir hemos creado al afirmar que el Ecuador, como república independiente, nació por la fuerza de un imperativo histórico indeclinable. Ni de un imperativo geográfico. Menos aún de un imperativo económico. Todos estos imperativos debieron conducir a la integración de estos Estados Desunidos de la América del Sur. Pero....."

***Benjamín Carrión
(Cartas al Ecuador)***

En el siglo XIX, la independencia de las antiguas colonias españolas trajo al mundo un sinnúmero de nuevos estados territoriales republicanos pero dejó para una mejor oportunidad la posibilidad de constituir una nación latinoamericana con un sustento histórico, económico y cultural común.

En las primeras décadas de nuestra vida republicana independiente nuestro país fue —o quiso ser— alternativamente, el departamento del Sur del sueño bolivariano, la República del Ecuador, las provincias del Sur de Colombia y del Norte del Perú, la confederación de los departamentos de Guayaquil, Quito y Cuenca, las repúblicas independientes de Guayaquil, Quito, Cuenca y Loja, un protectorado francés. . . y

otra vez la república del Ecuador. Tal pareciera que los próceres de la independencia, herederos de la colonia y flamantes padres de la República, se encontraron repentinamente con un pedazo de América entre las manos y, sorprendidos, no atinaban con un destino propicio para estas tierras.

Necesitados de un principio unificador que se constituyera en nuestra 'razón' de ser, se inicia una búsqueda de las raíces que puedan afianzarnos en el tiempo y en el espacio. Pero cada clase y cada fracción de clase revuelve el pasado a su manera tratando de encontrar su historia, tratando de construir los símbolos y los mitos que aseguren su especial modo de estar en el mundo.

No nacimos a la vida republicana como Estado-nación, pero las fuerzas que emergen de la colonia como dominantes necesitan demarcar los límites espaciales de su dominación, al tiempo que cada una intenta articular a las otras en torno a su proyecto histórico para garantizar su reproducción como clase. Por ello están buscando las condiciones que les permitan constituirse en dirigentes; y están buscando la titularidad de la representación política en el Estado.

Constituir un espacio económico nacional, organizar lo político bajo la forma estatal y cohesionar la sociedad civil bajo la función dirigente de una clase: esas son las tareas que se les imponen a las nuevas y viejas clases que en ese momento están en capacidad de cumplirlas. El mercado nacional y la cultura nacional son las condiciones iniciales sin las cuales no es posible levantar un Estado Nacional.

Pero las clases proponen y las condiciones históricas disponen. La vieja filiación colonial y la nueva dependencia del capitalismo mundial son los obstáculos que se interponen en el camino escarpado que deben recorrer las clases forjadoras de la nueva nación.

Dar al territorio una forma estatal y dar al Estado una forma nacional: es aquí donde los proyectos de la clase cobran sus formas específicas en propuestas de carácter nacional.

Mas que un "ser" nacional —que por lo demás, no existe— en ese momento está en cuestión el deber ser de nuestra nacionalidad. Y entonces la geografía, la historia —o, mejor, una historia—, el idioma, la raza, la religión, son la materia prima a ser elaborada de acuerdo con los intereses y la ideología de cada fracción de clase, para ser sistematizadas y entregadas bajo la forma orgánica de "nuestra cultura", de nuestra cultura nacional.

He ahí el origen de algunos de los que Benjamín Carrión llamaba "caramelos literarios" que nos han obligado a trazar hasta enfermarnos o acostumbrarnos a ellos.

"En lo político, amamos la democracia porque vivimos la perfección absoluta del sistema... es mala palabra reclamar libertades políticas que tenemos, francamente, en demasía".

"En lo social, no existen problemas. Tratar de crearlos es demagogia, falta de patriotismo. ¿Qué hay pobreza, que el hombre consume a importantes sectores de la sociedad?. Exageraciones. Ganas de desacreditar al país en el exterior. . . ¿Qué dirían de nosotros afuera si andamos gritando que aquí hay indios y pobres? No, no los hay. ¡Qué va a haber, hombre! Lo que aquí hay son unas iglesias bellísimas hechas por unos indios hace trescientos años y unos señores que poseen el secreto exclusivo de los tesoros en ellas contenidos. "lo que aquí hay es el Chimborazo, la Laguna de San Pablo. . ."

"En lo cultural, hemos llegado a la perfección. Todos los días como una hermosa oración mañanera debe-

mos recitar: somos la patria de Olmedo, de Espejo, de Montalvo, de González Suárez. Desde hace poco somos también la patria de Crespo Toral. Y los demás, no importa. Tampoco hay que ser exigentes”.

La verdad es que nos han acostumbrado a creernos la cenicienta del cuento que sólo espera el beso del príncipe encantado para emerger perfecta e inmaculada ante el asombro del mundo que se había negado a reconocernos oculta bajo nuestros harapos.

Pero el cuento está tan cuidadosamente fabricado, nos lo han repetido tantas veces desde la escuela hasta las bellas frases de la retórica oficial que si, por casualidad, se nos ocurre mirarnos en el espejo y nos descubrimos más bien como el patito feo, y nos reconocemos feos de todas partes, hijos de un pueblo roto y humillado, descalzo y analfabeto, un atávico terror nos impide reclamarle a nadie. El pasado glorioso está allí intacto para callarle la boca al traidor, para demostrarnos que fuimos esos “ángeles sin necesidades bajamente materiales, que fuimos ricos buenos mozos y bien vestidos” según la expresión del mismo Carrión. Si hoy la patria de González Suárez y de Olmedo, de Remigio Crespo y del cura Solano no aparece en el espejo precisamente como el príncipe azul, a nadie debemos endilgarle la culpa. Las masas analfabetas y subculturizadas nada tienen que objetarle a las clases dirigentes. Y nada tiene que ver aquí la dependencia del imperialismo. El subdesarrollo económico y cultural se debe a que no hemos sabido cumplir con nuestra función de vestales y guardar encendido el fuego sagrado.

Pero los procesos que en las últimas décadas han encendido otros fuegos en la América Latina nos están enseñando a ahorrarnos muchos disimulos. Es hora de desvelar los viejos y siempre renovados mitos que son los que permiten a los dueños del castillo seguir gobernando disfrazados de fan-

tasmas. Asumir nuestra propia condición, aún si no lucimos de lo mejor, es el primer paso para salir de ella.

De ahí la importancia de entender las formas de la dominación, entre las cuales no es la menos importante la ejercida a través de la cultura; de eso que llamamos, con algo de fatuidad, nuestra cultura nacional.

Ubicar el Estado, y más específicamente la sociedad civil como el espacio donde se configura el sentido y la función de la cultura nacional es una de las claves teóricas que nos permiten instalar el problema de la cultura en sus verdaderas dimensiones históricas, escapando de las trampas meramente “culturalistas” o “esencialistas” del problema.

En el curso de nuestra investigación —y de este intento dan cuenta las notas que siguen a continuación— no buscaremos definir a la cultura por lo que le es intrínseco sino de lo que se trata es de ubicar el “lugar” que la producción cultural ocupa en el conjunto de la producción social y de la función que ella cumple en el desarrollo histórico.

De otra manera, son las relaciones que un campo específico de la producción social —la producción cultural— mantiene en el conjunto de las prácticas sociales las que en cada momento histórico determinan lo que ha de entenderse como cultura.

Antes que una teoría general de la cultura —porque la cultura en general no existe— intentaremos un análisis de esas relaciones que la determinan y le confieren su sentido, a partir de las siguientes líneas de preocupación teórica:

- 1.- La constitución del Estado nacional como forma de legitimidad de la dominación burguesa a partir de la identificación entre Estado y Nación, tomando en cuenta la

radical especificidad que estos procesos tienen en el Ecuador y en todos los países de capitalismo dependiente.

- 2.- La función dirigente de una clase en la sociedad civil que se expresa como hegemónica en el Estado.
- 3.- La función cultural como organizadora de la cohesión de la sociedad civil, tomando en cuenta que la sociedad civil es el lugar en donde se construye —y no sólo donde se manifiesta— la hegemonía de una clase.
- 4.- La función organizativa de la coherencia interna y externa de las clases a cargo de la normatividad que ejercen las formas culturales, los aparatos de la cultura y sus funcionarios.

Lo que sigue a continuación es un intento de esbozar un planteamiento teórico y metodológico que sirva de base para un proyecto de investigación en torno a la constitución de una cultura nacional en el Ecuador.

UNO: LAS CONSIDERACIONES TEORICAS.

La preocupación de carácter más general que guía esta investigación es el estudio de la constitución de una clase hegemónica a nivel nacional, vista esta constitución en el campo de una práctica social específica: la de la cultura.

Expuesto el problema desde otro ángulo —sin desviarnos del centro de atención planteado sino más bien en términos de precisarlo— diremos que lo que se pretende determinar son los proyectos culturales que las fuerzas sociales fundamentales (en el sentido gramsciano: como los grupos sociales que históricamente se encuentran en posibilidad de asu-

mir el poder y la dirección de las otras clases) formulan y los presentan como la “cultura nacional”, es decir como representativos de la sociedad en su conjunto.

Esta formulación que todavía se sitúa en un nivel demasiado abstracto, requiere de algunas precisiones fundamentales que delimiten el campo teórico y conceptual en el que vamos a movernos.

1.- LA PREGUNTA POR LA ‘CULTURA’.

“Qué es cultura?” Formular el problema en estos términos supone pensar la existencia de un objeto susceptible de universalización abstracta, cuya esencia es invariable e idéntica a sí mismo, que remite a un campo claramente precisable de la realidad y cuyas únicas diferencias históricas están dadas por un mayor —o menor— grado de desarrollo histórico. Significa, en suma, una pregunta esencialista, metafísica, por el “ser” de la cultura.

Pero no existe la “cultura” en general; lo que existe son prácticas concretas, determinadas históricamente, que en cada momento se inscriben en campos específicos, estableciendo relaciones de diversa índole en el interior de las prácticas sociales.

No intentaremos aquí esbozar una teoría general sobre la cultura ni enumerar un conjunto de fenómenos que conformarían descriptivamente un universo cultural. Y ésto porque la noción de ‘cultura’ nos remite a un abigarrado campo de la realidad cuyos componentes pertenecen a instancias diferentes de la producción social, y no a un concepto teórico cuyo objeto sea susceptible de ser analizado desde una teoría específica.

Si bien no nos detendremos en un análisis que ponga en cuestión la cientificidad de las disciplinas que definen precisamente a la cultura como su objeto de estudio —nos referimos a la historia de la cultura y a la antropología cultural— preferiremos simplemente señalar aquellas determinaciones que intervienen en la producción cultural y que, al mismo tiempo, consideramos pertinentes para nuestro análisis.

La primera de ellas, insinuada ya de algún modo, supone entender el campo de lo que se conoce como cultura a partir de un deslinde inicial: se trata ante todo de un campo marcado por una producción social. Abandonamos la idea de la cultura como un recinto de objetos 'creados' cuyos límites se encuentran delineados de antemano, y cuya historia es la objetivación y el desarrollo progresivo de una esencia humana —o nacional, si se quiere restringir los términos del problema— existente desde siempre. Producción social; entonces no individual sino colectiva y no autónoma sino inmersa en una red de relaciones que la determinan con respecto al conjunto de las prácticas sociales y que, como ellas, mantiene una relación más o menos mediata con los intereses de las clases.

Esta precisión supone así mismo descartar la teoría del "reflejo", al menos en su formulación mecanicista, cuyo esquema se reduce a explicar el "modo" como una instancia de la sociedad, —en este caso la de la cultura— "refleja" a la sociedad en su conjunto. En este esquema aparece el producto —es decir la cultura— y el referente —es decir la sociedad—, pero queda excluido el acto mismo de "reflejar", esto es, el proceso de producción de la cultura: sus condiciones sociales de producción, su especificidad y su funcionalidad en la estructura social a partir de la cual es producida y desde donde adquiere sentido y significación.

No se trata entonces de definir una formación social determinada para, a partir de esta determinación, encontrar 'cómo' las prácticas culturales la representan desde una supuesta exterioridad. De lo que se trata es de precisar de qué manera la cultura, entendida como producción, contribuye a definir esa formación social desde su interior mismo, como un dato más de lo real. Y, ya en el campo específico de nuestro problema, las maneras en que la constitución histórica concreta de una cultura configuran, a su manera, un proceso histórico nacional específico. Porque se trata también de no convertir una de las instancias del análisis de un proceso histórico en un elemento tal que permita la supresión de todas las demás.

En una versión un tanto libre de un juicio de Gramsci sobre el trabajo intelectual, diríamos que el criterio definitorio de la producción cultural no puede caracterizarse por lo que le es intrínseco, sino por el conjunto de relaciones que la producción que se define como cultural establece con la totalidad de la producción social.

Por ahora nos limitamos a señalar la dimensión productiva de la cultura, tomando en cuenta que, en todo caso, este primer deslinde es todavía provisional. Volveremos sobre este problema una vez que hayan sido establecidas aquellas relaciones.

2.- LA FUNCION HEGEMONICA DE LA CULTURA: ESTADO, HEGEMONIA Y CULTURA.

En el momento de la constitución de los Estados nacionales, "por el sólo hecho de ser una clase y ya no un estrato, la burguesía se ve obligada a organizarse en el plano nacional y no ya en el local, y a dar una forma universal a sus intereses comunes" (Marx: "La Ideología Alemana") y es este

proceso el que requiere, al tiempo que precisa y determina, la construcción de una cultura nacional como condición y como producto de su constitución en clase hegemónica con un proyecto nacional.

Este proceso configura tanto el Estado cuanto la sociedad civil, puesto que la hegemonía implica no solamente la unificación política de las clases en el Estado sino también la producción de un sistema articulado de creencias y concepciones que se manifiestan y se difunden a través de una dimensión organizativa; en rigor, no existe hegemonía sin el desarrollo de instituciones —aparatos— que la hagan efectiva, es decir, sin una práctica de la lucha política y cultural estructurada materialmente y “ejercida a través de las organizaciones que suele considerarse privadas, como la iglesia, la escuela, los medios de comunicación, etc. (en donde) los intelectuales operan como eficacísimos instrumentos de la hegemonía”. (1).

La construcción de la hegemonía significa, siguiendo a Gramsci, un proceso que de ninguna manera se agota en la toma del aparato estatal por la clase en cuestión: es una actividad de transformación de lo clasista-corporativo, en político-estatal a través de la producción de un sentido colectivo para la acción.

“La supremacía de un grupo social se manifiesta como “dominio” y como “dirección intelectual y moral”. Un grupo social es dominante respecto de los grupos adversarios que tiende a “liquidar” o a someter (incluso con la fuerza armada A.G.) y es dirigente de los grupos afines o aliados. Un grupo social puede, y hasta tiene que ser dirigente ya an-

(1) Antonio Gramsci: “Antología”, Editorial Siglo XXI, México, 1977, p. 272.

tes de conquistar el poder gubernativo, y esta es una de las condiciones principales para la conquista del poder; luego, cuando ejerce el poder y se hace dominante tiene que seguir siendo también dirigente” (2).

Desde el punto de vista histórico, la construcción de la hegemonía permite especificar el tránsito de las clases corporativas —en términos gramscianos— que devienen en clases dominantes mediante su unificación en el Estado, proceso que se inicia en la sociedad civil.

Escenario de activas contradicciones, la sociedad civil es el lugar donde se construye —y no solo donde se manifiesta— la hegemonía. Conjunto de prácticas desarrolladas por las clases en la perspectiva de la dominación de los grupos adversarios y de la movilización de los aliados, la sociedad civil es también el lugar donde se articula, en cada coyuntura, la correlación de fuerzas que tendrá su plasmación objetiva en el Estado. “La unidad histórica de las clases dirigentes se produce en el Estado, y la historia de esas clases es esencialmente la historia de los Estados... La unidad histórica fundamental por su concreción es el resultado de las relaciones orgánicas entre el Estado o sociedad política y la sociedad civil” (3).

Precisamente, la forma de la hegemonía burguesa es la de la equivalencia entre lo estatal y lo nacional. Para desarrollar esta idea, partimos de una distinción que en principio nos parece válida:

(2) Gramsci: “El problema de la dirección política en la formación y el desarrollo de la nación y el Estado moderno en Italia”, de los cuadernos de la cárcel en “Antología”, op. cit., pg. 485.

(3) Gramsci: “Apuntes sobre la historia de las clases subalternas” de los cuadernos de la cárcel, en “Antología”, op. cit., p. 491.

Un determinado nivel de la lucha de clases bajo el capitalismo puede ser emblemáticamente representada por el enfrentamiento entre dos principios de agregación: uno, dominante, nacional-estatal, otro, dominado, nacional-popular (4).

El primer polo del conflicto, a través de la identificación entre nación y estado define el principio por el cual la dominación burguesa adquiere legitimidad. El Estado aparece allí como la articulación de "lo nacional", como la materialidad histórica que permite la concreción y el desarrollo de la "esencia de la nación", y esta esencia se define como el sentido de la acumulación y la reproducción social. (El término acumulación ha de tomarse aquí no sólo en su acepción económica sino también en un sentido más amplio como acumulación de símbolos y tradiciones históricamente constituidas y que aparecen como pertenecientes "a todos").

Si la forma concreta de existencia del moderno Estado capitalista es su creciente divorcio de la sociedad civil —hasta el punto de prefigurar aquella boa constrictor que amenaza con devorarla— es decir, si la condición inicial de su funcionamiento es la separación de la sociedad civil y la sociedad política, la vinculación entre Estado y Nación permite que el Estado aparezca como algo más que la materialidad de los aparatos coercitivos destinados a ejecutar la ley. Sujeto organizador de la coherencia interna de los elementos de la nacionalidad y encargado de ejecutar hacia fuera la soberanía de la nación, el Estado se reconcilia con la sociedad. Del mismo modo, al convertirse el Estado en la "razón na-

(4) Véase Juan Carlos Portantiero, "lo nacional popular y las alternativas democráticas en América Latina": ponencia presentada al seminario sobre democracia y movimiento popular en América Latina realizado en Lima en 1980. Las ponencias están publicadas en un volumen titulado: "América Latina: Democracia y Movimiento Popular", Desco, Lima, 1981.

cional", aparece como supeditando los intereses particulares de las clases y los grupos a un principio de carácter general e intemporal: el interés nacional, cuya invocación hace aparecer a los intereses de las clases como "privados" y a las contradicciones de clase como inmediatas y coyunturales.

El Estado nación opera así, ideológicamente, como el espacio donde la sociedad fragmentada recupera su unidad. Y esto en un doble nivel: en el de la resolución de las contradicciones de clase en nombre de una totalidad superior, y en el de la reconciliación de la escisión entre Estado y sociedad civil, entre economía y política, y aún, entre 'gobierno' y 'pueblo'.

Esta visión del Estado hace posible la imagen ideológica de su deslingamiento de cualquier tipo de relación con la clase a la que efectivamente representa, y en ella el Estado aparece más bien como el ejecutor de una voluntad colectiva, 'nacional'.

Hegemonía nacional, conciencia nacional y cultura nacional, encuentran así su terreno común: puesto que para la constitución de una clase en hegemónica es necesario que ella desarrolle un conjunto de prácticas económicas, políticas y culturales para articular bajo su dirección a otros grupos sociales que, sacrificando parcialmente sus intereses, los traduzcan en corporativos y universales como producto de esa voluntad colectiva nacional.

Voluntad colectiva nacional, dirección intelectual y moral, sentido colectivo para la acción, hegemonía a través de las organizaciones que suelen considerarse privadas; nos vamos acercando así a una aproximación más precisa de lo que es 'cultura', o, más específicamente, de la función que las prácticas culturales cumplen en relación a la conformación

del Estado y a la constitución de las clases.

En las conceptualizaciones de Gramsci encontraremos que, efectivamente, la noción de cultura hace referencia a ese conjunto de concepciones del mundo, creencias y prácticas, y a los aparatos que las institucionalizan y las transforman en prescriptivas de modos de vida y de conducta civil individual y colectiva, sistematizados por una clase y explicitados orgánicamente por sus intelectuales orgánicos, y que constituyen los elementos a partir de los cuales esa clase construye su función dirigente —es decir hegemónica— sobre el conjunto de la sociedad, partiendo de su función rectora en la producción económica.

3.- LA FUNCION NACIONAL DE LA CULTURA

Así como el Estado de cada época histórica es el Estado de la clase económica y políticamente dominante de esa época, es decir, de la clase que asume la representación de la totalidad social, así mismo, cuando la burguesía asume la titularidad de la representación de la sociedad en su conjunto, la expresa en una cultura determinada que aparece en ese momento, como 'la' cultura de la sociedad, como la cultura nacional.

Del mismo modo como la burguesía aprende su nacionalismo —en términos de Stalin— en la necesidad de un mercado nacional, por ser éste el problema fundamental de la joven burguesía, así mismo requiere de una cultura nacional que exprese, al tiempo que consolide su hegemonía de clase en otras esferas de la sociedad.

La relación que establecemos entre la conformación de un mercado nacional en términos económicos y la necesidad de un "mercado cultural" de carácter nacional no es un uso

puramente metafórico. El capitalismo convierte toda la producción en mercancía, incluida la producción cultural y la somete al "libre" juego del mercado. Una de las condiciones para la eficacia de la función articuladora de la cultura nacional reside principalmente en desligarla de su carácter de clase y presentarla como relacionándose directamente con "todos" los miembros de la nación. Y a esta ilusión no escapan los propios intelectuales orgánicos: "Por medios largamente afinados, el aparato capitalista de la industria ideológica escamotea su verdadero ser a los ojos del productor de pensamiento y le hace pensar que se relaciona directamente con su público".

No es por un azar que todos los nacionalismos idealicen románticamente las formas de vida y de la cultura campesina, aún cuando sólo sea en el plano de la retórica oficial. Está allí presente una concepción esencialista de la cultura que obedece a la necesidad de fabricarle un pasado a la nacionalidad, para desligarla de su necesidad histórica de constitución en Estado nación y presentarla como natural, pre existente y necesaria. Lo que menos se destaca en el desarrollo de la ideología es la delimitación de sus fases y de las "suturas históricas" que se operan en toda historia de las ideas. "A raíz de los lazos de unión que existen entre la cultura espiritual capitalista moderna y las formaciones sociales que la precedieron se origina una plena y monolítica continuidad de la cultura nacional, que a primera vista no revela vínculo alguno con el período de la economía capitalista y del dominio de la burguesía" (5).

El planteamiento del problema de la cultura nacional en estos términos, —ésto es de la cultura como producción social y como práctica de clase ligada a la construcción de la hege-

(5) Rosa Luxemburg: "La Cuestión Nacional y la Autonomía", Pasa-do y Presente, México, 1979, p. 133.

monía— nos lleva a un cuestionamiento de la categoría abstracta de “cultura” y más específicamente, de la cultura nacional, en las implicaciones ideológicas que aquellos términos encierran.

La primera de ellas: el aceptar implícitamente a la cultura como un campo definido, dado de antemano, idéntico a sí mismo, —salvando sus niveles de “desarrollo”— y libre de contradicciones.

La segunda, aceptar lo nacional como una categoría definitoria de un espacio preciso, ahistórico, que rebasa los intereses de las clases y, en nombre de un orden superior, disuelve las contradicciones internas de la sociedad.

El cuestionamiento abarca los niveles de teorización o mejor, de ideologización, en los que suele formularse el concepto de cultura nacional.

Esto es, la cultura nacional como síntesis suprema de la nacionalidad, como concreción y objetivación de la esencia de la nación.

O —como es el caso de las naciones donde los procesos coloniales significaron la represión y el aniquilamiento progresivo de los pueblos dominados, de sus modos de vida y de su cultura, o cuando menos el bloqueo de sus posibilidades de desarrollo histórico— la cultura nacional como el “mosaico” de culturas donde las diversas prácticas culturales coexisten en forma pacífica, ignorantes unas de otras, y tocándose apenas en sus vértices para conformar el gran concierto de la cultura nacional. En este caso, el cuestionamiento avanza hasta la noción de ‘marginalidad’ que suele estar implícita en esta concepción, sea como su fundamento, sea como una variante de ella. Detrás de la conceptualización de ‘culturas marginales’ suele ocultarse la necesidad de velar las

contradicciones entre prácticas culturales diversas y a veces excluyentes, y cuya propuesta de solución apunta a la ‘integración’ de las culturas consideradas marginales a la cultura nacional. (Especialmente cuando la cultura ‘marginal’ prefigura algunos de los fundamentos de los movimientos de liberación nacional).

Pero si la cultura nacional no es forma unitaria ni mosaico, ¿cuál es su forma efectiva de existencia?

Arribamos aquí al problema de prácticas culturales diversas y antagónicas, que existen efectivamente, y cuyas relaciones se hace imprescindible establecer. Si hablamos de una cultura dominante, ella sólo puede configurarse en oposición a otra que entendemos como dominada, y que tiene la posibilidad de erigirse en dominante en un determinado momento histórico. Porque la historia no es solamente conspiración de cerebros malignos sino que es la historia de las relaciones entre la sociedad civil y la sociedad política y porque la historia de las clases subalternas, mientras no se unifican en el Estado, “está entrelazada con la de la sociedad civil, es una función (todavía) disgregada y discontinua de la sociedad civil, y, a través de ella, de la historia de los Estados” (6).

Desde esta perspectiva, y por lo ya señalado anteriormente, la cultura nacional, o mejor, cada cultura nacional constituye una unidad contradictoria en la que las diversas prácticas culturales se articulan en torno a los intereses objetivos de las clases de acuerdo con sus proyectos históricos. En el caso de la burguesía, porque esta clase es ya ‘poder’ y está unificada en el Estado, su cultura es orgánica, coherente y articulada; ha llegado a ser dominante y dirigente. En el caso

(6) Gramsci: “Apuntes sobre la historia de las clases subalternas” op. cit. p. 492.

de las clases subalternas, sus prácticas culturales están aún disgregadas en la sociedad civil.

En sus "Notas críticas sobre la cuestión nacional," Lenin formula esta tesis en los siguientes términos: "La consigna de la cultura nacional es una superchería burguesa, a menudo ultrareaccionaria y clerical" y más adelante: "En *cada* cultura nacional existen, aunque no estén desarrollados, *elementos* de cultura democrática y socialista, pues en *cada* nación existe una masa trabajadora cuyas condiciones de vida engendran inevitablemente una conciencia democrática y socialista. Pero en *cada* nación existe así mismo una cultura burguesa (a menudo ultrareaccionaria y clerical) y no simplemente en forma de 'elementos' sino como cultura *dominante*. Por eso la cultura nacional *es*, en general, la cultura de los terratenientes, los curas y la burguesía" (los subrayados son de Lenin). (7).

Ya antes mencionamos, siguiendo a Gramsci, que la historia de las clases subalternas —incluida la historia de su cultura— es una función "disgregada" de la sociedad civil. En sus "observaciones sobre el Folklore", Gramsci desarrolla una serie de formulaciones sobre la forma concreta de existencia de esa cultura dominada que, para Lenin, existe como elementos de la cultura nacional.

El Folklore, dice Gramsci, "debe ser estudiado como 'concepción del mundo y de la vida', en gran medida implícita, de determinados estratos de la sociedad (determinados en el tiempo y el espacio A.G.), en contraposición (por lo general también implícita A.G.) con las concepciones del mundo 'oficiales' (o en sentido más amplio, de las partes

(7) Lenin: "Notas críticas sobre la cuestión nacional", recopilado en "Problemas de política nacional e internacionalismo proletario", Edit. Progreso, 1978.

cultas de las sociedades históricamente determinadas) que se han sucedido en el desarrollo histórico." Estas concepciones del mundo, en oposición a las 'oficiales', existen en forma no elaborada y asistemática, ya que el pueblo "es decir, el conjunto de las clases subalternas de cada una de las formas de sociedad hasta ahora existente, por definición no puede tener concepciones elaboradas, sistemáticas y políticamente organizadas" en la medida en que aún no se han unificado como clase en el Estado. (8).

Significa esto que la categoría misma de "pueblo" está por construirse, y esta constitución está íntimamente ligada a la construcción de la hegemonía, o en este caso, de la contrahegemonía.

Todo lo cual significa que el concepto de 'cultura nacional', del mismo modo que no es intemporal, tampoco es demasiado concreto: no traduce sino inmediatamente una realidad de límites precisos y con frecuencia móviles, y no señala sino en cada momento del desarrollo histórico concreto de una formación social determinada, la correlación efectiva de las fuerzas al interior del Estado y de la Sociedad Civil.

Con respecto a esta afirmación, es ilustrativo el cuestionamiento de Lenin a la tesis de los intelectuales budnistas que propugnaban la posibilidad de interpretar la cultura nacional como 'vehículo' de la cultura popular y socialista.

"Lo que determina el significado de la 'cultura nacional' —dice Lenin— no son las promesas y los buenos propósitos de tal o cual intelectualillo... sino la correlación objetiva entre todas las clases del país dado y de todos los países del

(8) Gramsci: "Observaciones sobre el Folklore", en "Literatura y Vida Nacional", Juan Pablo Edit., México 1976.

mundo" y añade "la cultura nacional de la burguesía es un hecho". (el subrayado pertenece a Lenin) (9).

Formulados así los términos en los cuales vamos a entender la cultura nacional, y retomando el objetivo inicial planteado para nuestro proyecto, cabe hacer una última prescripción: es ese *hecho* que constituye la cultura nacional de la burguesía y que existe efectivamente como dominante el centro de atención de nuestro problema.

Y ya en este punto podemos volver sobre la primera línea de preocupación planteada y que más arriba habíamos definido como "la pregunta por la cultura".

4.- LA ESPECIFICIDAD DE LA PRODUCCION CULTURAL.

Una definición clásica —y no por ello menos indefinida— de cultura que pertenece a la Antropología la entiende como "la suma de los modos de vida, de los usos, de las costumbres, de las estructuras familiares y sociales, de las creencias del espíritu, de las concepciones y de los valores que se encuentran en cada agregado social; en palabras más simples y más breves, toda la actividad del hombre en tanto ser racional." Este enunciado, que en lo fundamental resume el pensamiento clásico de la Antropología cultural, adolece de algunas deficiencias que la convierten en insostenible.

1.- Incorpora a la definición de cultura una serie de fenómenos que tienen estatutos teóricos diferentes porque pertenecen a instancias así mismo diversas de la realidad, y cuyo único denominador común es el de ser producidos por los hombres, en oposición a los objetos de la naturaleza.

(9) Lenin, op. cit.

2.- Elude explicitar los niveles de jerarquización y de determinación que algunas de las instancias incorporadas ejercen sobre las demás, colocándolas a todas ellas —desde las relaciones sociales hasta los modos de vestir— en un mismo y único nivel. (El uso mismo del vocablo "suma" favorece la idea de un agregado de partes iguales sin ninguna organizad).

3.- Permite pensar la actividad humana, y por ende la actividad cultural que la sintetiza, como un desarrollo espontáneo librado solamente a las reglas de la esencia racional del hombre, velando el carácter normativo e impositivo que ejercen las culturas (y, por supuesto, las condiciones sociales bajo las cuales se desarrolla la actividad del hombre).

4.- Porque olvida aquellas determinaciones, deshistoriza las formas de existencia real de la cultura, postulándole —aún cuando descriptivamente— a partir de una generalidad esencial, válida para cualquier tiempo y circunstancia.

Es, en suma, una definición que —con todo y ser la más usualmente aceptada— concede tal amplitud e indeterminación al concepto de cultura que resulta del todo insuficiente para procurarnos un acercamiento a lo que es característico de la producción cultural.

Ahora bien, ¿es posible delimitar esa especificidad de la producción cultural con respecto de la totalidad de la producción social, aún más si, como en nuestro caso, la hemos definido como parte de ella y como determinada por ella?.

Por haber caracterizado a la cultura ante todo como producción, hemos de entenderlo como transformación de una materia prima, mediante la utilización de determinados instrumentos, en un proceso en el que se despliega un trabajo

humano y a través del cual se obtienen productos que satisfacen unas determinadas necesidades humanas. Se entiende que en este caso el uso de términos como materia prima o producto hace referencia no solamente a objetos físicos, materiales, sino también a las creaciones intelectuales. En nuestro caso, tan producto cultural es una punta de flecha o una vasija de cerámica como un ensayo filosófico o un poema.

Pero nos encontramos otra vez con el mismo problema, puesto que el proceso que aquí hemos señalado como de "producción cultural" es general para todo tipo de producción y no es particular del trabajo cultural. Entonces ¿cuáles son los límites que configuran las fronteras de la producción cultural dentro de la producción en general?

Una primera ventaja de analizar a la cultura como producción social es la de permitirnos abandonar las concepciones de cultura como acto espiritual, como manifestación espontánea de lo humano, o como expresión (reflejo) exterior y posterior de la sociedad y de sus estructuras. La segunda es la posibilidad de pensarla como inserta en la producción social, y de entrever las determinaciones a las que ella está sujeta como parte de la producción social. La tercera, y por muchas razones la más importante, es la de insertar a la cultura en la historia, eliminando las consideraciones "abstractas" (es decir, desligadas de sus formas históricas concretas) sobre la cultura: así como no existe "la producción" en general, sino formas sociales determinadas históricamente de apropiación de la naturaleza, así mismo la producción cultural se inscribe en las sociedades históricas concretas a partir de las cuales se configura su sentido y su significación.

Y ya en la búsqueda de la especificidad de la cultura, volvemos una vez más a Gramsci, y concretamente a sus escritos sobre la formación y la función de los intelectuales, pa-

ra extraer algunas consideraciones que creemos son válidas para esclarecer este problema.

Retomamos una tesis formulada al inicio y que requiere ser desarrollada: habíamos dicho que un criterio definitorio del trabajo cultural no puede ser extraído a partir de lo que le es intrínseco sino del conjunto de relaciones que la producción cultural establece con la totalidad de la producción social.

En todo trabajo humano desplegado, aún en el más específicamente físico, manual y degradado, existe un mínimo de actividad intelectual creadora. Pero la especialización y la división del trabajo —que avanza progresivamente en los distintos modos de producción, hasta llegar a su exacerbación en el capitalismo— exige una distinción cada vez más radical entre el "homo faber" y el "homo sapiens". Es decir que cada hombre, al margen de su trabajo profesional, despliega una cierta actividad creadora, o sea "es un filósofo, un artista, un hombre de gusto, participa en una concepción del mundo, tiene una línea de conducta moral y por ello contribuye a sostener o a modificar una determinada concepción del mundo" (10).

Por tanto, el problema de la creación de un nuevo grupo de intelectuales consiste en "elaborar críticamente la actividad que existe en cada uno con cierto grado de desarrollo, modificando su relación con el esfuerzo físico muscular".

Esto quiere decir, en primer lugar, que el 'sujeto' —por llamarlo así— productor de cultura, no es un sujeto indivi-

(10) Este texto y los que siguen a continuación son extraídos de los escritos de Gramsci en los Cuadernos de la Cárcel, y recopilados bajo el título "para una historia de los intelectuales" en: Antonio Gramsci, "Los intelectuales y la organización de la cultura", Juan Pablos Editor, México, 1975.

dual sino colectivo, y que aquello que se presenta como "la" cultura en cada sociedad determinada y en cada momento de su proceso histórico, no es otra cosa que la elaboración sistemática y organizada de algunos de aquellos elementos que aparecen en esa producción inicial.

En segundo lugar, significa también, que los que aparecían como los "creadores de la cultura" —léase los intelectuales— no son sino los encargados de esta segunda elaboración, que significa, eso sí, la articulación orgánica de lo que en la primera aparecía como elementos dispersos y disgregados.

Pero si la función organizativa formal corresponde a los intelectuales, la función organizativa real corresponde a las clases. Ya antes habíamos señalado la función hegemónica de una clase como el resultado de la dominación más el consenso (la función dirigente), y a la sociedad civil como el lugar de constitución de la segunda. Si bien la propiedad de los medios de producción y la capacidad de apropiación de la plusvalía está en la base de toda hegemonía, ella no puede mantenerse en ninguna sociedad con el sólo poder económico. A él debe sumarse el control de los aparatos y mecanismos coersitivos y represivos del Estado; y aún así, no hay clase que pueda mantenerse como propietaria del poder económico con sólo el poder represivo. Y es aquí donde el papel del "poder" de la cultura desarrolla toda su capacidad articuladora, primero de la coherencia interna de la propia clase, y segundo del consenso social en torno a la dominación de esa clase.

Cada grupo social que nace en el terreno de una función esencial en el mundo de la producción económica produce una serie de fenómenos económicos nuevos, y simultáneamente crea "orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia fun-

ción, no sólo en el campo económico sino también en el social y en el político". Pero cada grupo fundamental "al surgir en la historia desde la estructura económica precedente y como expresión del desarrollo de esa estructura, ha encontrado una serie de categorías de intelectuales preexistentes y que aparecían como representando una continuidad histórica ininterrumpida" condición que les permitía erigirse, ilusoriamente en autónomos e independientes del grupo social dominante; más aún, porque la relación entre los intelectuales y el mundo de la producción económica no es inmediata, como en el caso de las clases, sino mediata en grado diverso según el lugar que ocupen en la estructura y la superestructura social.

En este sentido, la acción de las clases, al tiempo que mantiene el control sobre sus propios intelectuales orgánicos, desata todo su poder en el orden económico, ideológico, y aún represivo, para absorber a las categorías tradicionales de intelectuales en las funciones específicas de la producción y reproducción de la hegemonía.

Gramsci señala las tareas que cumplen los intelectuales, en tanto "empleados del grupo dominante", en tanto "funcionarios de la superestructura", en términos del "ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social (las fundamentales son las económicas) en el desarrollo del consenso 'espontáneo' que las grandes masas de la población otorgan a la dirección impuesta a la vida social por el grupo dirigente" y que se va constituyendo históricamente aún antes de que la clase en cuestión se haya convertido en poder.

Una primera idea que cabe destacar en estos textos de Gramsci es la no separación real entre trabajo intelectual y trabajo material. Los límites formales entre uno y otro están marcados *históricamente* de acuerdo a las necesidades objetivas de la clase que ejerce la función rectora de la pro-

ducción económica. De ahí la imposibilidad, o mejor, la ineficacia de una definición inmanentista de la cultura.

Una segunda idea hace relación a la vinculación que existe entre la organización de la clase que se transforma o se reproduce como dirigente y la función articuladora de la cultura.

Althusser recoge un texto de Marx en el que dice que hasta un niño sabe que una formación social que no reproduzca las condiciones de producción al mismo tiempo que produce, no sobreviviría siquiera un año (11) y uno de los factores fundamentales a reproducirse es la fuerza de trabajo. Pero esto "no sólo exige la reproducción de su calificación sino, al mismo tiempo, la reproducción de su sumisión al orden establecido, es decir una reproducción de su sumisión a la ideología dominante para los obreros y una reproducción de la capacidad de manejar bien la ideología para los agentes de la explotación." (12).

Precisamente es la cultura la que, a través de la internalización de ese 'orden establecido' en la subjetividad colectiva e individual configura el campo de la reproducción ideológica: porque difunde e impone las reglas de adaptación a una estructura social determinada; porque mediante el juego ilusorio que la hace aparecer como patrimonio común de todos los miembros de la sociedad (o, al menos como el modelo deseable), legitima la dominación de la clase que impuso ese orden, presentándolo como el estado "natural" de las cosas; porque este juego le permite escamotear la violencia que encierra esa dominación y aquella adaptación, postulándolas necesarias.

(11) Louis Althusser: *Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado*.

(12) Althusser, op. cit.

Para que la función articuladora —hegemónica— de la cultura pueda tener vigencia es imprescindible su difusión (imposición) en todos los niveles de la vida social. Es en donde entran en juego los aparatos e instituciones que, siendo en sí mismo culturales, son al mismo tiempo las instancias encargadas de la producción y reproducción de la cultura; y es ahí donde adquiere sentido la función de los intelectuales como "empleados" y "funcionarios" de la superestructura. En primera instancia, su eficacia se asienta sobre la base de que algunos de tales mecanismos pueden ser controlados desde el Estado; pero su mayor funcionalidad surge de la posibilidad de organización en forma "independiente" del poder estatal, instalándose en la sociedad civil (tal es el caso de la familia, los medios de difusión, la producción artística, etc.).

En este sentido —y solamente en este sentido— la cultura cruza la totalidad de las actividades humanas, ejerciendo una *normatividad* en cuanto a las formas como los hombres satisfacen sus necesidades, desde las más elementales y primarias hasta las estéticas, y en cuanto a las formas de relación que establecen, desde las familiares hasta las políticas. La cultura se instala así en lo cotidiano, generando esquemas básicos de pensamiento, percepción y acción. Aquello que Gramsci llama un sentido colectivo para la acción.

Señalamos, de paso, que no debe entenderse esta afirmación como un "determinismo cultural" en virtud del cual, la cultura es el elemento que confiere el 'sentido' a la sociedad, sino a la inversa: remarcado ya su carácter de clase, no queda sino aceptar la sobredeterminación que la superestructura ideológica, dentro de la cual se inscribe la de la cultura, ejerce sobre la sociedad de la que es producto, ya sea en términos de su reproducción o de su transformación.

Una tercera idea que se desprende de los citados textos de Gramsci está en relación con la aparente 'continuidad' de la cultura a través de la historia. Ya antes señalamos la necesidad sobre la que se asienta aquella continuidad en términos de dotar de un pasado al nacionalismo y a la cultura nacional. Pero las necesidades sólo pueden resolverse sobre el supuesto de la existencia de condiciones objetivas que lo posibiliten. En este caso señalamos el hecho de que si bien cada nueva clase social que accede a la historia crea una cultura nueva, lo hace siempre sobre la base de la ya existente, aún cuando los elementos de ésta deban sufrir reacondicionamientos que los vuelvan funcionales en atención a los intereses objetivos de la nueva clase. Ciertas formas propias de una aristocracia terrateniente, por ejemplo, pueden ser retomadas por la naciente burguesía en función del 'prestigio' social y la legitimidad en el ejercicio del poder que tales formas pueden otorgarle (*). Este hecho permite forjar la ilusión de un desarrollo ininterrumpido de la cultura en una misma y única dirección. Por sobre las violentas rupturas dadas por el cambio de un modo de producción a otro.

Por último, la noción misma de cultura está determinada históricamente; en otras palabras, el deslinde de la actividad que en cada momento se entiende como cultural es ya un producto de la división del trabajo, históricamente establecida. En otro sentido, es ya un deslinde ideológico. Y esto porque a partir de ese deslinde se privilegian los campos de la actividad intelectual: filosofía, arte, ciencia, postulando los lugares "exclusivos" de la producción cultural.

De aquí podemos derivar una de las dificultades teóricas fundamentales para definir una cultura popular; inmersos en aquellos esquemas propios de una cultura determinada, in-

(*) Lo cual no impide, por lo demás, que otras formas de la misma clase sean violentamente combatidas y hasta reprimidas legalmente.

tentamos buscarlos idénticos en la actividad del pueblo. Y es que desde ese deslinde aceptamos como cultura un campo de actividad donde no tienen cabida las prácticas de las masas trabajadoras por ejemplo; a no ser que sean sometidas a un proceso de separación de sus condiciones concretas de producción, de tal manera que encuentren cabida en la cultura como piezas de museo o como "folklore".

La otra dificultad teórica —de mayor relevancia— radica en el hecho de que esa cultura popular no existe aún como cultura orgánica sino como "amalgama" desagregada de concepciones del mundo, porque no ha producido aún su organicidad, y existe como función discontinua en la sociedad civil.

Planteada la cuestión en estos términos, y dados los objetivos de nuestro proyecto, hemos de partir de una aceptación condicionada de aquel deslinde inicial que marca estrechamente los límites de la cultura. Aceptación que se torna válida en la medida en que hemos propuesto como objeto de investigación los proyectos nacionales culturales que, desde la perspectiva de la cultura dominante, formulan las fuerzas sociales en el proceso de su constitución en clases hegemónicas. Aceptación condicionada sin embargo, porque la admitimos como actuante solamente en lo que se refiere a la cultura dominante, es decir, para aquella parte de cada cultura nacional que existe efectivamente como dominante.

Y admitirlo significa también asumir los límites propios de la investigación.

DOS: LAS DETERMINACIONES

La manera que tiene de ocurrir la historia universal es a manera de historias nacionales. El tejido de las relaciones entre sociedad civil y sociedad política no se elabora sobre el terreno de la pura abstracción teórica. Son las condiciones históricas específicas, que emergen sobre la base de las estructuras preexistentes y que tienen un modo particular de existencia en cada sociedad histórica concreta, las que constituyen los hilos de la trama histórica de las naciones, si bien su diseño es el producto de los proyectos y de la acción de las clases en la necesidad de imponer una racionalidad —‘su’ racionalidad— al desarrollo histórico.

La racionalidad del capitalismo y de su clase fundamental es la constitución del Estado-nación. El problema inicial que presenta esta constitución es la configuración de un mercado nacional, vale decir, la demarcación de un espacio económico que asegure, al tiempo que regule, las condiciones de reproducción de la economía de una formación social. El siguiente es, seguramente, la cohesión de la sociedad civil al tiempo que esta se separa de la sociedad política y en donde interviene la función articuladora de la cultura. Ambas cuestiones tienen como denominador común el supuesto indispensable de una clase con un proyecto nacional (13).

Más allá de la aparente ingenuidad que explica la inestabilidad inicial —y en algunos casos permanente— de los Estados nacionales en América Latina remitiéndola a la inmadu-

(13) Anotamos, de paso, que con el término ‘proyecto nacional’ no hacemos referencia aquí a aquella significación que ha ido generalizándose a partir de la creciente presencia de los movimientos antimperialistas y anticolonialistas de liberación nacional. El uso del término nacional significa, en nuestro caso, la existencia de un proyecto que rebase los límites puramente locales y regionales de los intereses de clase —característicos de las formaciones precapitalistas— y abarque todo el ámbito de una formación social dada.

rez política de pueblos ingobernables, se hace necesario referirse a las condiciones históricas que confieren una radical especificidad a la constitución de un Estado nacional en América Latina.

Si en Europa central la generalización del modo de producción capitalista y la consecuente formación de una burguesía nacional hegemónica constituye el fundamento objetivo de una unidad nacional a partir de la cual el Estado-nación aparece como el resultado de las necesidades internas de la propia organización social, no sucede lo mismo en la abrupta topografía latinoamericana donde la fuerza centrífuga de los elementos precapitalistas quebrantan la coherencia interna organizativa de la economía y la sociedad y donde el elemento articulador —el capitalismo mundial— es externo y, de muchas maneras, extraño a nuestras sociedades.

Vistas las condiciones para la conformación del Estado nacional y en la necesidad de caracterizar aquella especificidad, que no sólo configura las modalidades históricas de cada estado sino que ejerce determinaciones en lo que tiene que ver con la constitución de una cultura nacional, señalemos:

1.- En la forma originaria del Estado en el capitalismo, la constitución de lo político como forma estatal tiene como condición primaria la existencia de un espacio económico autocentrado y generalizado dentro de los límites de una formación social dada.

En el caso de los países de capitalismo dependiente se plantea una contradicción inicial entre la existencia de ese espacio económico autocentrado que sirva de base a la constitución de un Estado-nación y el hecho de que los elementos decisivos de su reproducción están colocados fuera de ese espacio por su especial modo de inserción en el capitalis-

mo mundial. En el caso de América Latina, la independencia de las entonces colonias españolas y la formación de los estados territoriales no está tan librada al azar como podría hacer pensar una visión superficial de los inconsistentes países que surgen a partir de esos procesos. Repúblicas que se desarticulan tan pronto se cohesionan, territorios que tan pronto pertenecen a una de ellas como a otra, provincias y departamentos que repentinamente son países independientes; en suma, divisiones territoriales que las más de las veces no son sino líneas ilusorias en los mapas y gobiernos que no gobiernan sino el territorio que pisan sus ejércitos. Sin embargo, la final división política de los estados latinoamericanos obedeció más a los intereses estratégicos de dominación del capitalismo mundial y a las necesidades de especialización productiva para el mercado mundial que a los requerimientos internos de su organización económica y política.

Por otro lado, un segundo nivel de contradicción —que no está desligado del anterior— nace de la supervivencia de formas económicas y políticas de la dominación colonial. Este desfase —que no debe entenderse como contradicción entre sectores ‘atrasados’ y ‘modernos’ del capital, puesto que, en este caso, el ‘atraso’ no es disfuncional al sistema sino una de las condiciones de su reproducción— no existe únicamente a manera de ‘herencia colonial’, como rezagos de un modo de producción superado, sino que tiene una existencia efectiva y objetiva en el nivel de la producción económica y en el de las formas que asume la dominación política, dada la vía histórica que sigue el tránsito al capitalismo en nuestros países.

El panorama genérico que presenta cada uno de estos países es el de un sistema económico no unitario en lo interno, dada la coexistencia de distintos modos de producción,

y que no coincide con los límites del espacio ‘nacional’, es decir, que no se autoreproduce básicamente en el interior del espacio nacional sino que, contrariamente, encuentra su articulación —inclusive interna— en la dependencia del capitalismo mundial.

El Estado, en tanto que no solamente “regula” las condiciones de reproducción de la sociedad sino que es, históricamente, el producto de ella, asume y resume esas contradicciones y las expresa en construcciones atípicas —por llamarlas de alguna manera— que no corresponden, en todo caso, a las formas de tipo de estado que se constituyeron en el capitalismo europeo.

El estado oligárquico, el estado populista, son, entre otros, algunos ejemplos de esas “arquitecturas particulares” en que cristalizaron las formas estatales en nuestras tierras.

2.- La heterogeneidad estructural de las formaciones de capitalismo dependiente determina un fuerte fraccionamiento de las clases sociales. Esto se manifiesta en fragmentaciones muy complejas tanto a nivel de las clases dominantes, cuanto al de las subalternas. En el primer caso, las clases y fracciones de clase se constituyen no sólo en torno a las formas y relaciones bajo las cuales se efectúa la apropiación del excedente, sino también en cuanto a sus relaciones particulares con el mercado mundial, en una historia donde las nuevas y viejas clases se mueven, se transforman y se entretejen atadas siempre a una matriz originaria común: la colonia.

En el caso de las clases subalternas, se producen, correlativamente, grandes diferenciaciones: en el interior mismo de los sectores asalariados del campo y la ciudad, y aún entre los primeros, por el mantenimiento de abigarradas formas de propiedad y formas y relaciones de producción que no al-

canzan a especificarse de acuerdo a un patrón único.

En suma, de la descomposición del sistema colonial no surge una clase que reúna las condiciones objetivas y subjetivas como para constituirse en hegemónica de un bloque de poder.

“El advenimiento de la República —dice José Carlos Mariátegui— no significó el de una nueva clase dirigente”. Así como durante la colonia no tuvimos una auténtica aristocracia, tampoco hemos tenido, en la república una auténtica burguesía.

Heredera de la tradición colonial, la nueva clase dominante republicana fusiona anfibológicamente su origen aristocrático terrateniente con la adopción formal de los principios e instituciones liberales, en un proceso de donde surgen clases precapitalistas con ideología burguesa y burguesías con rasgos del pensamiento preburgués.

Sin embargo, esas mismas clases no podían escapar al reto histórico de saberse forjadoras de una nación, aún sobre las endebles bases de las economías precapitalistas. Pero los condicionamientos objetivos son de tal magnitud que las débiles respuestas llegan apenas a incipientes baluceos de proyectos nacionales que las más de las veces se resuelven en eso: en proyectos ideológicos sin posibilidades de objetivación real.

En esta misma línea de reflexión, Mariátegui señala como “el mayor cargo que puede formularse en el juicio histórico contra las clases dominantes de la república es el de no haber sabido —ni podido, añadiríamos— acelerar, con una inteligencia más liberal, más burguesa, más capitalista de su misión, el proceso de transformación de la economía colonial

en economía capitalista” (14).

En Latinoamérica, la constitución hegemónica de la burguesía en el Estado no sigue, en general, la vía revolucionaria del asalto al poder sino en un sentido muy restringido. En casi todos los casos no significa sino un progresivo cambio en la correlación de fuerzas al interior del bloque de poder, en un proceso cuyas determinaciones hay que buscarlas en la integración de los países latinoamericanos al capitalismo mundial y en la consecuente dependencia a que están sometidas inclusive las propias necesidades de su reproducción interna. En este proceso las concesiones ideológicas son tantas y las transformaciones —en una perspectiva liberal burguesa— tan lentas y poco significativas que no puede hablarse de la consolidación real de un proceso nacional democrático burgués.

Esta incapacidad ideológica, o aún, esta impotencia diríamos mejor, de las burguesías latinoamericanas para enfrentar las grandes tareas nacionales: la reforma agraria, el mercado nacional, la democracia liberal estable, la cultura nacional, hay que buscarla simultáneamente en su filiación colonial y en su dependencia del capitalismo mundial. Doble obstáculo que impide la constitución de un Estado que cumpla con las funciones de hegemonía interna y soberanía hacia el exterior. Doble obstáculo que deriva en un mismo resultado cuando bajo un frío liberalismo de etiqueta la aristocracia colonial y monárquica se metamorfosea formalmente en burguesía republicana en forma gradual al tiempo que, por su vinculación económica con el imperialismo, se siente lo bastante dueña del poder como para no tener que preocuparse por la soberanía nacional. Y, de hecho, doble obstáculo que conformará el sentido de lo nacional en sus proyectos

(14) Mariátegui: “El problema de las razas en América Latina” p. 32.

ideológicos en medio de un hondo desarraigo de aquellos elementos que podían efectivamente servir de base a una nacionalidad.

La característica de las burguesías latinoamericanas es así la de ser una clase sin vocación —ni posibilidad— para ser debidamente burguesas. Incumplida con sus propias tareas, el desprecio que el burgués y el aristócrata blanco desarrollan en su idea de nación por todo lo que significa lo popular, lo mayoritario, señala claramente sus impotencias.

En efecto, las nacientes burguesías no se sienten arraigadas en sus propios países, no se sienten tampoco vinculadas con lo indígena ni por una historia ni por una cultura comunes. Y es que desde sus inicios, la historia de la dominación colonial es la historia de la persecución de una cultura; la garantía de su permanencia exige la destrucción de la identidad en el un extremo: sin cultura —es decir, sin historia— el colonizado no puede identificarse a sí mismo ni identificar a su enemigo. Deshistorizado, incapaz de asumir como propia la historia del colonizador, el colonizado mismo, en un movimiento de reflejo, se vuelve extranjero en un país de extranjeros. Por eso, sin una historia propia que pueda enraizarle en el tiempo, sin una cultura que de cuenta de su modo de estar en el mundo, en la necesidad de fabricar un pasado que legitime su dominación, la incipiente burguesía buscará el origen de su historia en la colonia. Lo indígena será en su sentimiento —aunque no lo sea en sus tesis— lo prehistórico, lo prenatal. El origen de un sentimiento *típicamente americano* lo ubicará invariablemente en las primeras crónicas de los descubridores y conquistadores europeos. Nunca antes. La visión de lo americano se resuelve así en la mirada del ojo extranjero. La posibilidad de existencia de un sentimiento americano precolonial es impensable. Pero tres siglos de una historia que tiene mucho de inconfesa-

ble son pocos para proyectarlos al presente y aún más hacia el futuro. *Para sentir a sus espaldas una antigüedad más respetable e ilustre, el nacionalismo de las primeras décadas recurrirá invariablemente al artificio de anexarse no sólo todo el pasado de España, sino también el pasado y las glorias de la latinidad* (15).

Quizá nunca como entonces sea más asimilable la afirmación de Gramsci sobre la constitución no nacional popular la cultura: cuando no existe de hecho *una popularidad de la cultura artística —dice Gramsci— ni una producción popular de la cultura, (es) porque falta una identificación de concepción del mundo entre escritores y pueblo. Es decir, que los sentimientos populares no son vividos como propios por los escritores, ni los escritores cumplen una función educadora nacional, o sea que no se han planteado ni se plantean el problema de elaborar los sentimientos populares después de haberlos revivido y hecho propios.* (16)

El nacionalismo criollo del siglo XIX, que encontrará su forma política en el Estado oligárquico, excluye así, sistemáticamente, de su concepto de nación todo aquello que se encuentre fuera de su concepción aristocratizante y patriarcal de la sociedad. Es un nacionalismo que sirve por igual a dos fines: el de enfrentar unas repúblicas con otras en la necesidad de fijar los límites espaciales de su dominación, al tiempo que construye las condiciones internas en las que pueda legitimarse —aún cuando débilmente— la dominación de una clase.

Clase ambigua entre lo extranjero y lo nacional, la bur-

(15) J. C. Mariátegui: *Nacionalismo y Vanguardismo*

(16) A. Gramsci: *El carácter no nacional popular de la cultura italiana*, op. cit. p. 124.

guesía latinoamericana muestra en su historia una mayor presencia de las vocaciones antinacionales, asumiendo por supuesto las particularidades propias de cada país: *hasta lo más antinacional tiene una manera nacional de ocurrir* (17)

Por todo ello, a pesar de sus limitaciones, las nuevas burguesías sienten la necesidad de construir una nación y un Estado nacional que no les dió la historia. En su lucha por convertirse en hegemónicas, cada clase y cada fracción de clase formula sus propios proyectos nacionales, ligados más estrechamente de lo que pudiera sospecharse a sus intereses económicos y políticos.

La concepción de lo nacional se configurará así con una significación muy restringida que en ningún caso coincide con lo popular, porque está ligada a una tradición de clase que no ha sido rota por un movimiento político popular que reestructure lo nacional *desde abajo*.

Vistas estas determinaciones afirmamos, finalmente, a manera de hipótesis que los procesos independentistas que originaron los estados republicanos en América Latina no se constituyeron sobre la base de verdaderas naciones ni en lo político, ni en lo económico, ni en lo cultural. Por ello, su ulterior transformación —más o menos lenta, según los casos— en Estados nacionales no aparece como el resultado de la propia organización económica y social sino como construcciones *desde arriba* impuestas autoritariamente y en donde el sentido de lo nacional se articula con prescindencia de lo popular.

Todo esto nos vuelve a una afirmación que habíamos formulado antes: la no existencia de un proceso nacional democrático burgués en la constitución de la nación y la cultura en los países latinoamericanos.

(17) J. E. Vega.

CONCIENCIA Y ALIENACION EN UN SECTOR DEL GRUPO POBRE EN CUENCA

María Cristina Cárdenas Reyes

El hombre alienado es aquel que se encuentra "separado" de sí mismo por lo que él mismo ha creado, por el poder del orden, las estructuras y las "reglas" que él mismo ha creado. ... Tal es la alienación que se produce en una filosofía racionalista. El hombre alienado es aquel que se tiene una relación con la orientación de la sociedad y con la cultura de la sociedad que la que le es reconocida por la clase de poder como compatible con el mantenimiento de su dominación. (1)

PRESENTACION DEL PROBLEMA Y CONCEPTOS PREVIOS

CONCIENCIA Y ALIENACION EN UN SECTOR DEL GRUPO POBRE DE CUENCA

María Cristina Cárdenas

que, en este, el hombre se encuentra "separado" de sí mismo por lo que él mismo ha creado, por el poder del orden, las estructuras y las "reglas" que él mismo ha creado. ... Tal es la alienación que se produce en una filosofía racionalista. El hombre alienado es aquel que se tiene una relación con la orientación de la sociedad y con la cultura de la sociedad que la que le es reconocida por la clase de poder como compatible con el mantenimiento de su dominación. (1)

Así, toda cultura es un conjunto de normas simbólicas cuyo primer plano es ocupado, entre otros sistemas, por el lenguaje.

que la latinoamericana muestra en su historia una mayor presencia de las vicisitudes antinacionales, analizando por supuesto las particularidades propias de cada país: "hasta lo más antinacional tiene una manera nacional de ocurrir" (17).

Por todo ello, a pesar de sus limitaciones, las nuevas burguesías sienten la necesidad de construir una nación y un Estado nacional que no les dio la historia. En la lucha por convertirse en hegemónicas, cada clase y cada fracción de clase formulan sus propios proyectos nacionales, ligados más estrechamente de lo que pudiera sospecharse a sus intereses económicos y políticos.

La concepción de lo nacional se configura así con una significación muy específica que de ningún modo coincide con lo popular, porque está ligada a una tradición de clase que supone un tipo específico de relación política popular que representa lo nacional "desde arriba".

Vistas estas determinaciones, afirmamos, finalmente, a título de hipótesis, que los procesos antinacionalistas que se desarrollan en los países latinoamericanos son el resultado de la propia organización económica y social, así como de la propia organización ideológica y cultural. Por ello, en la lucha por la transformación social, según los casos, los movimientos antinacionalistas no aparecen como el resultado de una transformación social, sino como el resultado de la propia organización económica y social, así como de la propia organización ideológica y cultural. Desde arriba, impuestas autoritariamente y en detrimento del sentido de lo nacional se articula con prescindencia de lo popular.

Todo esto nos vuelve a una afirmación que habíamos formulado antes: la no existencia de un proceso nacional democrático burgués en la construcción de la nación y la cultura en los países latinoamericanos.

(17) J. E. Vega.

CONCIENCIA Y ALIENACION EN UN SECTOR DEL GRUPO POBRE EN CUENCA

María Cristina Cárdenas Reyes

El hombre alienado no es aquel cuyas necesidades "naturales" son aplastadas por una sociedad deshumanizada, por el trabajo en cadena, las metrópolis o los "mass media" ... Tales expresiones introducen una filosofía moral vaga. El hombre alienado es aquel que no tiene otra relación con las orientaciones sociales y culturales de su sociedad que la que le es reconocida por la clase dirigente como compatible con el mantenimiento de su dominación... (1).

PRESENTACION DEL PROBLEMA Y CONCEPTOS PREVIOS.

El carácter social de la representación simbólica implica que ésta cumple la doble función colectiva de comunicación, es decir, intercambio de mensajes con ayuda de un código (sistema de significaciones simbólicas), y de participación, que es la expresión dinámica del vínculo social. Sabemos que la comunicación simbólica comprende todas las formas del lenguaje, verbal o no, y que el acatamiento de las normas y de los modelos sociales implican la participación en ciertos valores comunes a la sociedad y a los grupos a los que pertenecemos.

Así, toda cultura es un conjunto de sistemas simbólicos cuyo primer plano es ocupado, entre otros sistemas, por el lenguaje.

El concepto de lenguaje utilizado en el presente trabajo es aquel según el cual este sistema sígnico no solamente es concomitante a la actividad humana sino que es en sí mismo una actividad. Por lo tanto, no refleja una realidad sino que posee una materialidad propia que le otorga la condición de fenómeno integrante de la realidad misma. En consecuencia, el lenguaje es parte constitutiva de la práctica social y es él mismo una práctica de carácter discursivo. Por este motivo, tomar como objeto de la investigación los mensajes verbales implica investigar sobre las motivaciones, las intencionalidades, los intereses, las condiciones materiales que, en una determinada sociedad, fundamentan la circulación de los mensajes verbales y las normas de su elaboración e interpretación. Lo que interesa explicar son los procesos que median entre el comportamiento lingüístico del sujeto y las estructuras sociales que condicionan este comportamiento. Estos son los llamados procesos de producción de los comportamientos lingüísticos y son al mismo tiempo procesos de producción de ideología.

Es posible hablar de producción lingüística situándola como uno de los factores fundamentales (el otro es la producción de utensilios e instrumentos), que constituyen la vida social en el campo de la división del trabajo (2). Dice Rossi Landi: "La realidad de la alienación es histórico-social. Se refiere a la conciencia, al habla, al pensamiento, al conocimiento porque se refiere a la historia humana en su totalidad; y viceversa".

En la medida en que todo discurso es ideológico ya que desarrolla necesariamente una proyección social, cualquiera que ella sea, un estudio del lenguaje que se quiera explicativo tendrá que ser efectuado dentro de una teoría de las ideologías. Una teoría lingüística explicativa recupera la historicidad de los mensajes verbales, analizándolos en el presente y sus relaciones entre sí y con las estructuras económi-

co-sociales del sistema en el cual se inscriben y del cual forma parte el hablante oyente.

Al insertarse nuestro trabajo dentro del ámbito socio-lingüístico, precisamos que nuestra posición no se enmarca dentro de las grandes líneas de esta disciplina trazadas por William Labov y Brasil Bernstein, por ejemplo. Estas tendencias no participan del concepto de lenguaje como producto de un trabajo ni tampoco de una teoría del lenguaje según la cual éste es constituido por la conciencia y comparte con ella los rasgos de intencionalidad y de reflexividad. Antes bien, intentamos vincularnos con una sociolingüística crítica, en tanto investigación opuesta a aquellas cuyos trabajos han proporcionado material básico para la acción de instituciones benéfico-sociales del Estado en diversos países. No olvidemos que en las formaciones sociales del neocapitalismo existe una ambivalencia entre libre-comunicación y no-comunicación, en tanto rasgo necesario para el intercambio de mercancía (lenguaje estándar) y por otra parte, es preciso ahondar la división en clases en tanto fundamento de la producción (estratificación del lenguaje).

Señalábamos que al interior del lenguaje cabe distinguir en tanto rasgos constitutivos la intencionalidad y la reflexividad. Ahora bien, una práctica social, cualquiera que ella sea, necesita para ser tal del rasgo de la reflexividad, de la conciencia del sujeto sobre su propia actividad. La reflexividad del lenguaje indica que éste puede tomarse a sí mismo como objeto, constituyéndose así en metalenguaje. Esta reflexividad es la base de la conciencia lingüística y nunca puede abarcar la totalidad del lenguaje, concentrándose necesariamente en ciertos aspectos y no en otros. Señalamos de paso que el lenguaje en tanto objeto de la conciencia del individuo desaparece en el habla común.

La intencionalidad, por su parte, permite al sujeto establecer relaciones de significación, apuntando hacia algo distinto del lenguaje mismo, entablando relaciones tanto proposicionales como interpersonales.

¿Es la lengua un desarrollo únicamente superestructural o debe ser entendido como una instancia que se origina en la totalidad de una sociedad? (3). No analizaremos en esta ocasión un problema que es merecedor de una atención especial, sino que nos limitaremos a señalar que todos los desarrollos ideológicos, cualquiera que sea su proveniencia, integran tanto los dialectos sociales (sociolectos) como la conciencia social y metalingüística que posibilita al sujeto, sin importar su pertenencia de clase y mediante los rasgos que hemos señalado, reflexionar y expresarse sobre su práctica en cualquiera de sus áreas. Este metalenguaje y esta conciencia pueden revestir formas de mayor o menor simplicidad o bien grados de tecnicidad sin dejar por ello de existir. No obstante, nuevamente debemos recordar que hay una forma de conciencia que es ideológica, en la medida en que "la ideología es a la vez conciencia y error, forma de conciencia y representación desviada" (4).

¿Hasta qué punto se evidencia esta desviación en los grupos pobres?

Nuestra investigación en su conjunto intenta responder a esta y otras preguntas, analizando el sociolecto del hablante cuencano. Mas, por el momento, nos limitaremos a tratar de formular una respuesta en relación al estrato "personal de servicio" (PS), que a su vez es parte integrante del grupo pobre de la ciudad.

"La pobreza no es sinónimo de subdesarrollo ni causa del mismo", dice Keith Griffin (5); es sólo el síntoma de un problema más general. En otros términos, la pobreza forma

parte de una cultura". Sin duda, la pobreza deriva de la incapacidad de la estructura económica, social y política de un país para asegurar el pleno empleo y un determinado nivel de bienestar, siquiera mínimo, a un amplio sector de sus habitantes. Pero si bien la importancia de los determinantes estructurales no se discute, no conviene olvidar los modelos de percepción, de motivación y de grupo íntimamente vinculado a la pobreza, es decir, de los aspectos culturales que necesariamente requieren de una resocialización de los individuos en un proceso de transformación social.

Según Oscar Lewis (6), "el término "cultura" supone, esencialmente, un patrón de vida que pasa de generación en generación". Resulta entonces de particular importancia establecer en qué grado las situaciones de pobreza afectan la capacidad intelectual, coartando en estos grupos la conciencia de los componentes de su situación, las causas de la misma y las probables salidas a un estatuto que, desde su interior, aparece generalmente como imposible de superar. Es así como una hipótesis llevada a su dimensión extrema, podría indicar que los grupos pobres se encuentran en condiciones tales que no les es posible identificar objetivamente los componentes de su situación, como tampoco las acciones que permitirían cambiar la situación, todo lo cual conduciría a anular la capacidad de acción destinada a este fin. Y un índice de ello estaría constituido por la frecuencia del recurso a elementos de tipo determinístico que toman la figura de sustitutos en un cuadro carencial relativo a la incapacidad de objetivización de los sujetos. De esta manera, la imposibilidad de explicar los diversos componentes de la pobreza y sus orígenes, conduciría a interpretarla en función de elementos completamente ajenos al control humano (Dios, el destino, la suerte). Este es un rasgo muy marcado en nuestro grupo PS.

Como es de suponer, tal forma de percibir la pobreza estaría asociada a todos aquellos principios que orientan el comportamiento humano y lo definen. De manera que otros caracteres propios de la conducta de los grupos pobres, articulándose en el gran espacio constituido por una representación desviada de su situación, de sus causas y de la probable ruptura de la misma, serían por ejemplo el conformismo sin horizontes, la falta de una actividad relativa a una modificación del porvenir y una tendencia a satisfacer únicamente las necesidades más inmediatas. En mayor o menor grado, PS corresponde a esta descripción.

Por consiguiente, tales rasgos estarían impidiendo la incorporación de los grupos pobres a una masa laboral estable y calificada e incluso la utilización adecuada por parte suya de ciertas oportunidades puntuales ofrecidas por las políticas convencionales de erradicación de la pobreza. En cuanto a un tipo de organización con proyecciones de transformación, los mismos caracteres impedirían toda forma organizativa que no sea de carácter fraterno. "La solidaridad entre los pobres los salva de una desorganización total y los reafirma efectiva y humanamente, haciéndoles más soportable su condición de indigencia. La solidaridad e identidad surgidas de una situación común que los afecta constituye un elemento social que los preserva del anonimato, evitando que caigan en la desintegración completa, el abandono y la resignación irremediable" (7).

CONCIENCIA Y ALIENACION EN EL PERSONAL DE SERVICIO EN CUENCA

I

Nuestro estrato PS, representado por diez informantes de ambos sexos con límite entre los treinta y los cuarenta y cinco años de edad, integra un conjunto de informantes pertenecientes a diversos estratos socio-económicos cuyas opiniones sobre su práctica lingüística y algunos aspectos de la vida social, configuran el corpus de base de nuestra investigación sobre la intrincada red de manifestaciones del sociolecto cuencano.

Las reflexiones aquí expuestas revisten necesariamente el carácter de provisionales y parciales, por cuanto la información obtenida deberá ser objeto de una rearticulación en el momento de la reflexión final y de conjunto. No obstante, estimamos que tal variación no ofrecerá sino matices de complementariedad.

Según Noam Chomsky, la verificación de una teoría del lenguaje ha de tener lugar recurriendo al criterio del sujeto hablante común (8). De un modo análogo, sostiene Chomsky, la verificación de las teorías sociales debe basarse en el parecer del hombre común.

No es exactamente esta orientación la que nos ha llevado a formar nuestro corpus en base a las opiniones de nuestros informantes. La condición del sujeto hablante en la lingüística transformativa estándar es la de una alienación en la cual la competencia y la producción de frases consiste en no saber por qué se habla como se habla, en ser hablado por las propias palabras, en ser un simple usuario del lenguaje. Pero

esta alienación no aparece en Chomsky como la contrapartida de una conciencia atrofiada cuyas determinaciones son de carácter social, sino como el reflejo superficial de una gramática innata, extra-histórica y universal. Si bien parecería existir una coincidencia formal entre nuestro corpus de opiniones y el criterio chomskiano sobre la verificación de las teorías sociales y lingüísticas, nuestro análisis toma como eje articulador la posibilidad del sujeto de elaborar un metalenguaje determinado por condiciones socio-culturales y económicas.

El modelo que presentaremos ofrece rasgos tanto de un modelo cultural real como de un modelo construido a base de frecuencias. Teniendo como punto de partida un muestreo, hemos utilizado como técnica de recolección de datos la entrevista, tanto guiada como semi-abierta y algunos tests de carácter sociolingüístico. Como técnica de tratamiento de datos, el análisis de contenido.

El estatuto (9) de PS ofrece en algunos casos los rasgos de una forma de servidumbre patriarcal, actualmente en vías de extinción debido al aumento de la fuerza de trabajo motivada por una migración campo-ciudad, por los cambios en la legislación laboral, y por la disolución del hogar patriarcal, entre otros factores. Caracterizado por una filiación familiar ficticia y por cierto grado de paternalismo afectivo, este grupo (los propios) coexistía con el trabajo asalariado en años en que no había mayor oferta de mano de obra. Su desaparición comienza alrededor de 1950 por las razones ya mencionadas, si bien es posible encontrar algunos rezagos de esta forma de servidumbre en ancianas y niñas (10). En la actualidad esta forma de trabajo no productivo tiene en su mayoría el estatuto de trabajo asalariado.

En términos generales: PS se comporta como un grupo marginal en el sentido de que no logra adaptarse sino de un

modo muy parcial y externo a un patrón cultural dominante, percibido como lejano y ajeno, cuyos códigos de comunicación le son prácticamente inalcanzables, incluso en aquellos casos que pudieran aparecer como excepcionales. PS posee una aguda conciencia de su estatuto de pobreza, lo cual no debe ser confundido con una conciencia de clase (11) y esta percepción subjetiva del estatuto adquiere varios matices, que en el caso específico analizado podrían ser presentados de la siguiente manera:

- No afiliación al estatuto

(PS5: "*Pertenezco a la clase media...*")

- Percepción mediatizada por el paternalismo

(PS2: "*Los patrones me han criado de chiquita y he vivido aquí en la casa*")

- Actitud de evasión conformista

(PS3: "*Todos somos iguales, todos somos cristianos...*")

- Percepción fatalista del estatuto

(PS7 "*Soy pobre y pobre tengo que morir p's*")

Dentro de este estatuto, los roles representan el conjunto de comportamientos exhibidos y/o esperados de parte de los miembros de la comunidad. En el caso de PS, un ejemplo de los roles desempeñados puede ilustrarse del modo siguiente:

CUADRO 1

ROLES DE PS (PS8, jardinero, 70 años)

Trab. asalariado no productivo	Proveedor económico	Jefe de familia	Esposo de la mujer	Compañero
		Padre de los hijos	Educador	otros papeles

Los conflictos de roles, dependientes de las condiciones socio-culturales y económicas, se suscitan por lo general en los sectores masculinos de PS hasta los 45 años. En los sectores femeninos de cualquier edad, el factor de conflicto parece provenir principalmente de la evolución propia de la imagen de la mujer contemporánea calcada por nuestras sociedades de las sociedades industriales a través de la ideología desarrollista y modernizante, influencia que lógicamente también complejiza ligeramente el desempeño de los roles en el área masculina. En todo caso, la función de regulación de las relaciones sociales que cumplen los roles es un tanto más dinámica en PS masculino antes que en PS femenino, pero siempre antes de los 45 años.

Otra fuente de conflicto es la experiencia vivenciada de los conflictos a nivel individual, particularmente aguda cuando no se adhiere afectiva o ideológicamente a su papel. Este rasgo no aparece en PS de una manera definitiva ya que, en términos de psicología social e individual, cierto fatalismo proveniente de fuertes raíces ideológicas caracterizan no solamente a PS sino a la mayor parte de los estratos que componen la sociedad cuencana. Son numerosos los ejemplos que prueban a diario esta resignación ante lo inevi-

table, sin querer o sin atreverse a determinar las causas de situaciones conflictivas de mayor o menor trascendencia social y personal. La antigua autoridad patriarcal, bajo formas más modernizadas pero con idéntico peso ideológico, encarnada en personas e instituciones de variada índole, continúa haciendo sentir su gravitación.

Ahora bien, las posibles salidas a las situaciones conflictivas del grupo pobre en términos psico-sociológicos serían las conductas vinculadas con la opción, el compromiso, la innovación. Sabemos que los sujetos enfrentados con una situación de conflicto pueden elegir un papel distinto al que desempeñan, exponiéndose a las sanciones que seguirán a la no conformidad con el orden establecido. La salida puede presentarse entonces como ruptura. Los conflictos de roles son conflictos de cambio social cuando se amplifican de tal manera que los sujetos y quienes los rodean ejercen una presión colectiva sobre los demás grupos o sobre la sociedad global, provocando una modificación de los datos objetivos.

En este sentido, podría afirmarse que innovación y ruptura no son rasgos que caractericen a PS, debido a condicionantes que ya hemos señalado y que continuaremos examinando.

Al interior del condicionante social, económico y cultural, el problema del significado se presenta como clave dentro del lenguaje, utilizado en tanto instrumento de represión antes que como medio vital para la comunicación, en el sentido amplio de intercambio de mensajes. El significado puede ser considerado como un conjunto de tendencias de respuesta a una palabra dada y los procesos de clasificación y seriación están en relación directa con la disponibilidad de palabras. De aquí su poder de control y de dirección tanto de la conducta humana como de las situaciones sociales. Esa pluralidad de tendencias hace que el significado se revista de

ambigüedad, incertidumbre y polivalencia, lo que a su vez contribuye a la determinación del ser consciente. Ello significa que la comprensión y el uso del sistema de significación que es el lenguaje integran un proceso consciente. Al aceptar este punto de vista, es fácil colegir que si a una palabra se la despoja de sus varias tendencias de respuesta y solamente se le deja una posibilidad, entonces pierde su carácter de consciente y, por lo tanto, su significado. Ya no hay elección posible entre la multiplicidad, sino únicamente unidimensionalidad. La palabra se convierte en un mero estímulo oral, sin una reacción consciente ante ella, con una sola posibilidad de comprensión.

Esta restricción codal es un rasgo muy marcado en PS en su lenguaje no coloquial y es también una característica generalizada de los grupos pobres, en que el comportamiento de obediencia inmediata a una orden dada implica la eliminación sistemática del significado en las palabras, para dejar sólo aquella tendencia de respuesta vinculada con el contexto en que se dan las órdenes. La reducción en la mente de los grupos pobres de Cuenca, del conocimiento y del uso apropiados de sistemas simbólicos de significación utilizados por grupos determinados a fin de perpetuar un orden establecido, llevan a conductas que se transmiten de generación en generación, entre otras y salvo excepciones, en términos de obediencia, conformismo y no cambio.

En el plano de los comportamientos, el concepto de "actitud" (12) reviste particular interés en lo relativo a una caracterización social de las posiciones adoptadas por los sujetos frente a estructuras, expectativas o presiones de su medio ambiente.

Dentro de los comportamientos de adaptación y sus correspondientes actitudes, seguiremos la tipología de Marton para continuar caracterizando a PS. No pretendemos privile-

giar su importancia, ya que sin duda ciertas actitudes se combinan según ambivalencias sutiles y además pueden evolucionar bajo el efecto de la situación social y de su toma de conciencia por parte de los sujetos mismos. Proponemos el siguiente cuadro del comportamiento de PS y sus respectivas actitudes (- = adhesión, respeto; - = rechazo, transgresión).

CUADRO 2

CONDUCTAS ADAPTATIVAS Y ACTITUD DE PS	
Conductas de adaptación	Actitud
Conformismo	+
Innovación	-
Ritualismo	+
Retirada	+
Rebelión	-

De estas actitudes, habría dos que caracterizarían una posición de cambio: innovación y rebelión. Si bien la primera de las nombradas concierne más bien a la transgresión de las normas, complementa a la segunda, la cual supone un rechazo a los fines y medios de la sociedad en que viven los sujetos. Como dijimos anteriormente, no podríamos afirmar que estos rasgos caractericen a PS.

En todo caso, especificamos que el conformismo de PS, por razones de clase, debe interpretarse como sumisión a las normas y al poder y, por lo tanto, susceptible de cambio, en oposición a un conservadurismo que tiende a mantener el sistema tradicional y que considera la igualdad social como una utopía.

La función cognoscitiva de las actitudes, vinculada al campo de las representaciones y de las creencias, toma la forma de opiniones y estereotipos como sus manifestaciones más corrientes (13). Los estereotipos cristalizan en torno a determinadas palabras que designan categorías más o menos amplias. Hay un estereotipo, entre otros, que integra el repertorio lingüístico de PS y no solamente de PS, muy difundido y que mencionamos a continuación.

Vinculando el concepto antropológico y psicológico de estereotipo con la antigua costumbre de clasificar a las personas por razones de color, raza, religión, hábitos de vida, alimentación, vestido y gran número de otros factores, costumbre que obedece a claras consignas ideológicas, vemos que estas clasificaciones reciben un rótulo que conlleva varios significados. En el caso de nuestros indígenas, los abarca a todos, y demasiado sabemos que el significado de esta palabra es enteramente peyorativo. La reacción de PS, y no solamente de PS, repetimos, a pesar de la solidaridad que parece constituir uno de sus rasgos fundamentales en el plano de lo humano, es de gran intensidad en cuanto a poner distancia entre aquel estereotipo y su propia condición. Es incluso de mayor intensidad que la observada en otros estratos, debido al poder ideológico no cuestionado que reviste aquella etiqueta en lo que se refiere a menosprecio social.

Siempre en el sector de las opiniones, la opinión de PS sobre los grupos de referencia revela que este estrato percibe su autoafiliación de una manera realista, excepto en casos aislados en que se comprueba un distanciamiento entre el estatuto efectivo del sujeto y su autoafiliación. Es el caso de PS3, quien se estima "blanco, de clase media".

II

Al comenzar este trabajo hacíamos presente que la conciencia lingüística, estructurada en base a la reflexividad, está también caracterizada por la intencionalidad, rasgos estos que posee igualmente el lenguaje en tanto acervo constituido por la conciencia. Por otra parte, sabemos que el hablar es un modo de actuar y que el estudio de los actos lingüísticos debe ser visto como una teoría de la acción lingüística la cual, a su vez, no puede menos que integrarse a una teoría de la acción en sentido más amplio. Por lo tanto, es posible retomar el concepto de acción lingüística como producción de sentido, como trabajo social (14).

Así, el problema de la intencionalidad debe ser enfocado desde el punto de vista de una dialéctica de la negación de la verbalización en la comunicación y la negación de la comunicación en la verbalización, en el sentido expuesto anteriormente.

La comunicación es otro de los procesos psicosociales de base que hemos venido analizando. En ella, PS se ubica indudablemente en la periferia del circuito total en torno a un sujeto central (grupo de poder), que se arroga el papel de pensador, el cual a su vez resiste las sugerencias de la periferia y se empeña en que ésta se limite a transmitir las indicaciones solicitadas. De esta manera, PS participa en grado mínimo en el circuito completo de la comunicación, por cuanto su situación es la lateralidad máxima al provenir todos los mensajes de un mismo emisor. En tanto grupo periférico, PS no recibe información suficiente para participar en soluciones (y en decisiones), como tampoco para comprender claramente las soluciones que entregue el sujeto central. La escasa información recibida adolece además de vacíos debido a la imposibilidad de descifrar o traducir una

gran parte de los signos. Este es el caso de PS, entre otros grupos pobres, para quienes el castellano normativo del grupo de poder es un código conocido y manejado de manera incompleta.

Por otra parte, la comunicación se ve alterada para PS por las distorsiones ocasionadas por actitudes previas del emisor, el cual falsea deliberadamente la información transmitida debido a efectos de propaganda, de prestigio, etc. La distorsión afecta también a PS en cuanto receptor al atribuir una significación inexacta o incluso no verdadera e ilusoria a los mensajes recibidos, cuyo origen es fundamentalmente de carácter ideológico y socioeconómico. Llegamos así a una "mala comunicación" que es síntoma y resultado de un antagonismo de clase.

Es natural que dado este conjunto de limitaciones, PS y otros grupos pobres posean una competencia lingüística (15) que no corresponde a la competencia de los detentores de la norma culta. Así, PS4 emplea la expresión "disputar de su palabra" allí donde P (profesional) dice "discrepar de su opinión". Pero en este punto es también necesario hacer una precisión. Se dirá, y en esto coinciden todos los demás estratos consultados durante la investigación, que la primera de estas expresiones es errada e incorrecta, en tanto que la segunda pertenece a la norma codificada del uso correcto de las clases cultas. Esta observación es real en la medida en que entorpece la comunicación y la participación de PS en relación al resto del conjunto social y limita su posibilidad de expresión frente a la clase dominante, pero no lo es en tanto ambas formas representan variedades diferentes de una misma lengua, con su propia norma y su propia gramática.

Es evidente que desde nuestro punto de vista "culto", que define la capacidad verbal como capacidad de explicita-

ción, criterio que por lo demás encubre muchas duplicidades ideológicas, la competencia pragmática de PS y los grupos pobres deja mucho que desear en cuanto a su habilidad para manejar signos lingüísticos de una manera que ponga en juego a todos los elementos del sistema en función de la propia intención y de la propia reflexividad. La restricción codal de PS y de los grupos pobres, tal como apuntábamos anteriormente, es notoria y bloquea no solamente su ejecución lingüística activa sino también la pasiva. Probablemente el concepto sociolingüístico que mejor describa esta situación sea el de "diglosia" (16), si bien nos parece un tanto esquemático y meramente descriptivo.

El hecho de que la competencia lingüística de PS sea reducida no significa que use mal el idioma en sí. Lo que sucede es que, al formar parte de un grupo postergado, la exposición a relaciones diversas de roles y la frecuencia de interacciones comunicativas son mucho menores que las de los grupos llamados altos. Naturalmente, estas observaciones son válidas para PS en general, mas el manejo del idioma está sin duda condicionado por la edad del sujeto. Los integrantes de PS menores de 30 años se ven favorecidos en su ejecución lingüística por su grado de escolaridad, aunque ésta sea reducida, y por los intercambios lingüísticos de los cuales son actores. Por otra parte, insistiremos en el hecho de que un lenguaje como el de PS tiene una gramática propia, que debe ser descubierta y que explica por qué PS habla de las "personas urbanas" allí donde P utiliza la expresión "los habitantes de la ciudad".

Ahora bien, siendo la intencionalidad la capacidad de significar, la reflexividad es la conciencia de la actividad de significar. Y esta conciencia lingüística de los sujetos se ve limitada por procesos ideológicos que hacen imposible el hecho de que estos conciban su lenguaje como práctica, como actividad transformadora. La función ideológica del lenguaje

contribuye a reproducir una visión determinada de la sociedad que se sitúa a nivel de apariencia y que encubre por ello mismo el lugar del sujeto en la estructura de clases. Por ello decíamos que PS tiene conciencia de su estatuto de pobre, en tanto esta pobreza es una manifestación que le afecta de manera inmediata, pero no llega a identificar la génesis de su situación y no posee conciencia de clase.

Aquí aparece con claridad la instrumentalización social de la lengua y de los conceptos vehiculados por ella. Por ejemplo, la adopción de modalidades abstrusas en el uso de la lengua —técnicas, complicadas y difícilmente comprensibles— por parte de los diversos medios de comunicación, para no comunicar en realidad información a la opinión pública; o bien la polisemia terminológica divulgada por la clase dominante, que induce a confusión y a usos desviados de la acepción original. Es el caso de la palabra “clase” (social), que tanto para PS como para una mayoría de hablantes del sociolecto cuencano, se ha convertido en sinónimo de grupo organizado o no. Así, PS hablará de la “clase artesanal”, la “clase de los abogados”, la “clase de los trabajadores”, queriendo significar “el grupo de ...”, “la condición de ...”. Ante la pregunta directa sobre la existencia o no de clases sociales en la ciudad, un 90 o/o de PS no comprende la pregunta o la interpreta como alusión a las reuniones sociales entre amigos.

De un modo excepcional, PS2 (jardinero, 60 años, escolaridad mínima, con gran intercambio comunicativo en diversas comunidades religiosas y familias acomodadas a las que presta sus servicios, aficionado a la lectura), responde de la siguiente manera según transcripción textual de la entrevista grabada.

TESTIMONIO DE PS2

“Respetando las tradiciones, hubo aquí en Cuenca, cosas que se puede decir increíbles. La clase noble, como se decía, los de ascendencia española, estos señores eran absolutistas, entonces ellos crearon este escalafón de sociedades. Ellos en la altura, otros en el medio, otros en el plano inferior. A los del plano superior se les trataba de señores, a las señoras era un pecado decirles señoras, tampoco señoritas. Todos los seres masculinos o femeninos eran la niñita, el niño. Quien no decía esto incurría en falta grave. La clase media era la de los chazos. En este plano entraban los artesanos, obreros, personas así que ya tenían su regular categoría, los que estaban adecuados para usar ciertos adornos, ellos podían, pero sin igualarse tampoco a la clase alta. Viene la clase inferior, o sea la clase de los mitayos, que se llamaba. La clase de los mitayos entraban en este grupo, toda la servidumbre, todos los campesinos analfabetos, había toda clase de gentes, los conciertos porque entonces, antes de ahora, predominaba para la clase baja el concertaje. Estas personas estaban arrastradas a la vez por las de medio, de los chazos, a respetarles y a tenerles temor, ni se diga a la clase dominante. Esto prevaleció mucho aquí. Yo les llegué a conocer cuando era niño, joven, he llegado a ver por mis propios ojos y a criticar esto que se ha hecho en nuestro medio. Aún hay ciertas personas mayores, pasando los 70 u 80 años, que todavía sueñan con ese dominio de las personas, y de ahí que nos tratan de filáticos y atrevidos. Porque entonces nosotros no tenemos todavía el derecho a ser uno de ellos, de hablar personalmente y como seres humanos, mucho menos el que tratemos con un atrevimiento igual al de ellos”.

Repetimos que PS2 es una excepción. El resto de PS, y no solamente de PS, se encuentra en una condición de suje-

to hablante alienado que se adapta pasivamente a códigos lingüísticos ya vigentes en el sentido de impuestos por determinada clase social al resto de la sociedad. Es simple usuario de signos organizados según un sentido que se le escapa, de acuerdo a intereses que no son los suyos y a cuya reproducción contribuye.

Sabemos que el control social se ejerce, entre otras maneras, mediante el control del plano simbólico, centrado en la lengua. El horizonte semiológico de PS sólo podría ser ampliado rompiendo las normas impuestas por determinados grupos, lo cual conduciría a PS y a otros grupos pobres a tener una autoconciencia crítica de su propia inserción social como actores y no como objetos pasivos.

Sólo entonces alguien como PS5 (conserje, 42 años, escolaridad mínima), podría complejizar su situación social y la de otros, actualmente percibida de una manera desviada, con la sola esperanza de otra vida no terrenal.

TESTIMONIO DE PS5

“Para la vida económica debería ser todos ... no tanto iguales, porque entonces ... siempre tiene que haber gente más o menos pobre, pero no tanto como ahora ... los ricos deben ser más caritativos porque en la mente todos deben unirse y sentirse iguales. Entonces, si se ha sido caritativo, a Dios le gustaría y le igualaría ya cuando muera.”

NOTAS

- (1) Alain Touraine, “La société postindustrielle”, p. 14-16, Denoel, 1969, citado por Jean Maisonneuve en “Introducción a la psicosociología”, p. 186.
- (2) Ferruccio Rossi Landi, “El lenguaje como trabajo y como mercado”, Monte Avila Editores, Caracas, 1970, p. 289.
- (3) Véase J. V. Stalin, “El marxismo y los problemas de la lingüística”, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1976.
- (4) Eugenio Trias, “Teoría de las ideologías”, Ediciones Península, Barcelona, 1975.
- (5) Keith Griffin, “Subdesarrollo en Hispanoamérica”, Amorrortu, Bs. Aires, 1972, p. 33.
- (6) Oscar Lewis, “Los hijos de Sánchez”, Joaquín Mortiz, México 1968, 8a. edición, p. XIV.
- (7) R. Cortázar et al., “Condiciones culturales y sociales de las políticas de erradicación de la pobreza”, CIEPLAN, Santiago, 1976, p. 20.
- (8) Noam A. Chomsky, “La responsabilidad de los intelectuales”, Ariel, Barcelona, 1969.
- (9) Entendemos por “estatuto” aquel conjunto de caracteres sociales que permiten precisar la condición de un individuo entre otros posibles en una determinada sociedad, combinando función económica, grado de instrucción y nivel de vida. El rol (o papel) es el correlato dinámico del estatuto, sus funciones y sus relaciones.
- (10) Según información proporcionada por un docente de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad de Cuenca.
- (11) En cuanto a la determinación del estatuto, usamos la categoría “estrato” en la descripción de los comportamientos, las actitudes y las relaciones condicionadas por la atribución de los estatutos. La categoría de “clase social”, con referencia a las relaciones de producción y poder, permite articular la explicación de la génesis y la naturaleza de los procesos sociales que engendran a los estatutos.

(12) La actitud designa, en psicología social, al modo como un sujeto se sitúa respecto a un objeto (otro sujeto, grupo, situación, valor); se expresa de un modo relativamente abierto y ejerce una función a la vez cognoscitiva y reguladora de las otras conductas que mantiene.

(13) La opinión es una conducta verbal o verbalizable que en el caso del estereotipo toma el sentido correspondiente a aquellas imágenes que se intercalan entre la realidad y la percepción que los sujetos tienen de ella, pudiendo conducir a distorsiones graves respecto a la realidad.

(14) Véase Rossi Landi, op. cit.

(15) Se entiende por "competencia lingüística" la capacidad de un hablante en una comunidad lingüística cualquiera, para producir y comprender mensajes que lo pongan en interacción comunicativa con otros hablantes.

(16) La noción de "diglosia" implica la existencia de una situación lingüística relativamente estable con diversos dialectos, por sobre los cuales existe una variedad "alta" aprendida a través de la educación formal y vehículo de uso lingüístico formales.

PENSAMIENTO IBEROAMERICANO

Revista de Economía Política

Revista semestral patrocinada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI) y la Comisión Económica para América Latina (CEPAL)

Junta de Asesores: Raúl Prebisch (Presidente), Rodrigo Botero, Carlos Díaz Alejandro, Fernando H. Cardoso, Aldo Ferrer, Enrique Fuentes Quintana, Celso Furtado, David Ibarra, Enrique V. Iglesias, José Matos Mar, Andreu Mas, Francisco Orrego Vicuña, Manuel de Padro y Colón de Carvajal, Jesús Prados Arriarte, Luis Angel Rojo, Germánico Salgado, José Luis Sampedro, María Manuela Silva, José A. Silva Michelena, Alfredo de Sousa, Osvaldo Sunkel, Edelberto Torres Rivas, Juan Velarde Fuentes y Norberto González y Jesús Sainz (Secretarios).

Director: Anibal Pinto.

Consejo de Redacción: Adolfo Canitrot, José Luis García Delgado, Adolfo Gurrieri, Juan Muñoz, Angel Serrano (Secretario de Redacción), Oscar Soberón, María C. Tavares y Luis L. Vasconcelos.

N.º 2

SUMARIO

Julio-Diciembre 1982

EL TEMA CENTRAL: «CRISIS Y VIGENCIA DE LA PLANIFICACION»

Enfoques Latinoamericanos:

- Eduardo García D'Acuña: *Pasado y futuro de la Planificación en América Latina.*
- Arturo Núñez del Prado: *La Planificación por empresas en los nuevos escenarios.*
 - Alfredo Costa Filho: *O planejamento no Brasil. A experiência recente.*
 - Carlos Tello: *Repaso de una experiencia: el caso de México.*

Reflexiones Españolas:

- Fabián Estapé: *Juicio crítico de la Planificación indicativa en España.*
- Enrique Barón: *Del Intervencionismo a la Planificación Democrática.*
- Ramón Tamames: *Planificación en España: una propuesta institucional.*
- José María Vergara: *Planificación y cálculo económico no mercantil.*

O Planeamento em Portugal:

- Manuela Silva: *Lições da experiência e perspectivas de futuro.*
- João Cravinho: *Portugal: Um país em crise entre o «desplaneamento» e as políticas de estabilização.*

Comentarios en torno a un debate, por José Molero y Angel Serrano.

FIGURAS Y PENSAMIENTO

- Adolfo Gurrieri: *La dimensión sociológica en la obra de Prebisch.*
- Juan Velarde Fuentes: *Flores de Lemus: una revisión.*

Y LAS SECCIONES FIJAS DE:

- **Reseñas Temáticas:** examen y comentarios —realizados por personalidades y especialistas de los temas en cuestión— de un conjunto de artículos significativos publicados recientemente en los distintos países del área iberoamericana sobre un mismo tema. Se incluyen veintuna reseñas temáticas en las que se examinan 160 artículos, realizadas por A. Foxley, J. C. Portantiero, Edelberto Torres Rivas, Paulo Renato de Souza, Francisco de Oliveira..., etc. (latinoamericanas); Eduardo Bueno, Félix Lobo, Emilio Ontiveros..., etc. (españolas); A. Simões Lopes, M. Murteira, A. de Barros..., etc. (portuguesas).
- **Resumen de artículos:** 150 resúmenes de artículos relevantes seleccionados entre los publicados por las revistas científico-académicas del área iberoamericana durante el año 1981 y primer semestre de 1982.
- **Revista de Revistas Iberoamericanas:** información periódica del contenido de más de 120 revistas de carácter científico-académico, representativas y de circulación regular en Iberoamérica en el ámbito de la economía política.
- **Suscripción por cuatro números:** España y Portugal, 3.600 pesetas o 40 dólares; Europa, 45 dólares; América y resto del mundo, 50 dólares.
- **Número suelto:** 1.000 pesetas o 12 dólares.
- **Pago mediante giro postal o talón nominativo a nombre de Pensamiento Iberoamericano.**
- **Redacción, administración y suscripciones:**

Instituto de Cooperación Iberoamericana
Dirección de Cooperación Económica
Revista Pensamiento Iberoamericano
Teléf. 243 35 68
Avda. Reyes Católicos n.º 4
MADRID-3

Comportamiento Económico de las
Provincias de Azuay, Cañar y Morona Santiago
1974 1980



UNIVERSIDAD DE CUENCA
Facultad de Ciencias
Económicas Instituto de Investigaciones
Sociales (IDIS)

INFORME DE COYUNTURA

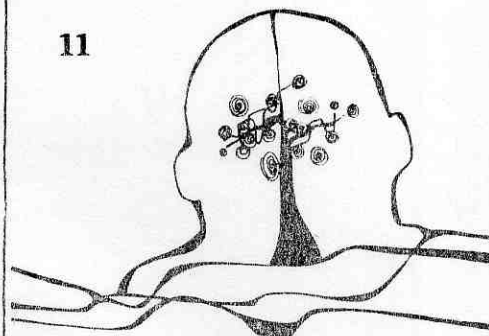
Nº 1

LA DEUDA EXTERNA ECUATORIANA

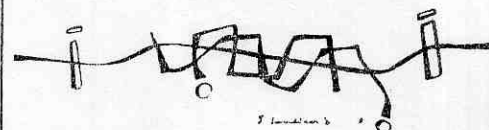
Miguel Cordero Díaz
Alejandro Guillén García

Cuenca, Marzo de 1983

11



REVISTA DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES IDIS



AMERICA LATINA:
LAS RAZONES DE LA IRA
pablo estrella vintimilla

Para todo lo relacionado con
estas publicaciones, dirigirse a:
Instituto de Investigaciones
Sociales de la Universidad de
Cuenca, Departamento de Pu-
blicaciones.

Apartado Postal No. 1566.

Tlfs. 829-628 y
830-688 (Ext. 116)

CUENCA-ECUADOR.

"El DISEÑO DE LA
INVESTIGACION SOCIAL"

IDIS

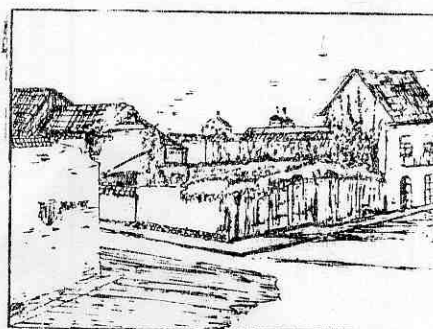
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
SOCIALES

Lucas A. Achig S.

CUADERNOS PARA LA DOCENCIA Nº 14 JUNIO DE 1982

LA EVOLUCION URBANA DE CUENCA EN EL SIGLO XIX

JULIO CARPIO VINTIMILLA



Ediciones del IDIS

Universidad de Cuenca

Ensa
Sol
Hist
Regi